

REVISTA CONTEMPORÁNEA

REVISTA CONTEMPORÁNEA

DIRIGIDA POR

D. JOSÉ DEL PEROJO.

AÑO IV—V—TOMO XXI

MAYO—JUNIO 1879



OFICINAS

MADRID: PIZARRO, 15, BAJO
PARIS, 27, FAUBOURG MONTMARTRE

BUENOS-AIRES

Jacobsen et Saederstedt

HABANA

A. Chao y Compañía.

VENEZUELA

J. M. Larrazabal.

MADRID: 1879

TIPOGRAFIA ESTEREOTIPIA PEROJO

MENDIZABAL, 64



UN AMOR FATAL (1)

NOVELA.

I.



EN un pueblecillo de Normandía, llamado Manneville, vivía hace algunos años una jóven alta y robusta, de extraordinaria belleza, ojos azules, dorados cabellos, y fresca, en fin, lo mismo que una rosa.

Llamábase Angélica y nadie la conocía sino por este nombre.

Era huérfana; había sido educada por un tío ya anciano y falto de salud que, ocupado tan sólo de su tranquilidad y de su reposo, la tuvo casi completamente abandonada; y como ella no le costaba nada ó casi nada,—porque Angélica era, no solamente infatigable para el trabajo, sino una hábil obrera que ganaba lo muy suficiente para atender con holgura á sus necesidades,—la dejó vivir á su antojo y la permitió satisfacer todos sus caprichos.

Cuando él murió, la jóven huérfana se quedó sola en su

(1) Esta novela es la última obra de Julia Kavanagh, que murió pocos días después de haberla terminado, el 28 de Octubre de 1877, en Niza.

chocilla, situada en una roca, entre el mar, el valle y el pueblecito.

El tío de Angélica no era el dueño de aquella chocilla, en la cual, sin embargo, había pasado la mayor parte de su vida; pero la jóven ofreció pagar anticipadamente un año de alquiler, y el propietario, maese Andres Grandsire, verdadero normando, malo y astuto, pareció muy satisfecho de tenerla por inquilina.

—Mira, muchacho, decía á su hijo German, ésta es indudablemente la mejor combinacion. Nosotros no podemos perder nada con esa jóven, porque es pacífica y trabajadora. Si no aceptásemos su proposicion es muy posible que diéramos con algun tejedor que no tuviera sobre qué caerse muerto, no lograríamos sacarle un cuarto, y la casa iría llevándosela el demonio, como sucedió el año pasado con la de Mathieu, porque ¡es tan difícil el llegar á librarse de esos bribonzuelos!

German movió tristemente la cabeza y se limitó á responder que aquella muchachona no le hacía maldita la gracia, porque era demasiado insolente y descarada.

Maese Andres guiñó el ojo y se sonrió maliciosamente, porque sabía que German andaba bebiendo los vientos por Angélica. Pero ¿qué podía importarle á él todo esto, siendo como era un rico propietario? Verdad es que los muchachos suelen hacer de las suyas; pero tambien la jóven tenía edad suficiente para poder defenderse por sí sola.

Los habitantes del lugar, en su inmensa mayoría, mostraban á Angélica un marcado desvío, y hasta muchos de ellos sentían al verla cierta cosa muy parecida al miedo; no porque ella hiciese daño á nadie, sino porque era rara é insociable, y esto bastaba para que se la creyese capaz de cualquier fechoría.

Ella no tenía miedo de nada ni de nadie, y no estimaba á ningun sér viviente, excepto á un jóven, huérfano como ella, llamado Clemente Lereux. Este jóven, silencioso, de apacible carácter y de piadosas costumbres, la había adorado siempre con una especie de fervor religioso, y ella por su parte había sido buena y compasiva para con él.

Era, pues, muy natural que Clemente pensase bien de su amiga, y lo era tambien el que las gentes del lugar no partici-

pasen en modo alguno de las mismas ideas. Allí en donde él no veía ningun mal, hallaba Manneville motivo para temer toda clase de peligros.

Angélica había sido de niña tan robusta y tan revoltosa como un muchacho, pero luégo reveló pasiones tan violentas y tan extrañas y mostró tan poco cuidado en llegar á vencerlas, que las gentes del lugar se acostumbraron á considerarla como una especie de aborto del infierno. Si se cometía alguna mala accion en Manneville ella era la primera persona á quien se acusaba. Nada importaba que no hubiera pruebas en qué fundarse; todos convenían desde luégo en que Angélica era culpable; y esta falta de pruebas era un cargo más que resultaba en contra de la desdichada jóven. «No solamente es mala, decían; tiene además la suficiente astucia para que nadie pueda cogerla en flagrante delito.»

Angélica no iba casi ningun dia de fiesta á la iglesia. Si por casualidad penetraba alguna vez en el templo, permanecía en él con la mayor compostura y ni su reserva ni su modestia dejaban nada que desear. El cura intentó varias veces catequizarla; pero áun cuando ella le escuchó siempre respetuosamente, no por eso hizo caso alguno de sus consejos.

—Es una niña salvaje, decía el buen hombre; es una niña salvaje; pero Dios la iluminará algun dia, y entónces ella se corregirá.

Esta lisonjera esperanza no hallaba eco en el lugar.

Y sin embargo, la belleza de Angélica parecía deber inspirar sentimientos opuestos al odio y al miedo.

Los jóvenes—y German sobre todo—no hallaban nunca una palabra cariñosa que dirigirla; pero no por eso eran menos admiradores de su belleza. Las muchachas que más envidia la tenían hacían todo cuanto les era posible por imitar sus modales y su gallardía; las matronas movían la cabeza al verla pasar por su lado, y decían que era una lástima que fuese así; los ancianos se encogían de hombros y se sonreían cuando oían á alguien pronunciar su nombre, y los chiquillos la miraban con una especie de temor y de admiracion al verla pasar por el lugar tan encantadora y tan bella, á despecho de su maldad y de su mala reputacion.

Clemente era un tejedor, un excelente y laborioso obrero. Todas las tardes, al acabar su tarea, subía á lo alto de la roca en que se hallaba la casita de Angélica, y se sentaba allí, contemplando las olas del mar que se agitaba á sus piés.

Si Angélica estaba en casa y se sentía dispuesta á complacerle, salía á su encuentro y conversaba con él breves momentos. Si ella continuaba encerrada en su habitacion, él no iba nunca á buscarla; no porque ella se lo hubiese prohibido, sino porque él la amaba apasionadamente, su amor era grande y puro, y tenía en mucho la reputacion de la jóven para atreverse á comprometerla en lo más mínimo. ¡Cosa extraña! Nadie sospechaba la pasion de Clemente; y sin embargo, miéntras él permanecía allí representando el doble papel de adorador y de perro guardian, ningun pretendiente se hubiera aventurado á dirigir á Angélica una sola palabra de amor.

.....

El dia había sido sofocante y sombrío. El sol se ocultaba en el horizonte rojizo y tempestuoso. Clemente llegó, como de costumbre, á su sitio predilecto, y como de costumbre se sentó sobre la pelada roca y aguardó lleno de amor y de paciencia. Él sabía que Angélica estaba en la chocilla, porque la había visto, á traves de la ventana entreabierta, yendo de un lado para otro en su habitacion; pero tambien sabía que no estaba en aquel momento de muy buen humor, porque se había limitado á hacerle un ligero saludo con la cabeza, cerrando en seguida bruscamente la ventana.

Sin embargo, media hora despues la puerta de la chocilla se abrió y Angélica abandonó su modesta morada. Sin fijarse en Clemente, bajó corriendo por la senda que conducía al valle y al lugar. Clemente no procuró hallarla, ni se volvió siquiera para seguirla con la vista. Dejó transcurrir algun tiempo y continuó inmóvil en su sitio, contemplando siempre el luminoso horizonte, cuyos resplandores iban debilitándose por momentos, y luégo una estrella que, casi imperceptible en un principio en el oscuro cielo, aparecía por momentos más y más brillante.

—Vamos á ver, ¿qué haceis aún ahí? dijo una voz con marcada impaciencia; una voz que él conocía perfectamente, una

voz que él deseaba oír á todas horas, cualquiera que fuese su acritud ó su cólera.

Clemente alzó la cabeza. Angélica se hallaba de pié á su lado, parecía mal humorada, y fruncía el entrecejo.

—Estoy contemplando el mar, respondió tranquilamente.

—He venido aquí para deciros que todo esto debe concluir, continuó Angélica con suma sequedad y sin escuchar siquiera lo que él acababa de decir. Lo que vos deseais, Clemente, no se realizará nunca.

Aun cuando estas palabras eran muy poco explícitas, Clemente comprendió sin duda lo que quería decir, porque replicó sin perder su acostumbrada calma:

—¿Y por qué?

—¿Por qué?... ¡Ah! pobre Clemente; porque el logro de ese deseo causaría vuestra perdicion, exclamó Angélica con voz casi cavernosa, sentándose enfrente de él y contemplándole de hito en hito con sus hermosos é insolentes ojos azules, que revelaban, sin embargo, en aquel momento una profunda ternura. Clemente, yo os he querido toda mi vida, desde que éramos niños, porque siempre habeis sido para mí bueno y cariñoso... sí, cariñoso como un hermano. Yo os quiero como no querré á nadie de este mundo, y esto no necesitais que yo os lo diga, pero nunca me casaré con vos. ¿Me preguntábais por qué?... Porque vos sois muy bueno y yo soy muy mala.

—Vos no sois mala, exclamó Clemente sonriéndose con cierta gravedad.

—Yo os digo que lo soy, por más que nunca hayais querido creerlo. Yo os quiero; sí, esta es la verdad: yo os quiero; pero vos me quereis á mí muchísimo más, y por consiguiente yo os haría ser malo; vos no podríais hacerme ser buena, y esto atormentaría horriblemente vuestro corazón. De modo que ya lo veis, yo no puedo ser vuestra mujer.

—¿Y de quién querríais serlo? preguntó Clemente procurando conservar toda su calma.

—¿Creeis que yo misma lo sé?... ¿Acaso no tengo sobrado tiempo para pensar en eso?... Pero nunca seré vuestra mujer, Clemente; yo os lo aseguro. ¡Nunca, nunca! Continúad vi-

niendo aquí para contemplar el mar siempre que se os antoje, pero no vengais nunca con ese otro propósito.

Pronunció estas últimas palabras con la sonrisa en los labios. Sus mejillas habían conservado sus ricos colores, pero el pálido rostro de Clemente mostraba suma severidad, su entrecejo descubría un enojo mal comprimido, y su mirada, habitualmente serena y apacible, reveló una firmeza inquebrantable en el momento de levantarse y pronunciar estas palabras:

—¡Mientras yo viva, no sereis nunca la mujer de otro hombre!

—¡Qué decís! exclamó Angélica.

—Digo, repitió él con enérgico acento, que no sereis nunca la mujer de otro hombre.

Y sin mirarla siquiera bajó las empinadas rocas, dejando á Angélica sentada en el mismo sitio, absorta, confundida y furiosa al ver la inesperada rebeldía de su esclavo.

—¡Qué atrevimiento!... exclamó la jóven poniéndose en pié y apretando los puños en un arrebato de impotente rabia. Yo hubiera tal vez vacilado aún sólo por no proporcionarle ese disgusto... Pero ahora... me casaré... ¡ya lo creo que me casaré!... ¿Qué no seré la mujer de otro hombre?... ¡Ya lo veremos!... ¡Ah! ¡que continúe viniendo aquí todas las tardes!... No he de dirigirle una palabra... ni una mirada... ni un saludo... Todo ha concluido ya entre nosotros... ¡Todo! ¡todo!

Pero Clemente—verdadero tipo del campesino normando, frío, calmoso é imperturbable—no era hombre que se daba por derrotado tan fácilmente como Angélica creía. Él la había considerado desde su infancia como su futura esposa, y ahora que era un hombre tenía más empeño que nunca en que se realizara su deseo.

Volvió á la roca al día siguiente y á la hora de costumbre como si nada hubiese ocurrido, y aunque no logró ver á Angélica, volvió también de nuevo al otro día. Durante una porción de semanas, y á pesar de los vientos y de las lluvias, continuó yendo allí todas las tardes. Inútil fué que la jóven huyese de él ó le tratase como á una persona completamente extraña; Clemente tomaba asiento sobre un enorme pedrusco y pasaba horas y mas horas fumando tranquilamente su pipa

y contemplando el continuado vaiven de las olas del mar.

Llegaron por fin á hablarse, pero no en las rocas. Era una noche de invierno clara y despejada, y el pálido resplandor de la luna iluminaba las casas de la calle Mayor de Manneville. Clemente vió venir de léjos á su amada en compañía de un jóven chiquitin y regordete. Separáronse ántes de llegar al sitio en que Clemente permanecía atento é inmóvil, y cuando Angélica pasó cerca de su lado iba ya completamente sola. Ella reparó en él y le reconoció; esto no admitía duda; pero la jóven continuó su camino como si tal cosa. Clemente la siguió con la vista, y al poco rato echó á andar apresuradamente y se acercó á ella.

—Angélica, dijo con reposado acento, ¿era German ese jóven?

—Sí, respondió tranquilamente la muchacha, era German.

—En cuanto me ha visto os ha dejado y ha echado á correr, repuso Clemente.

Angélica le contempló de los piés á la cabeza con malicioso desden.

—¿Creeis que German se ha separado de mí asustado de vuestra presencia? le preguntó. Clemente, yo os estimo muy de véras, pero os aseguro que á veces se os ocurren ideas sumamente disparatadas.

—¡Ah! El que yo no haya sido nunca pendenciero y camorrista, no quiere decir que nadie deba tener miedo de mí. Pero tened presente, Angélica, que yo soy un hombre y German es un sér despreciable.

Angélica apretó el paso y no se dignó contestarle. Clemente la siguió de cerca, y llegaron de este modo á cierto sitio de la solitaria calle en que no había ninguna casa, sino varios jardines situados á derecha é izquierda.

—Aquí nadie puede oirnos, dijo Clemente. German os ha prometido casarse con vos la primavera próxima, que es cuando podrá abandonar el luto que lleva por su padre. Angélica, ese hombre ha mentido. De mañana en ocho dias se leerán sus amonestaciones en la iglesia de Manneville.

Ella se detuvo y le miró fijamente.

—¡Sus amonestaciones!... ¿Pues con quién va á casarse?

—Con su prima Genoveva.

—¡Bah! ¡Eso no puede ser! Yo no creo que seáis capaz de engañarme, Clemente; pero tengo la seguridad de que estais en un error... Él no se atrevería á conducirse así *conmigo*, añadió en voz baja, sumamente baja, pero con acento lleno de rabia.

—Un infame como él es capaz de todo si da con una mujer que no tiene ningun hombre que la proteja.

—Sí, pero él sabe *quién soy yo*. Él sabe que yo sería capaz de quemar todas sus casas si llegara á engañarme.

—Las tiene todas aseguradas, dijo Clemente.

—¿Pero quién os ha hablado de ese casamiento? preguntó ella volviéndose de pronto.

—Yo os he dicho que no seríais nunca la mujer de otro hombre. En cuanto observé que él os hacía la corte y que vos acogíais favorablemente sus pretensiones, comencé á vigilarle muy de cerca. Él iba á ver á su prima; yo frecuenté tambien aquella casa, y pude adquirir la certeza de que galanteaba á Genoveva, áun cuando él hacía todo lo posible por ocultar á los demas aquella inclinacion. Cuando me enteré de que las amonestaciones iban á publicarse dentro de muy pocos dias, comprendí que estaba en el deber de ponerlos al corriente de todo cuanto ocurría.

Angélica prosiguió su camino pensativa y callada. Clemente no trató de interrumpir aquel silencio, y áun cuando ella no se volvió para mirarle ni una vez siquiera, siguió los pasos de la jóven como si hubiese sido su propia sombra. De este modo llegaron hasta la casita de Angélica; pero ésta, en vez de penetrar en su morada, se sentó sobre la escarpada roca y ocultó la cabeza entre sus manos. Clemente tomó asiento enfrente de ella y fijó su mirada en el mar iluminado por el vivísimo resplandor de la luna.

Así transcurrió un largo rato. Angélica se levantó de su asiento y dejó ver sus mejillas humedecidas por el llanto.

—¡Ah, no creais que lloro por mí, exclamó sollozando; no creais que es su traicion y su bajeza lo que á mí me aflige! ¡Cómo había yo de llorar por tan poca cosa! ¡Yo lloro por vos, pobre Clemente!... Sí, pobre Clemente, añadió con acento de compasion, por vos, á quien acepto por marido.

Clemente no contestó ni una sola palabra. Había estado siempre persuadidísimo de que las cosas acabarían así y de que Angélica no tenía más remedio que avenirse á ser su mujer.

—Vos habeis sido siempre la única persona á quien yo he querido en este mundo, continuó diciendo Angélica; pero yo no quería ser la causa de vuestra perdicion. ¡Ah! no podría yo decir otro tanto de él... Además, German hubiera sido bastante fuerte para llegar á dominarme. ¡Nada se me daba á mí de él ni de sus riquezas!.. Yo lo que deseaba era hacer rabiar á la gente de Manneville que tan mal se ha conducido siempre conmigo... Y él, que veía la injusticia con que todos me trataban, se ponía de parte de mis enemigos y conspiraba con ellos para ponerme en ridículo y llenarme de oprobio!... ¡Ah, traidor, infame!... ¿Y sabeis por qué ha obrado siempre de ese modo? añadió con encolerizado acento. Porque... como he sabido tenerle á raya, ha querido vergarse. Pero ahora se han trocado los papeles; ahora soy yo quien va á vengarse en debida forma.

Angélica irguió la cabeza en ademan arrogante y añadió sonriéndose:

—Sí, Clemente, yo me vengaré, porque mañana, domingo, se publicarán en la iglesia nuestras amonestaciones.

Clemente hizo una ligera señal de aprobacion.

—Muy bien, exclamó por toda respuesta.

—Sin embargo, continuó Angélica, con acento lleno de compasion y de ternura, yo os dejo toda esta noche para que lo reflexioneis, pobre Clemente. Vos sois solo en el mundo y no teneis á nadie que pueda advertiros y aconsejaros; vos no teneis un buen amigo que os diga: «No te cases con esa mala mujer.»

—Vos no sois mala.

—Sí, Clemente. Yo siento en mí la influencia de un genio del infierno que me impele al mal, así como vos sentís la de un ángel celeste que os hace ser extraordinariamente bueno... Esto no quiere decir que yo sea tan mala como todo el mundo cree... Pero mucho temo que he de haceros sufrir á pesar mio.

—Angélica, dijo Clemente, cuyas facciones se contraieron

al escuchar aquellas palabras; yo no soy un hombre celoso, pero es preciso que mi mujer me pertenezca á mí solo, y nunca toleraré que los demas la miren de una manera que pueda ser ofensiva á mi decoro; porque en este caso, el ángel celeste de que hablábais hace un momento me dejaría seguramente de su mano, y ese genio del infierno de que vos misma me habeis hablado sería quien se encargase de dirigir mi conducta.

—¡No prosigais! exclamó Angélica vivamente acongojada; yo no me refería á nada de eso. Podeis tener la seguridad de que os seré fiel hasta la hora de mi muerte.

—Pues entónces no hay por qué inquietarse de lo demas, dijo Clemente recobrando su habitual aplomo.

—¡Que no hay por qué inquietarse de lo demas! Es que yo os seré fiel, pero mi carácter no cambiará. Fijaos bien en esto, Clemente, porque yo debo advertiros con entera lealtad. Vos no podreis ejercer en mí ningun influjo y la influencia mia acabará seguramente por perderos; yo vuelvo á repetiros que soy mala, por más que nunca hayais querido creerlo.

—Aún no se habrá acostado el cura, porque al pasar por su casa, hace poco, he visto luz en la ventana. Ahora mismo voy á verle y hablaré con él de todo esto, respondió Clemente.

—Adios, buenas noches, dijo entónces Angélica con marcado acento de ternura. Conmovida hasta el fondo de su alma por el confiado é inquebrantable amor de aquel pobre muchacho, arrojóse en sus brazos, estampó en su frente un prolongado beso—beso que nunca había concedido á su rival—y huyó precipitadamente sin darle tiempo siquiera para pronunciar una sola palabra.

M. Olivier llevaba cuarenta años sirviendo el curato de Manneville, y había bautizado, por consiguiente, á la mayor parte de los vecinos de su parroquia. Él les había enseñado el Catecismo, les había dado la primera comunión, los había casado y había tambien enterrado á muchos de ellos. El cariño que profesaba á sus feligreses, á quienes consideraba como hijos suyos, su indulgencia y su caridad eran inagotables. Nada, pues, tenía de extraño que todos los habitantes de Manneville quisiesen con filial ternura á tan excelente párroco. Las gentes ménos morigeradas estimaban y respetaban al cura, y

las personas honradas y buenas tenían en él una ilimitada confianza.

Clemente, tranquilo y gozoso, llamó á la puerta de la casa del párroco.

M. Olivier estaba en aquel momento retocando las últimas frases del sermón que debía pronunciar al día siguiente. El jóven enamorado entró en la modesta habitacion del cura, y con tono tranquilo y resuelto le explicó el objeto de su visita. El párroco dejó caer la pluma, que ensució con un gran borron la mesa de nogal, y lleno de sorpresa fijó en Clemente sus azules y serenos ojos.

—Vamos á ver, hijo mio, le dijo, ¿habeis pensado en eso detenidamente? ¡Vos sois un buen cristiano y vuestra conducta es irreprochable, pero esa pobre muchacha es tan loca y tan indócil!...

—Ella cambiará así que estemos casados, respondió Clemente con una sonrisa llena de confianza.

—Eso mismo creo yo, añadió el cura despues de vacilar un instante. Sí, yo creo que vuestra mujer se regirá con arreglo á vuestra conducta, y todos sus defectos irán desapareciendo poco á poco.

—Su conducta no ha sido nunca mala, señor cura; ¡pero qué quereis! la pobre muchacha no puede tampoco impedir el que las gentes se empeñen en exagerar y desfigurar los defectos que ella tiene. Yo la conozco desde que era niño, puede decirse que me he criado al lado suyo, y no he visto que haya cometido nunca ninguna mala accion.

—Es verdad, pero no pone nunca los piés en la iglesia, dijo suspirando M. Olivier.

—¡Porque la pobrecilla ha vivido siempre completamente abandonada! Pero ya vereis cómo teniendo quien sepa dirigirla, acabará por enmendarse.

—¡Dios lo quiera, hijo mio!

El día siguiente era domingo, y Angélica asistió á la misa mayor, vestida sencillamente, porque no era rica, pero tan radiante y tan bella, que más de una mirada se fijó involuntariamente en el banco en que ella había tomado asiento. Allí estaba tambien Clemente y German, y todo el pueblo. Casi

todos los vecinos de Manneville asistían á los oficios, y Angélica era una de las poquísimas personas cuya presencia en la iglesia debía naturalmente producir cierta extrañeza. Pero esta extrañeza se convirtió en verdadero asombro cuando el cura, despues de calarse las gafas, leyó en alta é inteligible voz la proclama del casamiento de Clemente y Angélica. Miráronse unos á otros con extraordinaria sorpresa, como no atreviéndose á dar crédito á sus oídos; luégo todas las miradas se fijaron á un mismo tiempo en la jóven y en su futuro. Angélica se ruborizó y bajó los ojos con modestia, pero Clemente alzó la vista y miró á uno y otro lado lleno de satisfaccion y de orgullo. German se entristeció y tomó un aspecto sombrío. Parecía estar alorado. ¡Creía que todo aquello era un sueño!

Al terminar la misa, Clemente se acercó á Angélica en el pórtico de la iglesia, la dió el brazo, y siguiendo la costumbre de los habitantes de Manneville todos los domingos, despues de los oficios, bajó con ella hasta la playa.

Los dos novios fueron allí objeto de la atencion general. German, sin embargo, no tuvo á bien acudir al paseo. Angélica le había lanzado una mirada de triunfo en el momento de aceptar el brazo de su futuro marido, y aquella burlona mirada pareció atravesarle de parte á parte el corazon. ¡Burlarse de Angélica era para él una cosa muy natural; pero que ella le hiciese aquella jugarreta era sumamente distinto!

Las semanas que precedieron el casamiento se pasaron tranquilamente y sin incidente alguno digno de ser referido. Los novios continuaban viéndose todas las tardes en la roca, y se paseaban juntos de un lado para otro, hablando de su existencia futura. Clemente confió el cuidado de casi todo á la discrecion de Angélica. Él sabía que, á pesar de su raro carácter, la muchacha era de entendimiento despejado, y que podía, por lo tanto, confiar en ella con toda seguridad.

Además, en la época á que nos referimos verificóse un gran cambio en el modo de ser de Angélica; su carácter se suavizó de un modo bastante sensible, y conservó una tranquila indiferencia al oír publicar en el púlpito las amonestaciones de German y de su prima. Ella había sabido burlarse oportuna-

mente de aquel «miserable bribon,» y con esto se daba por muy satisfecha.

Llegó por fin el gran día. Una mañana de invierno, el cura de Manneville celebró el casamiento de Angélica y Clemente, y los dos esposos se instalaron acto continuo en su nueva casa, situada al final de la calle Mayor.

II.

Clemente había, pues, conseguido su objeto. Habíase realizado el constante deseo de toda su vida; la jóven á quien amaba desde su más tierna infancia era ya su mujer: una amable y bondadosa compañera, trabajadora y económica, que le convertía en el hombre más dichoso de la tierra y le regocijaba el alma acompañándole á la iglesia todos los domingos. Él cantaba loco de contento y desde la mañana hasta el oscurecer, mientras se dedicaba á su trabajo. Esto continuó así durante siete semanas; pero, al llegar el octavo domingo, Angélica dijo inopinadamente á su marido:

—Clemente, hoy no te acompaño.

—¿Cómo es eso? ¿Estás enferma?—preguntó él lleno de inquietud.

—No; pero debo confesarte que me fastidia el ir á la iglesia. He tratado de vencer mi repugnancia, nada más que por no disgustarte, y veo que todos mis esfuerzos son inútiles; vé á misa tú solo.

Clemente acudió á todos los medios de persuasión para hacerla cambiar de parecer, y Angélica se negó á oír sus razones.

—Bien te dije que íbamos á encontrarnos en este caso, respondió ella friamente; bien te dije que no lograrías hacerme buena. No sabes tú lo que siento el apesadumbrarte, pobre Clemente. Pero ¿qué quieres? No está en mí el evitarlo, y además, recuerda que yo te lo advertí oportunamente y con toda franqueza.

Clemente era demasiado justo para negarlo. Sí; Angélica le había hablado con toda franqueza y él únicamente tenía la culpa de lo que estaba pasando en aquel momento. Fué, pues, á misa él solo, pero esto le pareció muy duro. Cada nuevo domingo tuvo el dolor de ver que su mujer perseveraba en su resolución, y continuó yendo sin ella á la iglesia de Manneville. Esta era la única nube que empañaba el cielo de su felicidad conyugal; pero esta nube bastaba por sí sola para oscurecerlo completamente. En el fondo de su corazón Clemente había creído siempre que Angélica acabaría por volver á la senda del bien, como él mismo había asegurado con entera confianza al buen párroco. Parecía tan extraño y tan cruel á aquel alma piadosa y pura que pudiera existir semejante barrera entre dos esposos! Varias veces trató de discutir con Angélica á fin de procurar vencer su resistencia. Todo fué inútil. Ella le escuchó con visible impaciencia; luégo se burló de él, y acabó por decirle con resuelta entonación:

—Clemente, lo único que vas á conseguir con todo eso es hacerme mucho más mala de lo que soy; yo te juro y te repito que todo cuanto puedas decirme es completamente inútil. Tú me has tomado tal como yo era y con eso tienes que conformarte. No esperes que yo deje de ser lo que soy,—añadió con suma obstinación;—créeme, no insistas más sobre este particular.

Clemente no replicó ni una palabra, y desde aquel día no volvió á hablar con su mujer de semejante cosa.

Pasó el estío. Llegó el otoño y con él la feria de la Chapelle, que comienza el día de la fiesta de San Martín, es decir, el 11 de Noviembre.

Aquel día estuvo lloviendo toda la mañana, y Angélica, que debía acompañar á su marido á la feria, movió impacientemente la cabeza al ver la espesa niebla que cubría la superficie del mar.

—Mira, Clemente,—le dijo con acento meloso,—si salgo contigo se me va á estropear mi capa nueva. ¿No será mucho mejor que me quede en casa preparándote una magnífica cena que hallarás bien calentita á tu regreso y que te sentará á las mil maravillas? Vamos, ¿qué te parece?

Clemente contestó con una sonrisa, pero á pesar de la lluvia y á pesar de la capa nueva, hubiera preferido que su mujer le acompañase. Sus negocios no debían hacerle permanecer mucho tiempo en la Chapelle, y áun suponiendo que volviesen demasiado tarde á Manneville y que Angélica se hallase fatigada, ¿no podía él mismo encargarse de preparar la cena? Todos los franceses entienden algo de cocina, y Clemente, durante su vida de soltero, había dado pruebas de ello infinidad de veces. Sin embargo, como nunca quería disgustar á Angélica, no insistió, é hizo sólo su excursion á la Chapelle. Tardó una porcion de tiempo en encontrar allí al individuo con quien tenía que arreglar sus asuntos, y había transcurrido ya con exceso la hora de cenar cuando volvió á pisar los umbrales de su casa.

La cocina (la sala, como decían en Manneville) despedía cierto aroma apetitoso y confortante. El perol de cobre y los utensilios de estaño colgados en las paredes, utensilios en que su pobre madre cifraba todo su orgullo, brillaban al resplandor del chispeante fuego que ardía en la elevada y profunda chimenea, construida á la antigua usanza. Un delicioso olor se escapaba de la olla de hierro pendiente de las llares, y Angélica, cariñosa y complaciente, sonreía llena de verdadera satisfaccion. Era realmente imposible que ninguna mujer dispensase mejor acogida á su marido, despues de una separacion de tan pocas horas.

—¡Dios te bendiga, corazoncito mio!—dijo Clemente abrazándola con indecible ternura.

—Vamos, ¿no te parece que he hecho bien quedándome en casa? Bonita traeis la blusa, señor mio! Toma, toma, aquí tienes una seca. Anda, quítate esa, ¿no ves que está chorreando?

—¡Ay! ¡no sabes qué largas se me han hecho las horas léjos de tu lado!

—Bueno, bueno. Siéntate y come.

Y tomando el cucharon, llenó hasta el mismo borde un plato de sopa, que colocó enfrente de su marido.

—¿Has visto al comisionista de Rouen? le preguntó sentándose á la mesa.

—Sí, todo está convenido y arreglado. Ahora tengo ya bastante trabajo para el invierno.

—¡Ah! ¡cuánto me alegro!

—Pues oye, al volver hácia casa me he encontrado una cosa en el camino, añadió Clemente.

Sacó de su faltriquera una cartera vieja, estropeada y llena de barro, y se la mostró á su mujer.

—¡Valiente alhaja! dijo ella con aire burlon y abriendo maquinalmente la cartera. Pero casi en aquel mismo instante lanzó un grito de sorpresa, y un pequeño paquete de billetes de Banco cayó sobre la mesa.

—¡Ya tenemos dinero! exclamó Angélica. ¡Mira, Clemente! Uno, dos, tres, cuatro, cinco billetes de cien francos. Esto es un verdadero tesoro. ¡Ya somos ricos, Clemente!

Sus ojos brillaban de alegría; sus mejillas despedían fuego. Pero Clemente no comprendía lo que aquello significaba.

—¡Que ya tenemos dinero! repitió el honrado tejedor. ¿Qué dinero? ¿De qué dinero estás hablando?

—¡De éste: del nuestro!

Y Angélica al pronunciar estas palabras agitaba los billetes delante de sus ojos. Estaba como fuera de sí. El demonio de la codicia, que tienta á la mayor parte de los mortales, chicos y grandes, se había apoderado completamente y en un momento de aquella pobre mujer.

—Déjame ver ese dinero, dijo el marido.

Ella le entregó los billetes, y exclamó con aire de triunfo mientras él los examinaba:

—¡Cuando yo te digo que somos ricos!

—Sí, aquí hay cinco billetes de cien francos, ó sean quinientos francos; dijo él con su acostumbrada calma. Pero, hija mia, esto no quiere decir que seamos más ricos ni más pobres que esta mañana, porque tenemos que devolver á su dueño este dinero.

Y sin andar en más vacilaciones, volvió á guardar los billetes en su faltriquera.

—¡Devolver ese dinero! gritó ella con voz enronquecida por la cólera. ¡Quiá! ¿No ves que es nuestro? ¿No te lo has encon-

trado? Pues es tuyo y muy tuyo. Pero ¿qué es eso? ¿no entiendes lo que te digo?

—Vamos á ver: si tú hubieras perdido tus arracadas, y Maturina, á quien tanto le gustan, las hubiese encontrado en el camino, ¿crees tú que debería considerarlas como tuyas?

Angélica frunció el ceño. Comprendía toda la fuerza de aquel argumento, pero sin embargo, no pudo contenerse, y replicó:

—No vuelvas á decir en toda tu vida que deseas complacerme. ¡Qué de cosas hubiéramos podido comprar con ese dinero, y qué de privaciones tendríamos que pasar si se lo devolvemos á la persona que lo ha perdido! Pero, en fin, haz lo que quieras; tú eres el amo, añadió con acento desapacible.

Clemente suspiró, pero era honrado á macha martillo, y no podía vacilar un solo momento. Examinó la cartera con objeto de averiguar el nombre de su dueño, y de pronto, dando un puñetazo sobre la mesa, exclamó:

—Angélica, este dinero es de German. Estaba hoy en la feria, y el dinero es suyo indudablemente.

—¿Y vas á devolvérselo? preguntó ella palideciendo como una muerta... ¿Vas á devolvérselo á ese infame que ha hecho todo cuanto ha podido para perjudicarme y ofenderme?

—¿Y por qué no he de devolvérselo? replicó Clemente con acento lleno de severidad. Demasiado sabes que yo le aborrezco todo cuanto un cristiano puede aborrecer á otro; pero este dinero es suyo, y no hay ninguna razon para que yo me lo guarde.

—¡Nunca! ¡nunca!... gritó ella.

Arrojóse sobre él, le arrancó la cartera de entre las manos, y pasando al otro extremo de la mesa, clavó en él sus ojos de un modo tan provocativo como feroz.

Clemente entónces se levantó de su asiento. Durante algunos segundos su mujer y él se miraron como si no se hubiesen mirado nunca.

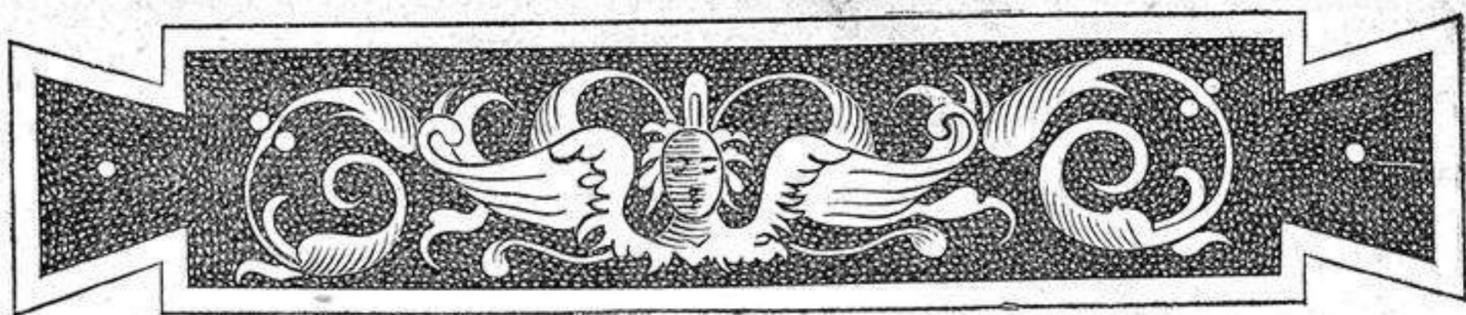
—Devuélveme esa cartera. Ya comprendes que yo podría arrebatártela de viva fuerza. Pero deseo que tú me la entregues de buen grado, dijo con mucha tranquilidad.

—No trates de arrebatármela, respondió Angélica en voz baja. No lo intentes siquiera, si es verdad me quieres. Yo te aseguro que si devuelves á German esta cartera, nada habrá ya de comun entre nosotros. Yo huiré de tí y de tu casa, y no volverás á verme mientras yo viva.

JULIA KAVANAGH.

(La conclusion en el próximo número.)





LA ÚNICA TRAGEDIA DE ARISTÓFANES.

RECUERDOS DE ATENAS.

I.

EL PIREO.



ALLADAS se movían las transparentes ondas del Saronico. En toda la accidentada costa del Peloponeso, tan abundante en golfos angulosos y profundos senos que dan á esta península la festoneada forma de una gigantesca hoja de morera, no hay puerto más seguro que el del famoso Pireo. Los celebrados de Cenebreo y Epidauro, están combatidos por las brisas de Levante; las montañas azules del Atica resguardan á los puertos de Atenas del viento que con más furia embravece todo el mar que circunda el archipiélago griego.

La tarde declinaba y las aguas se encendían en el rosado color del sol poniente al hundirse detras de las cercanas costas de Egina y las azuladas y remotas montañas de la Argólida. Por encima de las altas fortificaciones del Pireo veíanse á lo léjos las dos colinas sobre las que se sustentaba la ciudad fundada por Cécrope. Los rayos del sol herían débilmente sus cimas; sobre ellas como acostadas palomas blanqueaban

los suntuosos edificios de mármol, destacándose vigorosamente sobre un cielo límpido y azulado la colossal estatua de Minerva, que en días serenos alcanzaban á ver los navegantes al doblar el cabo Sumnio. La diosa de la Sabiduría, que daba nombre y protección á Atenas, empuñando la elevadísima lanza, surgía por encima de los templos y casas, que á sus piés se extendían como manso rebaño en torno de pastor vigilante, armada la diestra del cayado con que se apoya y gobierna. Su casco de bronce bruñido reflejaba el sol en haces de dorados rayos luminosos, que al eclipsar los demás contornos de la estatua parecían escaparse de un globo de fuego suspendido en los aires. Nadie diría sino que era un resto de aquel tizon que robó á los dioses Prometeo para iluminar la inteligencia humana, que tan poderosamente lucía en Atenas, ó una estrella desprendida de la cabellera de Urania para señalar sobre la tierra el sitio que ocupaba la ciudad lumbrera del saber, astro radiante de la ciencia.

El verde collado regado por las ondas del Cephiso que en varias bocas venía á desaguar en el Pireo, subiendo en suave declive, ocultaba por la izquierda la parte más baja de la ciudad. El monte Anquesme comenzaba á elevarse al pié de los muros de Atenas, y detras, cerrando el horizonte, se perdían las suaves ondulaciones de las montañas del Atica que las encendidas brumas de la tarde bañaban á lo léjos de un rosado y pálido violeta.

Era un hermoso día del mes Thargelion, así llamado en alusión al calor que avanzando la primavera exhala de sí la madre tierra. Sobre las aguas del puerto se columpiaban blandamente naves de Egipto y Fenicia y naves venidas del Asia Menor, del golfo de Corinto y de todos los estados de la Grecia. Sobre el dique de piedra, en todo el espacio encerrado por el muro que enlazaba el Pireo con el Muniquio, hervía una agitada muchedumbre con incesantes idas y venidas desde el pretil en que los buques descargaban, al próximo *demos* ó barrio que llevaba el nombre del puerto, formado de humildes edificios, á excepcion del fuerte, del templo de Júpiter y de la gradería que construyó Hipodamas.

Los beocios, de robustos y vigorosos cuerpos, tostados por

el sol y la intemperie, trasportaban medio desnudos crecidos fardos de telas de Pérgamo y de Persia, odres con vino de Chios y de Chipre, y maderas venidas de la costa de Siria. Los ganaderos de la Eubea hacían saltar sobre tablas, del fondo de sus naves, los espantados bueyes, que medrosamente mugían. Centenares de mujeres conducían sobre la cabeza el pescado, en anchas cestas cubiertas de verdes hojas de higuera, y aquí y allí discurrían los grupos de marineros y pescadores, aumentando la general confusión los gritos de muchachas ligeramente vestidas de una túnica blanca, pregonando frutas, trozos de carne asada y agua de miel, y de los alquiladores de burros que por módico estipendio ofrecían á los viajeros conducir á la ciudad, distante un buen trecho.

A aquella abigarrada multitud se mezclaban ricos mercaderes de Atenas, especuladores de todos los estados y ciudades de la Grecia y no pocos extranjeros. A estos últimos pertenecía un hombre como de treinta años, alto, nervioso, de color oscuro y casi bronceado, que se cubría la cabeza con un capuz listado de azul, vistiendo túnica blanca y manto amarillo, recogido al hombro por un broche de oro que representaba una cigarra. El capuz, plegado graciosamente en torno de un rostro de óvalo bastante prolongado, caía sobre las orejas á un lado y otro del cuello, pero dejando ver los aretes que en ellas sustentaba. El collar que lucía era de piedras varias, talladas en prismas de diferente hechura y tamaño, y adornado de simbólicas figuritas de plata que le daban el aspecto de los amuletos, tan generalizados desde aquellos tiempos entre las gentes de origen oriental.

El extranjero, ó lo que es lo mismo, el egipcio, pues su semblante y traje por tal le denunciaban, atravesó con paso lento entre la muchedumbre, recogido el manto sobre el brazo izquierdo y la mano derecha apoyada en la barba en actitud de hallarse entregado á profundas meditaciones.

II.

BUSÁTRIS Y XEIROGUINE.

Desde la ciudad á los fuertes se extendían dos líneas de defensa que consistían en paralelos y rectos lienzos de muralla, conocidos con el nombre de *Las piernas*, porque contemplando el plano de Atenas, el centro de ella formaba á modo de un cuerpo que terminaba en aquellos prolongados extremos.

Entre los dos muros que partían del Pireo, edificados por Temístocles, se extendía en línea recta un camino de treinta y cinco estadios, que conducía al Pnix y terminaba en la puerta Pirayca, que daba acceso á la ciudad por el Poniente.

El egipcio, sin salir de su profunda abstraccion, penetró en el camino de los largos muros, dejando á un lado y otro dos templos dedicados á Juno y á Teseo, y ya subía la pendiente que entre las colinas del Museo y del Pnix da acceso á la parte baja de la ciudad, cuando un hombre de pequeña estatura y formas delicadas como las de una mujer, túnica de blanquísimo lienzo y palio de púrpura recogido en graciosos pliegues, se acercó al extranjero y tirándole suavemente del manto, le dijo en correcto y armonioso ático:

—¡Por Hermes! ¿de dónde viene el sabio Busátris, con paso más lento que el de la hija del sueño transformada en galápago por haber escuchado las lisonjas de Vulcano, y con más sonriente semblante que el del terrible Tiphon, divinidad vengativa que tanto temeis vosotros los que nacisteis del otro lado del mar en las llanuras tostadas por el sol que fertiliza el caudaloso Nilo?

El interpelado extranjero levantó la cabeza, colocando la mano derecha á la altura de los ojos para preservarlos de la viva luz de los últimos rayos del poniente, y mirando al que le hablaba exclamó con altivo desprecio:

—¿Eres tú, Xeiroguine? ¿Qué me quieres? ¿has perdido en las apuestas del circo ó en los bolos hasta el último lepton?

—Repara que no te busco: te encuentro. Vosotros los de Egipto sabeis de las cosas de la tierra y del cielo, medís cuanto se extiende á nuestros piés y por encima de nuestra cabeza, pero lo de en medio os será siempre desconocido: sois geómetras y astrónomos, pero no estudiáis al hombre; por eso no sereis nunca ni poetas ni artistas.

—Pero tampoco afeminados.

—Estás en camino hablándome de mujeres; pero ¿cuánto va que no has visto nada al pié de los largos muros?

—¿Qué quieres decir?

—Dime lo que has visto allí, pues segun veo de allí vienes.

—Si ya sabes lo que allí hay, ¿á qué me lo preguntas? Una doble hilera de sepulcros de mármol.

—¿Nada más?

—¿Y qué más? Cipreses de alta copa, espinosos rosales y laureles frondosos, plantados de trecho en trecho sobre el césped...

—Ya decía yo que vosotros los egipcios mirais al cielo ó á la tierra, pero no veis nunca la belleza. Dime por el íbis sagrado que en tu país se venera, ¿y no viste sobre los sepulcros á la sombra de los árboles, acostadas en la hierba algunas mujeres?

—No volví la cabeza.

—¡Por Vénus! el agua tibia del lago Moeris pienso que circula por tus venas. ¿Vienes del Pireo y nada viste? Desde el medio dia la juventud ateniense anda alborotada. Una nave de Siria ha traído á nuestras costas dicteriadas fenicias. ¿Entiendes bien? De Fenicia. Las mujeres de aquel país poseen todas el secreto de ofrecer con su amor nuevos placeres. Los magistrados no las han permitido entrar en la ciudad hasta que la noche llegue, y por eso se han albergado en el camino de los sepulcros, deleitoso paraje en que la muerte ofrece muchas veces un asilo á Eros. Así, pues, Busátris, retrocede conmigo y las veremos.

—Si á la hora en que la misteriosa Isis se eleve sobre el oscuro cielo, convidando á los mortales á los placeres y al sue-

ño, han de entrar en la ciudad, aguardemos á que ellas vengan á nosotros. Por mi parte prefiero aprovechar estos últimos instantes del dia en conversar con los filósofos y artistas de tu pueblo.

Ya se disponía el extranjero á separarse del jóven ateniense, cuando volviéndose éste: ¡Por Palas! dijo, no se dirá que quien nació dentro del sagrado recinto de la ciudad dedicada á la sabia diosa es insensible á los encantos de la ciencia. Permíteme, Busátris, que te acompañe, y comparta contigo la admiracion que causa el saber. Mientras tanto escarba en el fondo de tu bolsillo por si encuentras en él siquiera media dracma.

El egipcio se sonrió, metió la mano debajo de su manto y sacando una moneda de plata se la dió al ateniense, penetrando luégo los dos por las calles de la Katapolis ó ciudad baja.

III.

JUNTO AL TEATRO DE BACO.

El sol, hundiéndose en el mar, había ya dejado de bañar con sus últimos reflejos los más elevados edificios de la Acrópolis, el Partenon y los Propileos, cuando el egipcio Busátris y el griego Xeiroguine, dejando á la derecha el antiguo templo de Baco y el famoso Odeon entónces recientemente construido por Pericles, se disponían á doblar la ancha calle que descendía del Pritaneo. Esta calle, que era la mejor de Atenas, se llamaba de los Trípodas, por los muchos de bronce que adornaban las cimas de los templos. Los edificios, á un lado y otro alineados, eran todos de blanquísimo mármol, adornados de elegantes columnas, dóricas en su mayor parte.

Antes de llegar á la calle de los Trípodas y no léjos del templo de Baco, se hallaba un edificio semicircular de colosales dimensiones; era el teatro que tomaba el nombre del templo en cuya inmediacion había sido edificado. Su exterior era suntuoso. Le rodeaba un pórtico de columnas de mármol pentélico; en lo alto descollaba una gigantesca cabeza de Medusa

dorada, y en los muros interiores detras del intercolumnio se veían pintados sobre fondo rojizo partido por zócalos de caprichosos dibujos, los retratos de Esquilo, Sófocles y Eurípides.

En torno del teatro se veía repartida en grupos que silenciosamente hablaban, una variada muchedumbre, compuesta, á juzgar por la elegancia de los trajes, de los jóvenes más ricos de Atenas.

—¡Por Júpiter! exclamó el griego, algo extraño sucede. Esta gente no sale de ver los *Epígonos*, porque la representacion se había suspendido esta tarde. Entónces ¿qué hacen aquí murmurando por lo bajo? Como filósofo que eres ¡oh! Busátris, dispensarás mi afan de saber, permitiendo que pregunte.

El grupo á que se acercó Xeiroguine ofrecía un aspecto pintoresco y extraño. Lo componía en primer lugar un hombre de estatura desmesurada hasta el punto de sobresalir su cabeza por encima de las de los más altos. Desde el cuello hasta los piés le cubría una estola de diversos colores, en que el azul, el rojo y el naranjado se combinaban en festones y dibujos, hallándose en los bordes galoneada de oro. Las mangas eran cortas y dejaban desnudos unos brazos desproporcionados á su colosal altura; en la misma relacion resultaba igualmente pequeña la cabeza, varonil, inteligente y hermosa, cubierta de abundantes cabellos rizados naturalmente, pero enmarañados y revueltos en el mayor desórden.

A su lado un muchacho como de doce años, sin más ropa que un ligero palio blanco, sujeto á la cintura con un cordon teñido de púrpura, sostenía entre ambas manos un extraño objeto: era una máscara de facciones pronunciadas y rasgada boca, cuyos labios se abrían desmesuradamente hácia fuera en forma de embudo, comunicando á toda la fisonomía un imponente aspecto. En lo alto de la frente se señalaba una puntiaguda prominencia, de la cual á un lado y otro del rostro caían hasta el suelo dos abundantes y largos mechones de cabellos, cuidadosamente enlazados en artísticas ondas.

Por el gigantesco *prosopon* ó máscara que tenía el muchacho se comprendía fácilmente la profesion del alto personaje, cuya desproporcionada magnitud se explicaba mirando el

singular calzado que ceñía sus piés. Consistía en una plantilla compuesta de muchas suelas de corcho, sobrepuestas, hasta producir el efecto de que andaba el personaje en unos zancos pequeños. Vistasas cintas de colores, primorosamente enlazadas, sujetaban al pié aquel aditamento, y subían despues ligándose á la pierna. A quel calzado era el famoso coturno, que sólo usaban los reyes y magnates, y en su consecuencia aquellos que trataban de imitarlos sobre la escena.

Al lado del actor trágico, y conversando con él en voz baja, pero dando muestra de interesarse mucho en cuanto decía ú oía decir, se hallaba un hombre en todo el vigor de la vida. Era de complexion nerviosa y estatura regular, el cuerpo proporcionado y airoso, y el porte aristocrático y distinguido. Su fisonomía, un poco pálida, tenía el sello de la superioridad que da la inteligencia: por bajo de una frente perpendicular y espaciosa, surcada por una ligera depresion horizontal en su parte media, al estilo del Apolo de Fidias, se abrían en suave curvatura dos cejas finísimas, que cubrían unos ojos grandes y rasgados, de un bronceado oscuro, llenos de luz y expresion. Sus mejillas eran delicadas como las de una mujer, y su nariz recta y fina, y en su boca, un poco grande, los labios delgados se contraían con maliciosa sonrisa ligeramente amarga. Tenía la cabeza descubierta, y los cabellos perfumados, artísticamente recogidos en torno de una ligera diadema dorada que ceñía su frente por la parte superior; la barba la tenía cuidadosamente rizada al estilo oriental en sedosos tirabuzones, y la elegancia, aunque sencillez de su traje, revelaban la distincion y la opulencia.

Como el actor, tenía este personaje otro acompañante muy jóven tambien, que llevaba en la mano una gran caja de metal de forma cilíndrica, abierta por la parte superior, por donde asomaban los remates de hueso, de hasta una docena de rollos de papiro, de cada uno de los cuales salían hácia fuera pendientes de cintas, táblitas pequeñas con rótulos que indicaban el asunto ó título de cada manuscrito.

Por último, el grupo se completaba con dos niños que dejando el corro en que á pocos pasos jugaban otros á la taba, se habían acercado atraídos por el vistoso traje del actor y el

espantable rostro de la máscara, cuyos luengos cabellos acariciaba el mayor, mientras el más pequeño, un poco más alejado, contemplaba con asombro mezclado de terror, abriendo desmesuradamente los ojos.

—¿Qué pasa, Andrónico? exclamó el ateniense apoyando la mano familiarmente sobre el hombro del gigante, que tal á su lado parecía el portador de la larga y estola y los altos coturnos.

El interpelado miró á Xeiroguine con la displicencia propia del que es interrumpido en una conversacion que vivamente le interesa por un advenedizo importuno, y su atildado compañero frunció levemente el ceño, comunicando á su semblante una doble expresion de reserva y de altivez.

—Pasa, contestó al fin el actor con forzada condescendencia, que los magistrados han prohibido la representacion de comedias en que salgan personajes contemporáneos á la escena.

—No veo la razon de que los jóvenes reneguemos de todo lo antiguo por costumbre contraria á la de los viejos, que reniegan siempre de lo nuevo. Digo esto, Andrónico, porque si te he de ser franco, prefiero ver en la escena á Prometeo, al rey *Ædipo*, á *Orestes* y á *Electra*, á las farsas impías que ahora se usan, que nada tienen que ver con el divino *Baco*, ni con los gloriosos héroes en cuyo honor las sagradas fiestas del teatro fueron desde un principio instituidas.

El atildado y severo personaje, cuya conversacion con el actor había sido interrumpida, exclamó de pronto, sin disimular el mal efecto que le habían producido las palabras del joven:

—Tan inútil tarea como plantar un nardo entre las rocas del próximo *Aglaurio* es llevar la conviccion al espíritu de los necios; quiero decirte, sin embargo, que para mí no hay diferencia entre el que cierra los ojos para no ver lo que tiene delante y el que anda con la cara siempre vuelta hácia atras. Tan ciego está el que no ve más que el pasado como el que mira sólo el presente. El respeto á lo antiguo no nos ha de llevar á considerar con menosprecio lo moderno. Si por acaso no viajaste jamás por la *Thesalia*, habrás, por lo ménos, oído

hablar del espeso bosque que circunda el misterioso templo de Dodona. Homero, Esquilo, todos nuestros antiguos poetas son como aquellas seculares encinas; cobijan nuestro suelo con su sombra sagrada; pero créeme, si al lado de aquellos árboles divinos, que no puede herir el leñador sin profanacion impía, no hicieran brotar los dioses esas humildes retamas que en las noches de invierno arden en el hogar, ¿qué sería de los mortales sin el suave calor que reanima los ateridos miembros y sin la viva llama que regocija al espíritu? Los poetas de hoy no producirán nada grande, y al lado de los antiguos pasarán como las estrellas pequeñas en la esfera del cielo pasan girando alrededor de Aretos; pero al extinguirse para siempre los destellos de su genio, ya que no proyecten sobre la patria la perenne y sagrada sombra de la encina de Dodona, esparcirán en el pueblo una luz y un calor, aunque fugaces, tan necesarios al alma como lo son al cuerpo los que producen los toscos leños que traen á Aténas del Collado Equestre. ¡Dichosos ellos si al consumirse y desaparecer para siempre han logrado siquiera por un momento iluminar la oscuridad de la ignorancia y templar la frialdad de la tiranía!

—Yo sólo he dicho que los poetas modernos me parecen profanos porque no escriben en honor de Baco sus comedias.

—La Libertad ¿no es diosa también? Pues su oficio entonces también será divino. ¿Por qué temen los magistrados la comedia política y pretenden prohibirla sino porque en ella, si se perdieron las dionisiacas, se muestran al pueblo las arbitrariedades y exacciones de los que le gobiernan? Y yo creo que sacrificar en las aras de la diosa Libertad las perfidias y las ambiciones de un tirano, es tan santo como sacrificar en los altares de Baco un macho cabrío.

El jóven iba á responder, cuando el egipcio que escuchaba con impaciencia, interrumpió diciendo:—La estrella mensajera de las sombras sube por el cielo y anuncia la proximidad de la noche, y si hemos de alcanzar en el Liceo la amable compañía de los filósofos, tenemos que apresurar el paso.

Entonces el actor, volviéndose al extranjero, le dijo con un inexplicable acento de tristeza:

—Por el buey Apis que adoras, á juzgar de tu atavío; yo

te conjuro á que no vayas al Liceo, ni al Cinosargo, ni á las aras de las musas, al pié del Iliso, porque hoy no has de hallar los hombres cuyo trato deseas.

—Yo agradezco tu comedida advertencia, respondió el egipcio, mas es necesario que me expliques...

—¿Por qué quieres saber más? ¿No basta que te diga que no vayas?

—¡Atolondrado de mí! exclamó el disipado ateniense, Andrónico tiene razon: ahora recuerdo...

Iba á continuar, cuando una severa mirada del llamado Andrónico le detuvo, el que al propio tiempo hizo un gesto señalando al defensor de la comedia nueva, que se alejó en silencio y disgustado, seguido del muchacho portador de la caja de papiros.

Afortunadamente una mujer de bastante edad, envuelta en amplia túnica y cubierta la cabeza con un manto, vino á variar una conversacion que segun todas las apariencias podía hacerse enojosa.

—Elegante Xeiroguine, inspirado Andrónico, y tú extranjero opulento, que Vénus os sea propicia si quereis honrar mi casa esta noche, en que la buena diosa se ha de dignar descender sobre ella.

—¿Será verdad, exclamó el jóven ateniense, que las hermosas fenicias llegadas al puente esta mañana irán á morar contigo?

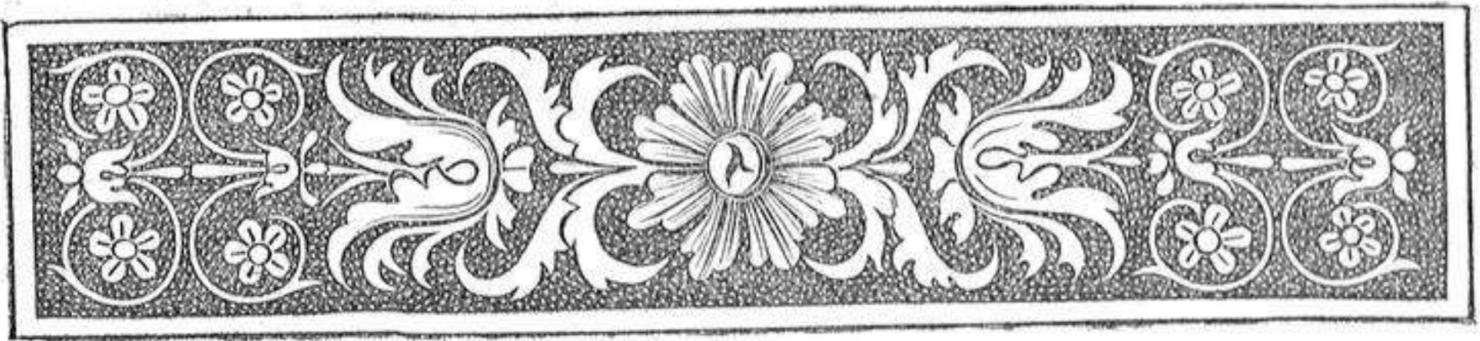
—¿No he dicho que Vénus descenderá esta noche sobre mi casa? Las jóvenes fenicias exigirán dádivas de Cresos, pero habrá lesbianas más modestas y aulétridas hábiles, que con su flauta alegrarán el banquete. ¡Anímaos! Antes que la cazadora Diana eleve sus cuernos de plata por encima de la diosa del Partenon, estarán para vosotros iluminadas las lámparas, y el pavimento cubierto de hierbas olorosas, y hasta los bordes llenas las copas de sabroso vino de Herea.

Y la incitante Celestina de aquellos tiempos se alejó saludando con la mano, volviendo de trecho en trecho la cabeza y repitiendo:

—No falteis.

R. BLANCO ASENJO.

(*Se continuará.*)



EL SOCIALISMO

FRAGMENTOS INÉDITOS



STUART Mill concibió en 1869 el proyecto de escribir un libro acerca del socialismo. Extrañábale el ver que, á pesar de las ocupaciones que parecían llamar exclusivamente la atención sobre estos asuntos, las ideas socialistas habían hecho durante los últimos veinte años grandes progresos entre las clases obreras de todos los países civilizados. Abrigaba la convicción de que las tendencias inevitables de la sociedad moderna traerían cada vez más á primer término las cuestiones que se agitaban en el seno de esta sociedad. Había, según su criterio, razones de gran importancia bajo el punto de vista práctico para someter las ideas socialistas á un estudio hecho concienzuda é imparcialmente, y para aplicar al actual orden de cosas ciertos planes emanados de las teorías que ofreciesen verdaderas y serias garantías, que podrían acabar con sufrimientos por todos reconocidos, sin ocasionar perturbaciones innecesarias á las relaciones sociales.

En vista de esto, Stuart Mill trazó el plan de una obra que debía abrazar completamente toda la cuestión y tratarla punto

por punto. Los cuatro capítulos que vamos á publicar ofrecen bajo una forma imperfecta el primer borrador de la base de esta obra. Si el autor hubiera podido escribirla por entero y retocarla una vez más, segun su costumbre, el libro salido de sus manos no nos presentaría estos capítulos en el orden en que nosotros los damos. Stuart Mill los hubiera intercalado en diferentes partes de su libro.

Estos capítulos tienen un gran valor intrínseco, tratan de cuestiones que se imponen actualmente á la atencion del mundo y, en nuestro concepto, no solamente no disminuyen en nada la reputacion literaria de su autor, sino que ofrecen más bien un ejemplo del trabajo á que es preciso dedicarse para hacer un buen libro. —HELEN TAYLOR.

I.

ESTADO DE LA CUESTION.

El sufragio universal reina en el gran país de que nos llamamos separados por el Atlántico, que es ahora casi el más poderoso del mundo y que no tardará en llegar á serlo de un modo incontestable. Esta institucion es la que caracteriza el régimen político de la Francia desde el año 1848, y se halla establecida en la Confederacion germánica, ya que no en todos los Estados que la componen. En la Gran Bretaña, el derecho á votar no se ha concedido aún de un modo tan amplio; pero el último *bill de reforma* ha admitido dentro de la Constitucion un número tan considerable de gentes que viven de salarios semanales, que desde el momento en que se decidan á obrar de concierto con arreglo á los intereses de su clase, y empleen, haciéndola afluir á un objeto comun, toda la fuerza electoral que las instituciones inglesas les conceden, ejercerán una poderosa accion sobre la legislacion, dado que no adquieran una absoluta preponderancia. Parecen pertenecer á esa clase que, segun afirman las superiores, no tiene ningun interes en los asuntos del país; pero en realidad

estos asuntos les interesan grandemente, toda vez que su pan cotidiano depende de la prosperidad nacional. Pero no se hallan arrastrados, por no decir sobornados, por un interes exclusivo hasta el punto de constituirse en defensores de la propiedad tal como ésta existe, ni mucho ménos hasta el extremo de defender la desigualdad con que se halla distribuida. Hoy, cualquiera que sea el poder de los obreros y el desarrollo que llegue á alcanzar en lo porvenir, si prestan su apoyo á las leyes referentes á la propiedad, lo harán por razones de interes público y porque creerán que estas leyes reúnen las condiciones necesarias para asegurar el bienestar general, y las prescripciones de las referidas leyes no volverán á ser dictadas por el interes personal de los hombres que se hallen en el poder.

Yo creo que la grandeza de este cambio no ha sido bien comprendida hasta ahora ni por los adversarios de nuestra última reforma constitucional, ni aún por los mismos que la han realizado. En honor de la verdad, la perspicacia de los ingleses, en cuanto á las consecuencias de los cambios políticos, viene debilitándose de algun tiempo á esta parte. A fuerza de haber presenciado diferentes cambios á los que se atribuían, cuando sólo se hallaban en perspectiva, consecuencias transcendentales ya beneficiosas ó perjudiciales, y cuyos verdaderos efectos en uno ú otro sentido han quedado en definitiva muy por debajo de aquellas predicciones, los ingleses han acabado por creer que es en cierto modo una propiedad de los cambios políticos el que éstos no respondan á las esperanzas que habían hecho concebir. Se han acostumbrado á creer, tal vez sin darse cuenta de ello, que los cambios que se verifican sin revolucion violenta no estorban mucho ni durante largo tiempo la marcha acostumbrada de los negocios. Esto es tener una idea sumamente superficial de lo pasado y de lo porvenir. Las diferentes reformas realizadas por las dos últimas generaciones han sido, cuando ménos, tan fecundas en importantes consecuencias como se auguró desde un principio. Los acontecimientos han desmentido frecuentemente las predicciones que anunciaban efectos repentinos, así como la clase de efectos atribuidos á dichas reformas. La vanidad de las esperanzas

de los que creyeron que la emancipacion de los católicos pacificaría la Irlanda y la reconciliaría con el gobierno británico, excita hoy nuestra hilaridad. Diez años despues de votarse el *bill de reforma* del año 1832 nadie creía ya que aquel bill pudiera poner término á todos los graves abusos, ó llegar á hacer posible el sufragio universal. Pero considérense los efectos de aquella medida veinticinco años despues, y hallaremos casi por todas partes consecuencias indirectas cuya importancia va mucho más allá de las consecuencias directas. En el curso de la historia, los efectos repentinos sólo afectan, por regla general, á la superficie de las cosas. Las causas que penetran profundamente y descienden hasta las raíces de los futuros acontecimientos, producen lentamente sus más importantes efectos; tienen tiempo para tomar asiento en el orden de cosas familiar á todos, ántes que la atencion general llegue á fijarse en los cambios que producen. En efecto, cuando estos cambios llegan á ser perceptibles, los observadores superficiales no ven casi nunca el vínculo especial que los enlaza á su causa. Rara vez comprendemos las consecuencias de un suceso político reciente en el momento en que estas consecuencias aparecen, á ménos que no hayan sido ántes objeto de nuestro estudio y de nuestras meditaciones.

Nos hallamos en el momento más favorable para apreciar las consecuencias del cambio verificado en nuestras instituciones por la reforma electoral de 1867. La fuerza electoral, grandemente aumentada, que esta reforma pone en manos de las clases trabajadoras, es un hecho demostrado. Las circunstancias que las han inducido hasta ahora á hacer un uso tan moderado de esta poderosa influencia son esencialmente pasajeras. El hombre ménos observador sabe que las clases trabajadoras tienen ciertas miras políticas que les son propias, y que probablemente se propondrán realizar, y en las cuales, con razon ó sin ella, se fundan para creer que los intereses y las opiniones de las clases influyentes se hallan en contraposicion con los suyos. Cualquiera que sea el retraso que la falta de organizacion electoral de los obreros, sus divisiones ó las causas que les han impedido hasta aquí el dar á sus votos una forma aplicable suficientemente concreta originen por ahora

para llegar á la realizacion de este proyecto, es indudable que no tardarán en descubrir los medios de emplear enérgicamente su fuerza electoral colectiva con objeto de realizar sus miras tambien colectivas.

Cuando llegue este caso no obrarán imitando el desórden y la ineficacia de un pueblo que no tiene la costumbre de servirse del mecanismo de las leyes y de la Constitucion; no será tampoco por efecto de impuro instinto de nivelacion. Los instrumentos de que harán uso los obreros serán la prensa, las reuniones públicas y las asociaciones, y lograrán así enviar al Parlamento el mayor número posible de personas consagradas al servicio de los planes políticos de las clases trabajadoras. Estos planes políticos serán determinados por doctrinas políticas definidas, porque hoy se hace de la política un estudio científico bajo el punto de vista de las clases trabajadoras; varias opiniones inspiradas por su interes especial se organizan en sistemas y en *credo*, y reclaman su lugar en el terreno de la filosofía política, con el mismo título que los sistemas elaborados por los pensadores que nos han precedido. Es sumamente importante el que todos los hombres capaces de reflexionar comiencen á considerar en tiempo oportuno lo que podrán ser esos *credos* políticos del pueblo; es preciso depurar cada uno de sus artículos por medio del estudio y de la discusion, para que, si es posible, cuando llegue la hora se pueda, de comun acuerdo, adoptar lo que haya de bueno en aquellas fórmulas, y desechar todo cuanto en ellas pueda haber de malo. De este modo, en vez de gastar las fuerzas de la sociedad en una lucha material, ó únicamente moral, entre el antiguo estado de cosas y el nuevo, se haría entrar en un edificio social restaurado todo lo mejor que hubiese en los dos. Al paso con que marchan generalmente los grandes cambios sociales que no resultan de la fuerza material, tenemos ante nosotros próximamente todo el tiempo de una generacion. El resultado dependerá del uso que se haga de este tiempo; el que las instituciones sociales queden adaptadas al nuevo estado de la sociedad humana, será la obra de una sabia prevision ó el resultado de un conflicto de opuestas preocupaciones. El porvenir del género humano se verá ex-

puesto á grandes peligros si las grandes cuestiones continúan en manos de ciegos partidarios de la reforma y de adversarios no ménos ciegos empeñados en hacerla imposible.

El estudio, que hoy se hace de todo punto indispensable, debe remontar hasta los primeros orígenes de la sociedad actual. Las doctrinas fundamentales, consideradas como incontestables por las generaciones que nos han precedido, son hoy objeto de nuevas controversias. Hasta hoy la institucion de la propiedad, bajo la forma en que nos ha sido legada por el pasado, no ha sido formalmente puesta en tela de juicio sino por algunos teóricos. Esto consiste en que las luchas del pasado no han interesado sino á ciertas clases que tenían el mismo interes en sostener la constitucion existente de la propiedad. No sucederá lo mismo de aquí en adelante: cuando una clase de la sociedad cuyos individuos no tienen casi ninguna propiedad, ni tienen apego á esa institucion sino en cuanto es provechosa al interes público, tome parte en la discusion, no aceptará nada sin pruebas, y mucho ménos, seguramente, el principio de la propiedad privada, cuya legitimidad y utilidad son negadas por muchas personas que razonan bajo el punto de vista de la clase obrera. Esta clase pedirá seguramente que la cuestion vuelva á ser estudiada en todos sus elementos, desde la base hasta la cúspide. Querrá que se examinen á fondo todas las proposiciones encaminadas á suprimir dicha institucion, y todas las modificaciones que pudieran introducirse en ella, por poco que parezcan ser favorables á los intereses de los obreros, exigirá que sean discutidas concienzudamente, ántes de decidir si la cuestion debe continuar en tal estado. En Inglaterra la clase obrera sólo se ha mostrado hostil á ciertas particularidades del sistema de la propiedad. Muchos querrían excluir la cuestion de los salarios de la ley sobre libertad de los contratos, una de las atribuciones ordinarias de la propiedad privada. Los más atrevidos niegan que la tierra sea una cosa que pueda convertirse legítimamente en propiedad privada. Han empezado á pedir que el Estado vuelva á hacerla suya. A estas reclamaciones suceden otras varias; óyese á ciertos agitadores declamar contra lo que ellos llaman la usura, áun cuando no dan de la

misma usura ninguna definicion. Parece ser que esta queja no ha tenido origen en Inglaterra ; ha llegado hasta allí á consecuencia de las relaciones que últimamente se han establecido, gracias á los congresos del trabajo y á la sociedad internacional de los trabajadores, entre los obreros ingleses y los socialistas del continente que rechazan el interes del dinero y niegan que pueda obtenerse legítimamente una renta de ninguna clase de propiedad, excepcion hecha del trabajo. Esta doctrina no parece hasta hoy propagarse mucho en la Gran Bretaña; pero el terreno está bien preparado para recibir estas semillas procedentes de países extranjeros, en que los vastos planes, las ideas generales, las teorías y los sistemas pródigos de promesas infinitas, léjos de hacer que se acojan con desconfianza ciertas causas, son condiciones necesarias para obtener un éxito favorable. En Francia, en Alemania y en Suiza ha sido en donde las doctrinas hostiles á la propiedad, en su más lato sentido, han reunido compactas masas de obreros. En estos países, casi todos los que se proponen la reforma de la sociedad en interes de la clase obrera se proclaman socialistas, denominacion bajo la cual llegan á confundirse los partidarios de muy variados sistemas, pero que implica cuando ménos la idea de rehacer la institucion de la propiedad privada de un modo que casi equivale á su abolicion.

Creeríase tal vez, aún en la misma Inglaterra, que los principales y más activos agitadores de las clases trabajadoras existen en el seno de los verdaderos socialistas. Pero, como la mayor parte de los hombres políticos ingleses, ellos saben mejor que sus hermanos del continente que no es posible realizar bruscamente grandes y durables cambios en las ideas fundamentales de los hombres. Así es que dirigen todos sus esfuerzos al logro de varios propósitos que pueden realizarse con mayor facilidad, y se contentan con guardar para sí todas las teorías extremadas, hasta llegar á hacer en pequeña escala las pruebas de los principios que sustentan. Miéntras las clases trabajadoras de Inglaterra conserven este talento, que es el talento inglés, no es probable que se dediquen resueltamente á las aventuras y á los excesos de ciertos socialistas extranjeros que, hasta en la misma Suiza, ese país modelo de cordura, de-

claran que se contentarán con empezar por una pura y simple subversion, y dejarán que la reconstrucción se haga más tarde y por sí misma. Téngase presente que la palabra subversion no solamente significa para ellos la destrucción de todo gobierno, sino la expropiación de todo género de propiedad, arrebatándola á sus actuales detentadores para consagrarla al provecho de todos. ¿Por qué medios? Esto, contestan ellos, ya se resolvería en tiempo oportuno. La protección que un periódico, órgano de una asociación obrera (*La Solidarité de Neufchatel*), ha dispensado á esta doctrina, es uno de los hechos más curiosos de la época. Los agitadores de los obreros ingleses, cuyos delegados en los Congresos de Ginebra y de Basilea son los que más han contribuido á dar á estas Asambleas el buen sentido práctico que han demostrado, no piensan, según toda probabilidad, comenzar resueltamente por la anarquía, hasta tener ideas bien concretas acerca del régimen social que convendría establecer en sustitución del antiguo. Pero es indudable que no se pueden juzgar bien los medios que ellos proponen, ni motivar un juicio por medio de razonamientos convincentes para el público, sin consagrarse á un estudio de las dos teorías opuestas, la que aboga en favor de la propiedad privada y la del socialismo, de las cuales habrá que sacar necesariamente la mayor parte de las premisas de la discusión. Por consiguiente, ántes de que puedan examinarse con alguna utilidad y en todos sus detalles estas cuestiones, conviene estudiar los fundamentos de las que agita el socialismo. Es preciso proceder á este exámen sin ninguna preocupación hostil. Aun cuando los argumentos favorables á las leyes de la propiedad parezcan irrefutables á aquellos para quienes tienen la doble ventaja de ser una costumbre cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, y hallarse consagrados por el interés personal, ¿no es muy natural que un obrero que comienza á discurrir sobre política los considere bajo muy distinto aspecto?

En los países en que no queda ya por realizar ningún progreso en el terreno de los derechos políticos ¿es posible que los menos acaudalados entre los «varones adultos» resistan al deseo de saber si el progreso debe detenerse en el punto á que

ellos mismos han logrado llegar? A pesar de todo lo que se ha hecho y de todo lo que probablemente ha de hacerse todavía para lograr que los derechos políticos alcancen á los más, siempre son los ménos los que nacen para gozar de grandes riquezas, y la inmensa mayoría es la destinada á una extrema-pobreza, que el contraste hace aún mucho más amarga. Los hombres que componen la gran mayoría no están ya sometidos á la servidumbre ni subyugados por la ley; pero lo están aún por la pobreza: continúan sujetos en el mismo lugar y á la misma ocupacion, obligados á obedecer á la voluntad del primero que los llama á su servicio, privados por causa de su nacimiento de los goces materiales y de las ventajas intelectuales y morales que otros reciben por herencia, sin que les cueste el más pequeño esfuerzo y sin deberlo bajo ningun concepto á su propio mérito. Indudablemente el pueblo no incurre en un error al creer que semejante estado de cosas es un mal, acaso mayor que cualquiera de los que el género humano ha combatido hasta aquí. ¿Es un mal necesario? El pobre lo oye decir á los que no sufren las consecuencias de esta desdicha, á los que han sacado los números buenos en la lotería de la vida. Pero ¿no se decía también lo mismo de la esclavitud, del despotismo, de los privilegios y de la oligarquía? Todos los progresos que las clases más pobres han ido realizando en provecho suyo, y que deben ya á los más nobles sentimientos, ya á los temores que inspiraban á la clase poderosa, cuando no los han adquirido á precio de oro ó en recompensa del apoyo prestado á alguna fraccion de la clase preponderante en las luchas intestinas que la dividían, todos estos progresos encontraron en un principio el obstáculo de las más arraigadas preocupaciones. Con la conquista de estas ventajas, las clases subordinadas han demostrado su fuerza y se han puesto en estado de adquirir otras nuevas; esta preciosa conquista les ha sido doblemente beneficiosa, toda vez que estos privilegios derivaban en su favor una parte del respeto que es el patrimonio del poder, y modificaban en el mismo sentido las creencias de la sociedad. Todas las ventajas que llegaban á conquistar quedaban para siempre sancionadas y legitimadas; pero esto no impedía que se las juzgase indignas

de las que aún no habían adquirido. ¿Qué motivo tendrían, pues, esas clases que el sistema social coloca en un estado de subordinación, para dar crédito á las máximas que el mismo sistema social ha podido consagrar como otros tantos principios? Conocida es la maravillosa flexibilidad de las opiniones humanas; harto sabido es que siempre consagran los hechos consumados, y que á sus ojos todo lo que aún no existe es funesto ó impracticable. Por consiguiente, ¿en nombre de qué se viene á asegurar á las clases subordinadas que la distinción que separa al rico del pobre se funda en una necesidad más imperiosa que tantos hechos anticuados, consagrados en otro tiempo por una larga duración, y que, una vez abolidos, fueron condenados aún por los mismos que habían sabido utilizarlos? No es posible creer en esta necesidad bajo la palabra de la parte interesada. Las clases trabajadoras están en su derecho al exigir que todas las instituciones sociales, sin excepción alguna, sean sometidas á un nuevo exámen, y que toda cuestión sea considerada como si se ventilase hoy por primera vez, sin perder nunca de vista la idea de que no se trata de convencer á las personas que obtienen del sistema actual toda su influencia ó su bienestar particular, sino á las que no tienen más interés en la cuestión que la justicia abstracta y el bien general de la comunidad. Sería preciso hallar el modo de que un legislador ajeno á toda preocupación absolutamente imparcial y juez entre los poseedores de la propiedad y los no poseedores, pudiera hacer en la institución las modificaciones necesarias; sería preciso hallar para defenderla razones capaces de convencer á semejante legislador, y no motivos que parecen haber sido inventados para legitimar el hecho existente. Los derechos ó las leyes *à priori* que no soporten esta prueba, deberán desaparecer más ó ménos pronto. Sería preciso, además, escuchar imparcialmente todas las objeciones que se hacen á la propiedad misma. Sería preciso reconocer con franqueza todos los males y todos los inconvenientes que lleva en sí la institución, aún bajo la mejor forma que pueda revestir, y aplicar los remedios y los paliativos más eficaces que sea capaz de discurrir el entendimiento humano. Sería preciso, en fin, examinar con la misma sinceridad, en vez de declararlos an-

ticipadamente absurdos é impracticables, todos los planes que llegaran á proponer los reformadores de la sociedad, cualquiera que fuese su nombre, y que tuviesen por objeto realizar las ventajas que se prometen de la institucion de la propiedad, sin sufrir los inconvenientes de la misma.

II.

OBJECIONES DE LOS SOCIALISTAS AL ÓRDEN ACTUAL DE LA SOCIEDAD.

Así como en toda proposicion de cambio hay dos elementos que considerar, lo que debe cambiarse y lo que debe reemplazar lo suprimido, así en el socialismo considerado de un modo general y separadamente en cada una de sus variedades, hay que distinguir dos partes, una negativa y crítica y otra constructora. Tenemos en primer término el juicio del socialismo acerca de las instituciones existentes, de las prácticas vigentes y de sus naturales resultados; luégo los diversos planes propuestos para poder hacer algo mejor. En cuanto á la primera parte, las diferentes escuelas del socialismo se hallan perfectamente de acuerdo. Estas escuelas señalan del mismo modo y casi por unanimidad los defectos que encuentran en la sociedad económica existente. Profesan tambien hasta cierto punto las mismas ideas generales acerca del remedio que debe aplicarse á estos defectos; pero en los pormenores, á pesar de este acuerdo, existen entre ellas profundas diferencias. Para apreciar de un modo conveniente las doctrinas de estas escuelas, debemos comenzar por la parte negativa, comun á todas, y dejar el exámen de sus diferencias para cuando nos ocupemos en la segunda parte de su obra, que es la única en que verdaderamente difieren.

La primera parte de nuestra tarea no es difícil, toda vez que sólo consiste en la enumeracion de los males existentes; el número de éstos es bastante considerable, y en su mayor parte oscuros y misteriosos. Muchos de ellos sirven de base á las declamaciones de los moralistas, aún cuando las raíces de

estos males llegan á unas profundidades en que los moralistas apenas intentan penetrar. Son tan numerosos y tan variados, que la única dificultad consiste en hacer de ellos un catálogo aproximadamente completo. Contentémonos por ahora con citar algunos, muy pocos, de los principales. En primer lugar, hay una cosa que el lector debe tener muy presente. Al recorrer la lista de estos males, y al ver aparecer unos tras otros ciertos hechos que se ha acostumbrado á considerar como necesidades de la naturaleza, pero presentados en esta ocasion como otras tantas quejas contra las actuales instituciones sociales, no tiene derecho para creer que se obra de mala fe, ni para asegurar que los males que lamentamos son inherentes á la condicion del hombre y al estado de sociedad, y que ninguna nueva disposicion podría llegar á remediarlos. Esto significaría una peticion de principio. Nadie se halla más dispuesto que los socialistas á admitir que los males de que se quejan son irremediabiles dada la actual constitucion de la sociedad, y hasta llegan á afirmarlo con más rigor del que permite la veracidad de los hechos. Lo que ellos se proponen es examinar si podría existir otro estado de sociedad que no estuviera expuesto á estos males, ó que lo estuviese mucho menos. Los que encuentran defectuoso el órden actual de la sociedad considerada en su conjunto y no retrocederían ante la eventualidad de un cambio total del estado social, tienen derecho á exponer en pro de su tesis todos los males que existen actualmente en la sociedad, aún cuando estos males parezcan efectos probables de los arreglos sociales, ó provengan de otras causas, siempre que no sean una consecuencia de las leyes de la naturaleza, que el poder y la ciencia del hombre no son capaces aún de contrarestar.

Desde el momento en que hay males morales y males físicos que hallarían naturalmente su remedio si cada uno hiciera lo que debe, hay un legítimo derecho para imputarlos al estado de sociedad que los sufre; constituyen argumentos admisibles mientras no se demuestre que cualquier otro estado de sociedad implicaría una suma igual ó mayor de males del mismo género. Segun los socialistas, las disposiciones actuales de la sociedad en lo que atañe á la propiedad, á la produccion

y á la distribución de la riqueza, consideradas como medios de realizar el bien general, no llenan en modo alguno su objeto. Hay, dicen ellos, una masa enorme de mal que estas disposiciones no consiguen prevenir; el bien moral y el bien físico que producen son de un miserable valor, comparadas con la cantidad de esfuerzo empleado, y aún esta mezquina suma de bien sólo se obtiene por medios fecundos en consecuencias perniciosas, tanto morales como físicas.

En primer lugar, entre el número de males sociales existentes puede citarse la pobreza. Los defensores y preconizadores de la institución de la propiedad insisten principalmente en que es el medio de asegurar al trabajo y á la frugalidad su recompensa y de permitir al hombre que pueda salir de la indigencia. Es posible; la mayor parte de los socialistas convienen en que así ha sucedido en los primeros tiempos de la historia. Pero acerca de este punto, la institución no puede hacer nada más ni nada mejor de lo que ha hecho hasta aquí; su eficacia, afirman ellos, es completamente insignificante. ¿A qué cifra se eleva, en los países más civilizados de Europa, el número de los que gozan personalmente lo que podríamos llamar beneficios de la propiedad? Puede decirse que si la propiedad no se hallase en manos de los que utilizan y retribuyen el trabajo de los demás, los obreros carecerían de su pan cotidiano. Pero, aún así y todo, sólo obtienen su pan cotidiano, esto es todo lo que poseen; muchas veces no lo consiguen en cantidad suficiente, casi constantemente es de calidad inferior, y no siempre están seguros de tenerlo; un número inmenso de individuos de las clases industriales se encuentran, en uno ó en otro momento de su existencia (y todo el mundo es susceptible de llegar á semejante estado), dependiendo, á lo ménos por cierto tiempo, de la caridad legal ó voluntaria. Sería una tarea superflua en este momento intentar describir los horrores de la indigencia, ó calcular el número de hombres que en los países más adelantados son habitualmente, durante el curso de su existencia, víctimas de los sufrimientos físicos y morales que provienen de la indigencia. Esta cuestión es de la competencia de los filántropos, que los han descrito con colores bastante sombríos. Bástenos decir que la situación de

esas gentes en la Europa civilizada, sin exceptuar Inglaterra y Francia, es peor que la de la mayor parte de las tribus salvajes conocidas.

Dícese también que nadie tiene razón para quejarse de esta mala suerte, porque sólo es patrimonio de aquellos que se dejan alcanzar por los demás, á los cuales son inferiores en energía y en prudencia. Aun cuando esto fuese cierto siempre, sería un insignificante alivio del mal. Si un Neron ó un Domiciano imponen á un centenar de sus víctimas la obligación de rescatar su vida luchando en la carrera bajo la condición de que los 50 ó los 20 que se queden atrás serán condenados á muerte, ¿será ménos injusta esta condición porque los más fuertes ó los más ágiles tengan la seguridad de salir victoriosos, á ménos de ocurrirles algun desgraciado contratiempo? El mal y el crimen es que álguien sea condenado á muerte. Del mismo modo, en la economía de la sociedad, si hay hombres que sufren privaciones físicas ó alguna degradación moral y sus necesidades materiales no están satisfechas ó lo están de tal modo que únicamente los brutos podrían conformarse con semejantes privaciones, es un vicio que no puede realmente imputarse á la sociedad, pero que no por eso deja de demostrar que los arreglos sociales distan mucho de conseguir su objeto.

Afirmar despues de esto, como para atenuar el mal, que las víctimas de la miseria son los individuos más débiles de la sociedad física y moralmente considerados, es añadir el insulto á la desgracia. ¿Acaso la debilidad justifica el sufrimiento? ¿No es, por el contrario, á los ojos de todos un título irrecusable á la protección contra el sufrimiento? Si los seres felices tuviesen las ideas y los sentimientos que debieran tener, ¿querrían su prosperidad desde el momento en que para pagarla es preciso que una sola persona de su vecindad se halle, por una causa que no dependa de su voluntad, en la absoluta imposibilidad de adquirir una existencia siquiera soportable?

Hay una cosa que, si fuese cierta, libraría las instituciones sociales de toda responsabilidad con respecto á estos males. Puesto que la especie humana no puede obtener una existencia agradable ó una existencia cualquiera sino de su trabajo

y de sus privaciones, no habría motivo para quejarse de la sociedad si todos los que buenamente quieren imponerse una justa medida de este trabajo y de estas privaciones pudiesen obtener una justa medida de sus frutos. ¿Pero acaso sucede así? ¿No sucede más bien todo lo contrario? La remuneración, en vez de ser proporcionada al trabajo y á las privaciones del individuo, se halla casi en razón inversa de sus esfuerzos y de sus privaciones; los que reciben ménos son los que trabajan y se privan más. Hasta sucede muchas veces que los pobres, holgazanes ó abandonados, los hombres de mala conducta ó los que merecen que se les acuse de ser los autores de su propia desdicha, suministran una labor mucho más considerable y mucho más dura que las gentes nacidas para gozar de la independencia que da la fortuna y que la mayor parte de los que se hallan más generosamente remunerados entre los hombres obligados á ganarse la vida; el insuficiente imperio que el pobre industrioso ejerce sobre sí mismo le cuesta grandes sacrificios y grandes esfuerzos que no tienen necesidad de imponerse los miembros más favorecidos de la sociedad. La idea de que existe de hecho, en el estado actual de la sociedad, una justicia distributiva, es decir, una proporción entre el éxito y el mérito, ó entre el éxito y el trabajo, es para todos una pura quimera que es preciso relegar al campo de la novela. La virtud y la inteligencia de los individuos ejercen indudablemente alguna influencia sobre su destino; estas cualidades les sirven, en realidad, de títulos; pero de títulos bastante inferiores á otros muchos que no deben en modo alguno á su propio mérito. El más poderoso de todos es el nacimiento. La inmensa mayoría de los hombres ocupan la posición para que han nacido. Unos han nacido para ser ricos sin trabajar, otros para ocupar una posición en que pueden llegar á ser ricos por medio del trabajo, un gran número de ellos para dedicarse á un penoso trabajo y para sufrir la pobreza durante toda su vida, otros muchos para la indigencia. Después del nacimiento, la principal causa de éxito en la vida es la casualidad y la ocasión. Cuando una persona que no ha nacido rica consigue llegar á serlo, es indudable que su industria y su ingenio han contribuido á este resultado; pero la industria y el ingenio no hu-

bieran bastado sin un concurso de ocasiones y de accidentes favorables que sólo recaen en un pequeño número de individuos. Si la virtud es para algunos una causa de éxito, los vicios, las bajezas, una servil adulación, la dureza de corazón, la avaricia y el egoísmo, lo son para otros, y aún con mucha mayor frecuencia; añadamos á todo esto esas mentiras que el mundo autoriza, esas habilidades que se toleran en los negocios, los juegos de bolsa, y muy frecuentemente las más escandalosas truhanerías. La actividad y el talento son causas de éxito mucho más poderosas en la vida que las virtudes; pero si uno logra su medro porque consagra su actividad y su talento á algún objeto de utilidad general, otro prospera porque aplica las mismas cualidades á deshacer los planes de un rival hasta lograr arruinarlo. Todo cuanto un moralista se atrevería á afirmar es que, en las mismas circunstancias, la honradez es la mejor política, y que en igualdad de circunstancias un hombre honrado tiene, cosa frecuentemente desmentida, más probabilidades de éxito que un bribon; pero nada hay ménos seguro. No es posible afirmar que la honradez, como medio de éxito, tiene más influencia que la ventaja de un solo grado en la jerarquía social. Todo lo que puede decirse cuando se quiere comparar el éxito con la conducta, es que hay cierto grado de mala conducta, ó más bien ciertos géneros de mala conducta, que bastan por sí solos para destruir cualquier conjunto de circunstancias favorables. Pero la recíproca no es cierta. En la situación en que se hallan la mayor parte de las gentes, no hay conducta, por buena que sea, con la cual puedan contar para elevarse en el mundo, si no hallan al mismo tiempo un concurso de favorables circunstancias.

La extremada pobreza y la pobreza poco merecida; hé aquí el primer resultado de los defectuosos arreglos sociales existentes. El segundo es la mala conducta del hombre: el crimen, el vicio, las locuras y todos los sufrimientos que forman su triste cortejo. En efecto, casi todos los géneros de mala conducta, sea en contra de nosotros mismos ó en contra de los demas, pueden atribuirse á una de estas tres causas: en los más, la pobreza y las tentaciones que le asedian; en los ménos, en esos á quienes su fortuna dispensa de la obligación del tra-

bajo, la ociosidad y la falta de ocupacion; en los unos como en los otros, una mala educacion ó la falta de educacion. Es preciso convenir en que las dos primeras causas son por lo ménos efecto de la insuficiencia de los arreglos sociales. Se reconoce casi universalmente que la última les es imputable; puede llamárseles el crimen de la sociedad. Hablo en general y sin precisar nada, porque un análisis más detallado de las causas que producen los defectos de carácter y los errores de conducta probaría de un modo aún más decisivo la filiacion que los relaciona con una organizacion defectuosa de la sociedad, revelando al mismo tiempo el vínculo de recíproca dependencia que relaciona este vicioso estado social con el estado de atraso en que se halla la inteligencia humana.

Despues de enumerar así los males de la sociedad, los niveladores puros del tiempo pasado se detenían; sus sucesores, cuya vista tiene mayor alcance, los socialistas de hoy, van más allá. Segun ellos, la base de las relaciones humanas, el principio sobre el cual rueda actualmente la produccion y la reparticion de los productos materiales es esencialmente vicioso y antisocial. Este principio es el individualismo, la competencia: cada uno para sí y contra todos. Descansa sobre una oposicion, no sobre una armonía de intereses; y bajo su imperio cada uno está obligado á procurarse un puesto para la lucha, á arrojar á los otros ó á dejarse arrojar por ellos. Los socialistas consideran este sistema de guerra privada (bien podemos llamarla así) de cada uno contra cada uno, como igualmente funesto bajo el punto de vista económico y bajo el punto de vista moral. Bajo el punto de vista moral, los males que engendra saltan á la vista. Este principio engendra la envidia, el odio, la falta de caridad; gracias á él, cada uno se convierte en enemigo de cualquiera que cruce su camino, y el camino de cada uno está siempre expuesto á que cualquiera lo cruce. En el sistema vigente, es difícil que uno gane sin que otro ú otros muchos pierdan, ó por lo ménos sin que experimenten ciertos quebrantos. En una sociedad bien organizada, cada uno debería ganar con el buen éxito de los esfuerzos de los demas; hoy, por el contrario, siempre que ganamos es haciendo perder á los demas, y siempre que perdemos es

porque los demas ganan. Nuestras mayores ganancias provienen de la más triste de las causas: de la muerte; de la muerte de los que nos tocan más de cerca, de los que debieran sernos más queridos. Los reformadores de la sociedad condenan el principio de la competencia individual, tanto por sus efectos económicos como por sus efectos morales. En la competencia de los trabajadores ven la causa de la baja de los salarios; en la competencia de los productores, la causa de la ruina y de la bancarota, y estas dos causas, dicen, tienden constantemente á agravarse á medida que la poblacion y la riqueza progresan. Segun ellos, nadie gana con esto, excepto los grandes propietarios de fincas rústicas, los poseedores de rentas fijas y un pequeño número de grandes capitalistas cuyas riquezas les permiten poco á poco vender á más bajo precio que los demas, absorber la totalidad de las operaciones de la industria en su propia esfera, arrojar del mercado á todos los que utilizan y retribuyen el trabajo de los demas, ser allí los únicos amos, transformar los trabajadores en un nuevo género de esclavos ó de siervos, avasallarlos con los socorros que les dan y obligarlos á aceptar estos socorros bajo las condiciones que les place dictar. En una palabra, la sociedad, segun estos pensadores, camina hácia un nuevo feudalismo: el feudalismo de los grandes capitalistas.

Como tendré ancho campo en los capítulos siguientes para emitir mi opinion acerca de estas cuestiones y de otras muchas relacionadas con ellas y que de ellas dependen, voy sin otro preámbulo á exponer las opiniones de los más eminentes socialistas acerca de los arreglos actuales de la sociedad, citando algunos pasajes de sus escritos. Por ahora, pido que sólo se vea en mí el narrador de las opiniones de los demas. Ya se verá despues hasta qué punto concuerdan con mis propios sentimientos ó difieren de ellos las citas que hago.

La exposicion más clara, más condensada, más exacta y más especificada de las ideas de los socialistas en general contra el estado actual de la sociedad, en el dominio económico de los asuntos humanos, se halla en el pequeño libro de M. Louis Blanc, titulado: *Organización del trabajo*. De este tratado, pues, voy á tomar mis primeras citas:

«La competencia es para el pueblo un sistema exterminador.

»¿El pobre es un miembro ó un enemigo de la sociedad? Contéstese.

»Él mira en torno suyo y halla el suelo completamente ocupado.

»¿Puede sembrar la tierra por su propia cuenta? No, porque el derecho del primer ocupante se ha convertido en derecho de propiedad.

»¿Puede coger los frutos que la mano de Dios ha hecho madurar en el camino de los hombres? No, porque esto constituye un derecho confirmado por el gobierno.

»¿Puede sacar agua de una fuente enclavada en un campo? No, porque el propietario del campo es, en virtud del derecho de accesion, propietario de la fuente.

»¿Puede, muerto de hambre y de sed, implorar la compasion de sus semejantes? No, porque hay leyes contra la mendicidad.

»¿Puede, rendido de fatiga y falto de asilo, quedarse dormido sobre el empedrado de las calles? No, porque hay leyes contra la vagancia.

»¿Puede, huyendo de esa patria homicida en que todo se le niega, ir á pedir medios de subsistencia léjos de los sitios en que le fué dada la vida? No, porque no está permitido cambiar de país sino bajo ciertas condiciones imposibles para él.

»¿Que hará, pues, ese desdichado? Él os dirá: «Yo tengo brazos, yo tengo una inteligencia, yo tengo fuerza, yo tengo juventud; tomad todo esto, y dadme en cambio un pedazo de pan.» Eso es lo que dicen hoy los proletarios. Pero tambien podeis contestar al pobre: «Yo no tengo trabajo que daros.» ¿Qué quereis que él haga entónces?.....

.....
 ».....¿Qué es la competencia respecto de los trabajadores? Es el trabajo puesto á pública licitacion. Un asentista necesita un obrero; preséntanse tres.—¿Cuánto quereis por vuestro trabajo?—Tres francos: tengo mujer é hijos.—Bien; ¿y vos?—Dos francos y medio: yo no tengo hijos, pero sí mujer.—Perfectamente. ¿Y vos?—Yo tengo bastante con dos francos: soy

solo.—Entónces os doy la preferencia. Es cuestion concluida; queda hecho el ajuste. ¿Qué será de los dos proletarios excluidos? Se resignarán á morir de hambre probablemente. Pero, ¿y si llegaran á ser unos ladrones? No temais nada, nosotros tenemos gendarmes. ¿Y si se convierten en asesinos? Nosotros tenemos el verdugo. En cuanto al más afortunado de los tres, sólo ha logrado un triunfo provisional. En cuanto se presente un trabajador bastante robusto para poder ayunar cada dos dias, la rebaja se llevará hasta el último límite; ¡nuevo paria, tal vez una nueva adquisicion para el presidio!

»¿Se dirá acaso que hay exageracion en estos tristes resultados, y que no son posibles en todos los casos, sino cuando el empleo no basta á los brazos que quieren ser empleados? Yo preguntaré á mi vez: ¿Tiene acaso la competencia en sí misma algo que pueda impedir esta desproporcion homicida? Si una industria cualquiera carece de brazos, ¿quién me asegura que en esta inmensa confusion creada por una competencia universal, no habrá otra industria que los tenga en sobrada abundancia? Pues aún cuando sólo hubiese entre treinta y cuatro millones de hombres veinte individuos obligados á robar para vivir, esto basta para condenar semejante principio.

»Pero ¿quién habrá tan ciego que no vea que bajo el imperio de la competencia ilimitada, la baja íntima de los salarios es un hecho necesariamente general y de ningun modo excepcional? ¿Tiene la poblacion límites que no le sea dado traspasar nunca? ¿Es posible decir á la industria abandonada á los caprichos del egoismo individual, á esa industria que es un mar tan fecundo en naufragios: «tú no irás más allá?» La poblacion crece incesantemente; mandad, pues, á la madre de pobre que sea estéril, y blasfemad de Dios que la ha hecho fecunda, porque si no lo haceis, la liza será bien pronto estrecha para los combatientes. Si se inventa una máquina, mandad romperla, y gritad anatema á la ciencia, porque si no lo haceis, los mil obreros que la nueva máquina arroja de sus talleres, irán á llamar á la puerta del taller inmediato, y harán bajar el salario de sus compañeros. Baja sistemática de los salarios que tiende á la supresion de cierto número de obreros, hé aquí el inevitable efecto de la competencia ilimitada. Esta

competencia no es, por consiguiente, sino un precedimiento industrial que obliga á los proletarios á exterminarse unos á otros

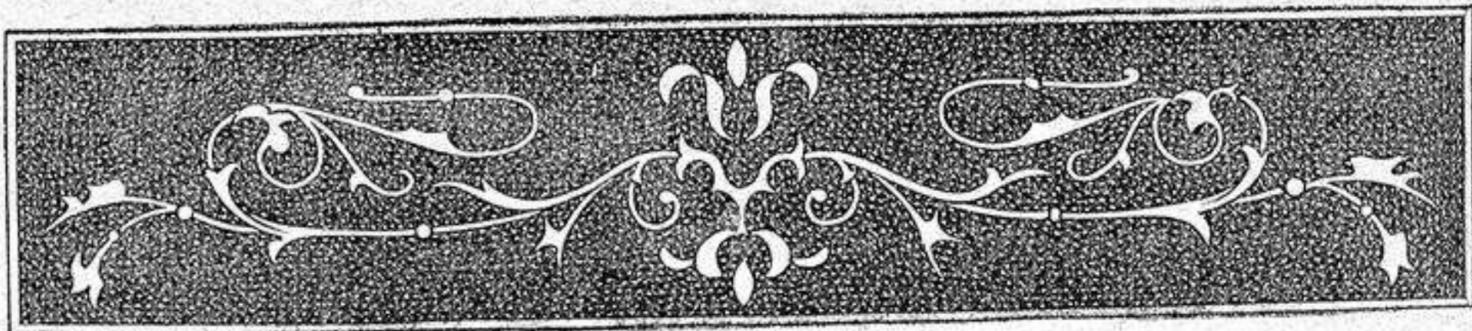
.....Indudablemente, el aumento de la población es mucho más rápido en la clase pobre que en la clase rica. Según la *Estadística de la civilización europea*, los nacimientos en París sólo representan $\frac{1}{32}$ de la población en los barrios más acomodados; en los demás, llegan hasta $\frac{1}{26}$. Esta despoblación es un hecho general, y Sismondi, en su obra sobre economía política, la ha explicado perfectamente, atribuyéndola á la imposibilidad de esperar y de preveer en que se hallan los jornaleros. Únicamente puede medir el número de sus hijos por la cantidad de su renta aquel que puede tener confianza en el porvenir; pero el que vive al día sufre el yugo de una fatalidad misteriosa, á la cual condena á su raza, porque él mismo se ha visto condenado á ella. Los hospicios, por otra parte, amenazan á la sociedad con una verdadera inundación de mendigos. ¿Cómo librarse de semejante plaga?... No puede negarse, sin embargo, que toda sociedad en que la cantidad de las subsistencias crece ménos pronto que el número de los hombres, es una sociedad colocada sobre el abismo... La competencia produce la miseria; este es un hecho demostrado por los guarismos. La miseria es horriblemente prolífica; este es un hecho demostrado por los guarismos. La fecundidad del pobre arroja dentro de la sociedad un inmenso número de infelices que necesitan trabajar y no encuentran trabajo; este es un hecho demostrado por los guarismos. Ya en este caso, la sociedad no tiene más remedio que matar á los pobres ó alimentarlos gratuitamente: atrocidad ó locura» (1).

Eso en cuanto á los pobres. Pasemos ahora á las clases medias.

(1) Louis Blanc, *Organisation du travail*, págs. 6, 11, 53, 57. Cuarta edición. París, 1845.

JOHN STUART MILL.

(Se continuará.)



LA DOCTRINA DE LA EVOLUCION
DE LAS
MODERNAS ESCUELAS CIENTÍFICAS.



RANDES han sido los adelantos de las ciencias naturales en estas dos últimas centurias. La inmensa copia de observaciones y descubrimientos lenta y trabajosamente acumulados por las edades pasadas; las leyes más importantes del mundo físico, que las generaciones anteriores no llegaban á lo más sino á sospechar ó entrever de un modo confuso, recibieron en la edad moderna demostracion palmaria y rigurosa exposicion científica, y coordinándose sistemáticamente han dado lugar á ciencias nuevas completas. En lo que se refiere al sistema del Universo, no estamos ya atenedos á construcciones hipotéticas como las de Ptolomeo y Ticho-Brae, ó á fragmentos de construccion aislados entre sí por enormes huecos ó vacíos, como en los tiempos de Copérnico, Galileo y aún de Descártes; sino que poseemos un sistema completo y definitivo demostrado con todo rigor científico, como lo es el de Newton. En torno de esta verdad fundamental se han ordenado y continúan ordenándose todos los grandes descubrimientos sucesivamente alcanzados

con un estudio más profundo de la naturaleza. Se han llenado al mismo tiempo y continúan llenándose con asombrosa rapidez los vacíos que separaban entre sí á las diversas ciencias, y, extendiéndose el campo de lo conocido, por todos lados se descubren nuevas vastísimas é inexplorables regiones, en cuyos dilatados y oscuros horizontes parecen compenetrarse todas las ciencias, enlazándose todas con estrechísima solidaridad en sus más superiores esferas.

De este mayor desarrollo de las ciencias físicas y naturales ha resultado también su predominio avasallador en el orden científico. Las ciencias morales y políticas se han desprendido de su madre la teología para convertirse en hijuela de las ciencias físicas y matemáticas. Se pretende llegar al conocimiento de los grandes fenómenos del mundo moral y de la naturaleza humana con el mismo procedimiento que sirve y da tan admirables resultados en la investigación del mundo físico. Para conocer al hombre moral se escudriñan minuciosamente los últimos rincones de la estructura animal; la psicología se convierte en anatomía y fisiología. Para conocer el mundo moral se estudian los fenómenos de la naturaleza; y la religión, la política, toda la ciencia social se convierten en una teoría de biología. Con las sensaciones y los instintos groseros de la naturaleza animal, se explican la moral, el derecho y las instituciones fundamentales por que se rige toda sociedad. Con la doctrina de la evolución y de la selección sexual se explica el progreso social y se descubren cuáles han de ser los más altos destinos de nuestra especie; y andan en boga libros como el que lleva por título *Origen de las naciones ó leyes del desarrollo científico de los pueblos según la ley de la selección*; privan doctrinas de materialismo brutal como las de Buchner, Littré, Fierbich, Moleschott, Haeckel, etc. Y luego, cuando por medio de la experimentación de las sensaciones y de los instintos, por medio de la anatomía, de la fisiología ó de otro ramo cualquiera de las ciencias naturales creen los sabios haber recogido en el crisol alguna molécula del hombre y del mundo moral, toman por punto de partida de sus lucubraciones ulteriores este residuo alcanzado en sus experimentos. De él se valen para definir primero al hombre abstracto como se

define en aritmética la unidad, y de la definición que sientan deducen despues teóricamente y por simple razonamiento los derechos individuales, la constitucion de la familia, la organizacion del Estado, así como en matemáticas de una definicion primordial se deducen los demas teoremas.

En nada, en efecto, se diferencian el procedimiento que hoy se sigue en la construccion del mundo social, y el procedimiento usual de las ciencias exactas. En política, como en matemáticas, se sienta un principio *à priori* para deducir luego por medio de razonamientos abstractos toda la estructura social, del mismo modo que se construye un libro de geometría razonando sobre un axioma. «Este es el último paso de la filosofía, dice Condorcet (1), este es el sistema que ha venido á poner en cierto modo una barrera eterna entre el género humano y los rancios errores de su infancia. Aplicándolo á la moral, á la política, á la economía política se ha conseguido un método demostrativo casi tan exacto como el de las ciencias naturales. Sólo con él se han podido descubrir los derechos del hombre.»

Hay que confesar que de entónces acá la tragedia política no ha confirmado la teoría de Condorcet. Siguiendo ese método que en las ciencias morales y sobre todo en política había de dar un criterio tan seguro de la verdad como el que resplandece en las ciencias exactas, hemos visto trazar prodigioso número de teorías y sistemas políticos en que todos los ciudadanos deben ser justos y benéficos y amantes de su patria, y están equilibrados los poderes públicos con toda la exactitud y precision de un problema de mecánica, y de antemano aparecen resueltas para los gobernantes las mayores dificultades: pues no hay más que atenerse en todo al fallo de la voluntad nacional, y para conseguir la expresion de la voluntad nacional basta consultar el sufragio universal, y recogiendo y sumando los votos de cada uno de los autómatas simples y homogéneos cuya agregacion compone las naciones, quedan reducidas todas las dificultades del gobierno á la primera y más

(1) CONDORCET, *Esquisse d'un tableau historique de l'esprit humain (neuvieme epoque)*.

sencilla de las operaciones que enseña la aritmética. Pero mientras en las regiones de la teoría se trazaban estos ideales de sociedades perfectas compuestas de individuos que no eran ni hombres ni brutos, sino seres abstractos, racionales y sensibles, capaces de elevarse por razonamiento á los principios de los derechos del hombre y convenirse en las cláusulas del contrato social que más les acomode; mientras en esas sociedades ideales todo, en fin, se resolvía á maravilla y con la simple dialéctica,—acá en la tierra, en cambio, á pesar de proclamar los pueblos los derechos del hombre y poner en práctica los gobernantes el método ideológico de Condorcet para resolver las dificultades del gobierno, continuamos, sin embargo, en las rancias preocupaciones y necias rutinas. Los hombres no se hicieron más razonables, sino continuaron siendo paparos como ántes, arrastrados unas veces por la pasión, otras por el *prejuicio* ó la simple necesidad, rara vez por la pura razón; y ahora como ántes, la historia, que es la política experimental, ha continuado formándose con la mezcla terrible de errores y verdades, vicios, pasiones y virtudes que constituyen la naturaleza humana.

No obstante las contradicciones y escarmientos de la práctica, es sin embargo de admirar la constancia y tenacidad de los ideólogos levantando sus edificios teóricos. No hay duda que para dar muestra de tan notable persistencia, el espíritu teórico debe tener profundas raíces en los senos más íntimos de la sociedad moderna. Así es en efecto. La época actual desenvuelve todo su movimiento científico en la esfera que le trazó el siglo xviii. Acepta por punto de partida los principios que sentaron los filósofos y hombres de letras de aquella centuria, y se vale en ciencias morales y políticas de los procedimientos planteados por aquellos teóricos. Argumenta acerca de los sistemas sociales y políticos del mismo modo que sobre asuntos de ciencias naturales ó de ciencias exactas. En la naturaleza ó en la razón abstracta, busca las primeras premisas de la construcción social, y pretende, en fin, constituir la sociedad natural argumentando sobre un primitivo contrato social como Rousseau; sobre una sensación como Condillac, ó sobre el placer y el dolor, como Helvecio, ó sobre una teoría

de historia natural, ó sobre el hombre primitivo y la bondad natural de la especie humana y sus derechos naturales, imprescriptibles é ilegislables, como Diderot, D'Alembert y toda la escuela en sus diferentes matices. La legitimidad de este método parece á todos incontestable; para ellos es indiscutible como un dogma. Nada prueban contra él las utopías destructoras y las explosiones de anarquía á que puedan dar lugar algunos ideólogos de gabinete ó algunos tribunos de plazuela, empleando el sofisma en vez del silogismo bien hecho: el método es bueno y permanece tal, por más que la ignorancia y la pasión hagan de él uso ilegítimo.

Tal es el criterio de la ciencia moderna; el naturalismo la domina. Con la misma unanimidad, con que ántes se creía en el pecado original, se cree hoy en el hombre mono ó en el Adam salvaje. Antes se creía en la Providencia, ahora se cree en las escuelas que la humanidad como el mundo físico están sujetos á las mismas leyes naturales, invariables, eternas, fatales; que el hombre no es más que una parte organizada de la sustancia del Universo; en una palabra, que lo sobrenatural es un sueño, como dice Voltaire, y que todos los seres sin excepcion están sometidos á las mismas leyes invariables. Para la ciencia moderna, el hombre primitivo no fué un sér superior creado directamente por el Hacedor Supremo é iluminado por revelacion divina; fué, por el contrario, un salvaje grosero semi-hombre, semi-bruto, sociable por instinto como la abeja y el castor, poco superior al mono, pero dotado como él de instintos de imitacion, lo cual, unido á su organizacion especial que le permite perfeccionarse gradualmente, hizo que del grito inarticulado imitacion del bramido de las fieras, pudiera elevarse al lenguaje articulado, y del lenguaje articulado monosilábico al lenguaje más perfecto de los idiomas clásicos, y gradualmente despues á todas las artes de la vida social. La historia de la humanidad en nada se diferencia de la historia de los demas seres del Universo, se desenvuelve con arreglo á los propios elementos que constituyen la naturaleza humana, y éstas son las únicas fuerzas que la gobiernan y dirigen. La humanidad, para decirlo de una vez, no está sujeta al gobierno de la Providencia, no

ejerce sobre ella ninguna acción, poder alguno sobrenatural; en su marcha y desarrollo no hace, por el contrario, sino obedecer á las leyes naturales de su organismo, y estas leyes naturales, fuerzas interiores que obran en cada sér, son las que sin cesar la transforman y la arrastran de un modo fatal á cumplir su destino.

Tales son los principios que sustenta el naturalismo moderno; de este modo se entiende ahora la ley del progreso. Y para llevarlo hasta su última consecuencia, como dentro de ocho mil no cabe la historia de la humanidad sin prodigio, y forzosamente debió ser necesaria larga serie de siglos para que los hombres fuesen inventando á poquitos el lenguaje, las artes, las instituciones, se trabaja en el día con todo ardimiento para prolongar las edades de la historia, á fin de poder explicar este progreso lento y constante de la civilización humana. Escritores más ingeniosos que sesudos se entretienen en fantasear la historia de los imperios imaginarios que debieron florecer en China, en la Persia, en las márgenes del Nilo y del Ganges 19564 ó 30778 años ántes de la era vulgar. Más aventajados que el inolvidable Hermagoras, de *los Caractères* de la Bruyère, no sólo pueden dar exacta cuenta y razón de quiénes eran Apronal, Herigebal, Noesnemordach, Mado-kempad, y saben cuántas mujeres tuvo Nino, y que Thutmosis, rey de Egipto, era de naturaleza enfermiza por herencia de su abuelo Alifarmutosis; y que Semíramis, llamada por algunos Serimaris, hablaba como su hijo Ninias, hasta el punto que se confundían por el metal de la voz, aunque hasta ahora no ha podido averiguarse si es porque la madre tenía el acento varonil de su hijo, ó bien el hijo la voz afeminada de su madre; no sólo demuestran que Nemrod era zurdo, y Sesotris ambidiestro, y que es error vulgar imaginarse que Artajerjes se apellidó Longimano, porque le caían los brazos hasta la rodilla, cuando consistía su defecto en tener una mano más larga que otra (1), sino que descifrando con mayor penetración de anticuario el horrible caos de los imperios babilonio

(1) LA BRUYÈRE, *Les caractères (De la société et de la conversation)*.

y asirio y de las dinastías de Egipto, describen concienzudamente los sucesos acaecidos en el tenebroso año 26778 ántes de la creacion mosaica, precisan los fastos mitológicamente gloriosos del gran Osiris, conocen toda la parentela de Phta, y pueden referir hasta en sus últimos detalles las hazañas de Orus, 18790 años ántes de Cristo, desde cuya época no les ofrece la menor duda la realidad de los sucesos históricos (1). Cuestiones son éstas que traen en el dia profundamente distraídos á los sabios. Pero como sólo la geología y demás ciencias naturales, y tal vez la filología, pueden reconstruir la historia de la humanidad en tan remotas edades, las academias y congresos de ciencias naturales hacen ahora las veces de concilios, y los naturalistas desempeñan el papel que ántes desempeñaban los teólogos. Con el cráneo de un tonguzo y la rabadilla de un africano antropoide, ó el cóxis prolongado de un chimpanzé ó de un gorilla resucitan estos sabios las razas semi-humanas que vivían en el mundo bastantes años hace, y demuestran que fueron los padres de la humanidad esos adanes que vagaban por la tierra cuando no tenía ésta ni trazas de paraíso.

No es extraño que en nuestra época encuentre prosélitos la doctrina de Lamark y haga furor una hipótesis como la de Darwin, que viene á colmar los deseos del racionalismo, presentando el origen del hombre en el desenvolvimiento de otras especies inferiores, las cuales desde las escalas más inferiores de la vida, se han elevado por evolucion á los organismos superiores. Muy característico de la edad contemporánea es este furor, que está produciendo en las escuelas una simple hipótesis de las ciencias naturales, con la cual los naturalistas han invadido todos los ramos del saber. Desmedida importancia han venido á alcanzar, gracias al estado moral de nuestra sociedad, los principios formulados por Darwin, como doctrina general primero en su obra sobre el *Origen de las especies*, y aplicados despues por él mismo de una manera concreta á la especie humana en sus dos tomos sobre *La descendencia del hombre*. Puesto que es este el sistema que

(1) RODIER, *Antigüedad de las razas históricas*.

mejor personifica ahora el naturalismo moderno, diré dos palabras sobre él, sin temor de que pueda el tema parecer impropio de la índole de este trabajo, pues ya es hoy cosa sentada que, al hablar de filosofía, debe tratarse *de todas las cosas y de algunas más*.

Desde luego sería inoportuna en este lugar toda crítica de las teorías de este distinguido naturalista en el terreno propio de su ciencia; únicamente hemos de permitirnos algunas ligeras observaciones sobre las afirmaciones sentadas por Darwin como axiomas primeros de su doctrina en lo relativo á las facultades mentales del hombre, al sentido moral, á la formación del lenguaje, á la creencia de Dios y á la sociabilidad humana (1); extremos sobre los cuales el distinguido naturalista ha dicho y escrito con toda naturalidad muchas indiscretas necedades, aceptadas luego por sus discípulos como verdades dogmáticas. Es de admirar en Darwin la sagacidad del observador y el superior talento de agrupar los hechos para presentarlos como comprobación de una teoría sentada *à priori*; pero por grande que sea el aparato científico de la doctrina darwiniana, no es en el día más que una de tantas hipótesis de que la ignorancia de la ciencia tiene que valerse para resolver problemas cuya solución real ignora, hipótesis brillante y todo lo que se quiera, pero pura hipótesis al fin y al cabo. Dejemos, pues, á las ciencias naturales que resuelvan en familia las contradicciones que en su propio terreno les ha traído la hipótesis darwiniana, y vean si las especies son inmutables é independientes unas de otras, ó bien transformables por un vínculo secreto que las une y que con el transcurso del tiempo, de los tipos primitivos, va sacando inagotable variedad de especies nuevas. La cuestión que aquí nos hemos de proponer en primer término es la siguiente: ¿La hipótesis de Darwin, ha venido á destruir la necesidad de un Dios creador del hombre, como se esfuerzan en demostrarlo no pocos de los que se dicen de su escuela?

Desde el momento en que se reconoce que el hombre no ha existido siempre, y para explicar su origen no se admite la ab-

(1) DARWIN, «La descendance de l'homme,» t. II, cap. y III.

surda especie de que ha venido á la tierra producido por una fuerza creatriz y orgánica inherente á la materia; sea cual sea la hipótesis que se formule, la existencia de un Dios creador será siempre el dogma capital y necesario del origen de nuestra especie. La misma hipótesis de la transformación progresiva de las especies, aún demostrada con certeza y comprobada como ley de la creación, de lo cual se halla todavía muy distante, tropezaría en sus principios fundamentales con la necesidad del mismo dogma de un Dios creador. ¿De dónde habrían nacido estos tipos primitivos cuyas transformaciones sucesivas produjeron las formas tan ricas y variadas de las especies que viven hoy? Esa ley que eternamente está amasando los elementos de la materia para formar los tipos de la vida; esa ley que con tanta uniformidad preside constantemente á los cambios y transformaciones de los seres, ¿es acaso la consecuencia de una serie de casualidades y fatalidades ciegas, ó bien la expresión de un pensamiento divino? Tan necesario es Dios para crear el mono ó el tipo primitivo del mono, como para crear al hombre mismo: y digo más; una vez creado el mono, tan necesario es Dios para producir la transformación del mono en hombre, como para crear directamente al hombre sin recurrir á transformación alguna de las especies existentes.

El mismo Darwin lo ha reconocido así al terminar con esta frase su obra sobre *El origen de las especies*: «¿No hay acaso verdadera grandeza en esta concepción de que la vida infundida primero por el Creador en reducido número de formas, tal vez en una sola, se desenvolvió en variedad infinita de formas admirables, que partiendo todas del principio más sencillo no han dejado de desarrollarse y continúan desenvolviéndose mientras el planeta, obedeciendo á la ley inalterable de la gravitación, rodaba en su órbita?» (1).

Ciertamente que si el darwinismo se limitara á esta conclusión, sus teorías ni hubieran sido doctrina de impiedad ni arma destructora. Provenga el cuerpo humano del desenvolvimiento de invertebrados ó vertebrados anteriores, ó haya sido creado de otra manera diversa, siempre será, como dice el Gé-

(1) DARWIN, «Origen de las especies. Resúmen y Conclusiones.»

nesis, cuerpo formado del lodo de la tierra; pero ese cuerpo que es lodo, ceniza, nada, si forma parte de la naturaleza humana, no es lo que constituye al hombre, ni tampoco la parte más noble de nuestra persona, no es más que un organismo material y deleznable que sirve á una alma inmaterial llamada á destinos inmortales. Poco importa, pues, que lo que en el hombre es lodo se haya formado por desenvolvimiento gradual de formas imperfectas á otras más perfectas, y tenga por punto de partida la hoy profanamente llamada Eva celular, si el alma, que es en el hombre la parte esencial, se estima como creacion independiente de la materia. Nada habría en esto de contradictorio al texto sagrado que dice: «Formó el Señor Dios al hombre del lodo de la tierra é infundió en su rostro el soplo de la vida y quedó hecho el hombre viviente con alma racional» (1). Más de una vez recuerda el Génesis á la humanidad que el hombre es polvo y ha de volver al polvo; y sin impugnar ningun texto de la narracion bíblica podría muy bien el darwinista decir con Job á la podredumbre: «Tú eres mi padre; y á los gusanos, vosotros sois mi madre y mi hermana» (2), pero proclame al mismo tiempo que somos en la creacion imágen y semejanza de Dios; que nuestra alma, verdadero destello de la divinidad, no ha sido una produccion natural y necesaria del desarrollo de las formas vivientes, sino que procede inmediatamente del Hacedor.

Encerrada en estos límites la hipótesis darwiniana, podría pasar por uno de tantos comentarios, descabellados ó juiciosos, que se han hecho sobre los versículos del Génesis, que describen el desarrollo progresivo del reino animal, así como las generaciones sucesivas del cielo y de la tierra. Pero otras muy distintas son las conclusiones que aspira á sentar la escuela darwiniana. Claramente la proclama ella misma: «En cada especie animal ó vegetal halla, no el pensamiento materializado de un creador personal, pero sí la expresion transitoria de una fase de la evolucion mecánica de la materia, la expresion de una causa necesariamente eficiente,

(1) Génesis, cap. II, vers. 7.

(2) Job, cap. XVII, vers. 14.

de una causa mecánica (*causa efficiens*). Cuando el dualismo teológico busca solamente en las maravillas de la naturaleza las ideas arbitrarias de un creador caprichoso; el monismo ó el uniteismo, considerando las verdaderas causas, halla solamente en las fases de la evolucion los efectos necesarios de las leyes naturales, fatales y eternas» (1). Y de este modo resume sus aspiraciones finales: «La nocion de su verdadero origen y del puesto que ocupa en la naturaleza, arrastrará á la humanidad por la vía del progreso moral y científico. La simple religion natural, fundada en un conocimiento perfecto de la naturaleza y de su inagotable tesoro de revelaciones, imprimirá en lo venidero á la evolucion humana un sello de nobleza que los dogmas religiosos de los diversos pueblos eran incapaces de prestarle, porque descansan estos dogmas sobre una fe ciega y oscuros misterios y revelaciones mitológicas formuladas por castas sacerdotales. Nuestra época, que habrá tenido la gloria de fundar científicamente el más brillante resultado de la sabiduría humana, la doctrina genealógica, será glorificada por los siglos venideros como una era nueva y fecunda en el progreso humano, caracterizada por el triunfo de la libre investigacion alcanzada sobre la investigacion autoritaria por la noble y poderosa influencia de la filosofía monástica» (2). Aunque esto reciba de sus corifeos nombre de monismo ó realismo, ó doctrina evolutiva, no es en el fondo otra doctrina que la del panteísmo materialista más grosero y no merece calificarse sino de naturalismo brutal.

De antiguo son conocidos en el mundo los principios de la filosofía monística. Se encuentran en los libros y poemas del panteísmo oriental, y algunas escuelas del paganismo helénico los desarrollaron en su tiempo con tanto entusiasmo como Haeckel en el siglo XIX; y no valía, en verdad, la pena de anunciar con tanto aparato su descubrimiento como novísimo, ni es prueba tampoco de profundo saber el proclamar al siglo XIX como su único descubridor. Sobre este punto nada nuevo ha descubierto ó inventado el darwinismo, no ha hecho

(1) HAECKEL, «Historia de la creacion natural,» lecc. II.

(2) HAECKEL, «Historia de la creacion natural,» último párrafo.

más que desenterrar y escribir en serio y con tono científico patrañas que en todo tiempo hicieron las delicias de los ingenios de gusto pervertido y aficionados á cavilidades extravagantes. Sin ir á buscar por tierras extrañas escritores de esta especie, que en otros siglos, como ahora, se distrajeron escribiendo en broma ó en serio libros sobre este género [de lucubraciones estrambóticas, podemos citar á nuestro gracioso fraile el P. Fuente de la Peña. Observa D. Juan Valera, con el sabroso aticismo que le es habitual, que «si tuviese tiempo y calma para ello, probaría fácilmente que apénas hay descubrimiento moderno de Darwin, de Moleschott, de Buchner, de los prehistóricos, de los positivistas, de los espiritistas, de los magnetizadores, etc., etc., que no esté previsto y predicho en *El ente dilucidado*, con las cortapisas convenientes para que se ajuste y cuadre y encaje con la verdad católica..... En cuanto á la generacion espontánea, claro está que el padre la define y demuestra. Los duendes nacen del vapor y son unos *animales trasteadores é invisibles, secundum quid*..... El Padre hace nacer espontáneamente de los vapores y miasmas, culebras, lagartos, sapos, ratones y cuanto se le antoja, estando las cosas de la tierra en su ordinario estado, sin necesidad de revoluciones telúricas, sidereas ó atmosféricas..... Los timoratos del día andan hechos unos basiliscos contra los naturalistas que pretenden que todo sér vivo nace de unas vejigüelas primitivas. El P. Fuente de la Peña no tiene tal repugnancia. Al contrario; salvo los ángeles, las almas humanas y la materia prima, que han sido creados por Dios inmediatamente, lo demás nace por *educion* ó *emanacion* de la materia prima. Se junta una forma á dicha materia ó se junta otra, y ya tenemos los séres. Si la forma es *leontina*, sale un leon; si es *duendina*, sale un duende, y si es *gatuna*, sale un gato. Dígasenos ahora si esto no es casi tan bueno como Darwin..... Entrevé tambien el Padre, cómo de la monstruosidad que adquiriera ó con que nazca un individuo de una especie, puede originarse especie nueva. Un hombre con cola puede dar origen á muchos hombres con cola: una cabra á quien se le alargue el pescuezo, puede ser raíz y estirpe de las girafas. El Padre llega en este punto hasta á creer que hay ó ha habido hombres peces, hom-

bres ranas, hombres con un pié y hombres sin cabeza. En cuanto al tamaño, los hay ó ha habido menores que una avispa, y tan enormes, que por el hueco del fémur de uno de ellos entró á caballo un cazador persiguiendo á una cierva, y tardó seis minutos en salir por el otro lado, á todo galope.

»Nace de aquí una cuestion que Darwin y sus discípulos se dejan en el tintero, y que el Padre dilucida, á saber: ¿Los monstruos son ellos, ó lo somos nosotros? Claro está que si ha de salir especie nueva de la monstruosidad, para todos los individuos de la nueva especie, los monstruos lo seremos nosotros.

»En cuanto á que el hombre provenga ó no provenga del mono, no se declara bien el Padre; pero estamos seguros de que este origen no le repugnaría, ya que concede razon, discurso y agudeza á los animales, y en particular á los monos. Monos hay, segun él, que saben leer y escribir, y que bailan y tocan instrumentos; y otros tan tahures y fulleros, que juegan en la India á los naipes con los portugueses, los despluman, y luégo, para consolarlos, los llevan á la taberna, los convidan y emborrachan» (1).

Con tanta discrecion como inimitable gracia, juzga el distinguido crítico este género de invenciones desatinadas, que no pueden tratarse sino con crítica festiva, aunque se exponga en serio y con aparato científico por filósofos ó naturalistas, por un Fuente de la Peña ó por un Darwin. No habla Darwin de duendes y naturalezas duendinas y demas cosas peregrinas de que trata el deleitable ex-provincial de capuchinos, expone, por el contrario, su doctrina con toda la rigidez de un naturalista de gran seso y con erudicion no más rica, aunque más sana si se quiere que la de nuestro Padre. Pero las conclusiones á que viene á parar nada tienen que envidiar á muchas de las proposiciones del P. Fuente de la Peña, y hace gala en su demostracion de no menor desenvoltura científica.

Veamos si no cuáles son las conclusiones que sienta el dar-

(1) JUAN VALERA, «Disertaciones y juicios literarios.» (De la filosofía española.)

winismo en punto á la ascendencia del hombre, y su perfeccionamiento moral y social. Son las siguientes:

1.º «Que el hombre desciende de un mamífero velludo, provisto de rabo y orejas puntiagudas, viviendo probablemente sobre las ramas de los árboles y originario del antiguo continente (1).

2.º Que por igual grado de evolucion han ido desenvolviéndose y perfeccionándose las facultades mentales y morales del hombre. Que heredero por seleccion sexual de los instintos sociales que se descubren en los demas animales inferiores, el más perfecto de los vertebrados no ha hecho sino aplicar á estos instintos la mayor fuerza de sus facultades mentales, y conseguido así formar una conciencia moral de sus actos, inventar un lenguaje rudimentario, y llegar en fin, paso á paso y de evolucion en evolucion, á la civilizacion y cultura actual.

3.º Que la fuerza instintiva é irresistible que ha arrastrado y arrastra á todos los séres vivientes de la creacion, á este progreso indefinido de la evolucion, no es otra que la ley de la seleccion sexual y la destruccion de las individualidades inferiores, por las individualidades superiores en la gran lucha por la existencia.

Indudable, por lo ménos, que son conclusiones singularmente extrañas. Parece, pues, natural que ántes de admitir como ciertas afirmaciones tan raras, se exijan pruebas y demostraciones de índole tal, que no nos pueda caber la menor duda de que ese velludo cuadrumano de cara horizontal, orejas puntiagudas, prolongado cóxis, ronco é inarticulado aullido, habitualmente empingorotado en los árboles, es real y efectivamente en la serie animal nuestro antepasado más inmediato; y que para convertirse de mico en hombre, no tuvo este nuestro antepasado semi-humano más que ir escogiendo durante continuadas generaciones las más hermosas hembras, y destruir en la lucha por la existencia los individuos más débiles de su especie; y que así, gracias al valor de los varones

(1) DARWIN, «Descendencia del hombre,» t. II. «Resúmen y conclusiones.»

y al amor de las doncellas en la raza de los monos antropoides, pudo el animal formular los primeros rudimentos de una lengua, y elevarse paulatinamente al grado humano, y llegar por fin, transcurridos luengos siglos, á la civilizacion y cultura que hoy disfruta la humanidad.

Cuando tiene una doctrina tan maravillosas consecuencias, lo ménos que se le puede exigir es que se apoye en la demostracion científica más sólida. No le sucede esto al darwinismo. Dejando á un lado sus razonamientos en el terreno de las ciencias naturales, presentaremos una muestra de los argumentos que emplea para probar su gran proposicion fundamental en lo que se refiere al perfeccionamiento moral y social del hombre. Tomemos por ejemplo el punto del origen y perfeccionamiento del lenguaje.

No es Darwin gran filólogo, y para ser justos con él conviene añadir que tampoco lo pretende. Sin embargo, con sencillez extraordinaria, en brevísimas páginas, corta el nudo gordiano de las dificultades mayores que puede tener la filología, y queda satisfecho de su demostracion con decir que: «despues de haber leído las obras de Hensleigh Wedgwood, de F. Ferrar, Schleicher y Max Müller, no puede dudar de que el lenguaje debe sólo su origen á la imitacion y modificacion de los diversos sonidos naturales de otros animales, y de los gritos instintivos del hombre mismo.» Añadiendo luégo como comprobante este hecho de observacion: «Los monos comprenden ciertamente mucho de lo que el hombre les habla, y pudiendo en el estado salvaje lanzar aullidos que anuncien á sus compañeros el peligro comun, creo no parecerá demasiado inverosímil que algun mono más sabio haya caido en la feliz idea de imitar el aullido de una fiera y advertir así á sus semejantes del género de peligro que les amenaza. En un hecho de esta naturaleza habría indudablemente un primer paso hácia la formacion del lenguaje» (1). De este género son las singulares patrañas que como hechos de experiencia y observacion va recogiendo Darwin y toma por base de sus razonamientos al querer demostrar que «el len-

(1) DARWIN, «Descendencia del hombre,» t. I, cap. II.

guaje hablado debe su origen á la imitacion y á la modificacion combinadas con los signos, gestos, sonidos naturales, voces de otros animales y gritos instintivos del hombre mismo.»

En suma, su teoría sobre el origen del lenguaje se reduce á la demostracion de esta hipótesis. El grito inarticulado del mono-hombre primitivo, siguiendo las leyes de la evolucion, debía por transformacion sucesiva irse perfeccionando gradualmente hasta formar los idiomas, y estos idiomas á su vez, siguiendo siempre las leyes de la evolucion, debieron de perfeccionarse tambien gradualmente, hasta llegar á formar las grandes lenguas clásicas que conocemos.

Precisamente lo contrario es lo que viene demostrando la filología. En el siglo pasado podían mirarse como buena distraccion de filósofos las teorías sobre el origen natural del lenguaje y progresivo desarrollo de los idiomas que hoy quiere renovar la escuela darwiniana; pero para presentar á los contemporáneos doctrinas tan apolilladas como la última palabra de la ciencia, se necesita toda la desenvoltura científica de Darwin y su imperturbable aplomo para sentar como verdades científicas demostradas todo aquello que ha soñado como real en la abstraccion de una hipótesis. En efecto, despues de los magníficos trabajos de los hermanos Humboldt y Schlegel, de Klaprotd, Remusat, Balby, Goulianoff, Grim, Bopp y demas sapientísimos etnógrafos, sólo el cariño de inventor de hipótesis y el compromiso de lucubraciones transcendentales recién dadas á luz, pueden hacer que continúen sosteniéndose aquellas doctrinas, sobre las cuales exclamaba J. de Maistre: «Delicioso hallazgo: una generacion dijo BA, la otra dijo BE, los medas inventaron el nominativo, los persas el genitivo.»

Puede decirse que la filología ha demostrado del modo más completo que es pura fantasía teórica todo lo que hasta aquí se ha discurrido acerca del perfeccionamiento gradual de las lenguas y del estado secundario de los idiomas. En cualquiera época que examinemos una lengua, la encontramos acabada y completa en cuanto á sus cualidades esenciales y distintivas; y aunque pueda recibir pasando de boca en boca, y con la pluma de los grandes escritores, más lustre y pulimento, ri-

queza mayor y construcción más variada, es lo cierto que sus notas características y específicas, su principio vital, su genio, si así puede llamarse, aparece desde un principio totalmente formado y no puede cambiar jamás. Si tiene en ella lugar alguna alteración, ésta únicamente se verifica al surgir el nuevo idioma como de las cenizas del anterior; y aún donde esto mismo tiene lugar, como por ejemplo, al sustituir el romance al latín, hay cierto velo de misterio que envuelve todo este cambio y no nos permite descubrir el nuevo idioma, hasta que surge todo hecho más ó ménos bello, pero siempre plenamente formado y no sujeto á mudanzas. Los estados llamados primitivos son con frecuencia los más perfectos. Con gran erudición ha demostrado Grimm que muchas y muy apreciables formas de la gramática alemana, lejos de perfeccionarse, se han perdido ya del todo. Los idiomas permanecen los mismos mientras los pueblos que los hablan permanecen también los mismos; si los pueblos cambian, los idiomas cambian; si los pueblos mueren, los idiomas mueren. Y si en el genio de estos idiomas aparecen defectos constitucionales, esenciales y característicos del idioma, estos defectos, lejos de corregirse y perfeccionarse como lo entiende el darwinismo, no podrán, por el contrario, remediarse ni con el transcurso de los siglos ni con el contacto familiar con otros idiomas, y ántes más bien desaparecerá el idioma que conseguir introducir un nuevo elemento en su organismo. El chino, falto de construcción gramatical, jamás conseguirá ajustarse á las reglas de una buena sintáxis; las lenguas semíticas no conseguirán jamás tener un tiempo presente ó compuesto ni modos condicionales, cuya falta tanto entorpece en ellas el discurso; el alfabeto falto de vocales jamás podrá apropiarse las vocales de otro alfabeto más perfecto (1).

Imposible, por tanto, aplicar la doctrina del progreso á la formación y desarrollo de las lenguas. Ningun idioma se ha elevado por perfección gradual desde el estado salvaje de los

(1) WISEMAN, «Discursos sobre las relaciones entre la ciencia y la religión revelada.»—G. HUMBOLDT, «Lettre á X. Remusat sur la nature des formes grammaticales,» pág. 13.

gritos y sonidos inarticulados al estado gramatical. Las lenguas desde su primera manifestacion surgen siempre acabadas y perfectas en sus organismos esenciales; lo único que puede decirse acerca del procedimiento misterioso de su generacion, es que los organismos del lenguaje ya existente, las palabras y la gramática y las formas sustanciales de la oracion de otros idiomas preexistentes se encierran como en un molde, pero en un molde vivo, durante indeterminado transcurso de tiempo, y salen luégo de este molde con su estructura completa, como salió Minerva armada de la frente de Júpiter; y este molde vivo no es más que el organismo del entendimiento humano diversamente modificado por los tiempos y circunstancias en que se halla. Ni en tan larga serie de siglos como tiene de vida la lengua china, ni en un período de tres mil años, como es el transcurrido entre el antiguo egipcio y el copto moderno, ha conseguido jamás algun idioma adquirir la menor perfeccion en sus elementos esenciales, ó subsanar defectos constitucionales de su estructura, aunque sean éstos tan graves como la falta de vocales y la falta de verdadera gramática. Ni se puede tampoco sostener que de un idioma imperfecto salgan otros más perfectos y vayan siempre las lenguas de peor á mejor.

Nada más contrario á la hipótesis de la evolucion darwiniana que los hechos descubiertos por la filología en el desarrollo y sucesion de las lenguas. Si se comparan las antiguas lenguas clásicas con las modernas, léjos de poderse comprobar en favor de estas últimas el cumplimiento de una ley de progreso, habrá de reconocerse, por el contrario, marcada superioridad en aquéllas, no sólo en la lozanía, gracia y belleza de la expresion, sino tambien en la mayor energía y riqueza para interpretar con mayor propiedad lo más profundo del pensamiento humano y los más variados matices de una idea. Ninguno de los idiomas modernos, como quiera que se le estudie y analice, puede disputar la supremacía al latin y al griego.

Lo más que sobre esto pueden alegar los partidarios de la doctrina del progreso es, que en lugar de las dos ó tres lenguas clásicas que ántes florecían simultáneamente, florecen ahora á un mismo tiempo en mayor número. Y si no fuera impropio de la índole del presente ensayo el descender á por-

menores sobre esta materia, veríamos que el mismo carácter analítico que algunos tanto enaltecen en los idiomas modernos, lejos de ser una perfección, es más bien decadencia y pobreza.

Otro tanto que de la estructura general de los idiomas debe decirse de las palabras consideradas aisladamente. No puede negarse que era quimérico y cándido el propósito de los antiguos filólogos que con la mejor intención del mundo se imponían horribles desvelos para averiguar cuál fué el idioma primitivo. Echaban sus cuentas aquellos sabios ilusos que en descubriendo el lenguaje inspirado directamente al hombre por Dios mismo, se hacían dueños de una verdadera piedra filosofal para escudriñar con éxito seguro los problemas más abstrusos de la religión, de la política, del arte y de la historia, y aclarar todo lo oscuro é ininteligible con que tropieza el hombre en los diferentes ramos del saber. Natural era que se desvivieran por encontrar la lengua madre que encierra en cada palabra y en cada sílaba tesoros de sabiduría divina, la lengua cuyos vocablos no son un sonido convencional y arbitrario con que se representa cada cosa, sino la expresión más filosófica y profunda de la naturaleza misma de todo lo creado. Pero prescindiendo de lo que tienen de quimérico tales investigaciones, nadie al mismo tiempo podrá negar que existía en ellas un gran fondo de verdad y se fundaban en hechos que la filología comprueba cada día con mayor evidencia. ¿No vienen acaso á darles en parte razón hechos, por ejemplo, tan comprobados é inexplicables como el de que en la generación de las palabras, las voces no se producen sino por procedimiento etimológico, es decir, por descomposición de palabras preexistentes, y el hombre es incapaz de crear una palabra nueva en el rigor de la expresión; pues aunque todos los días aparezcan palabras que llamamos nuevas, no tienen éstas de nuevo más que la combinación diversa de las raíces etimológicas, sin que pueda citarse un solo caso de una raíz nueva producida por el hombre? ¿No hacen, en fin, en alguna manera, dudar de si aquellos rebuscadores de la lengua primitiva eran desgraciados ilusos ó sabios sesudos, hechos que se prestan á tan graves meditaciones como el de que en el trastorno

y cambio de la palabra primitiva para producir una derivada se pierde por lo general algo de la energía y propiedad de la expresión, y tiene la palabra derivada mucho más de sonido arbitrario que la voz primitiva que le sirvió de raíz, haciéndose preciso sentar como hecho comprobado que á medida que nos vamos remontando de idioma en idioma hácia la lengua generadora de las demas, las palabras aparecen más perfectas, más significativas, más filosóficas y apropiadas á la expresión de la idea que representan? Ya en su tiempo observaba Platon que «debe considerarse como verdad incontestable que las palabras no pudieron en un principio imponerse á las cosas más que por un poder superior al hombre, y de aquí el que sean tan justas» (1). La filología moderna no ha hecho más que confirmar la sentencia del gran filósofo.

Muy dueño es, sin embargo, Darwin de suponer, á pesar de

(1) PLATON «in Crat.» Opp. t. II. Edit. Bip., pág. 343. El mismo filósofo dice en otro lugar «que deben los sabios grandes alabanzas á la antigüedad por los felicísimos y propios y expresivos nombres que impusieron á las cosas. De leg. VII, opp. t. VIII, pág. 379. Séneca se asombraba tambien del talento incomparable de la antigüedad para expresar las cosas y las ideas con las palabras más eficaces (*eficacisimis notis*). Epist. mor. LXXI, en las lecciones sobre la «Filosofía de la palabra,» dictadas por F. Schelegel, y que por desgracia no pudo terminar, decía este ilustre filólogo: «Con nuestros sentidos y órganos presentes nos es tan imposible formarnos la más remota idea de aquel idioma que poseyó el primer hombre ántes de perder su original poder, su perfeccion y dignidad, como sería ponernos á discurrir sobre aquel lenguaje misterioso por cuyo medio los espíritus inmortales se comunican sus pensamientos, transmitiéndolos por las anchas vías del cielo en alas de la luz... Cuando de esta inaccesible altura descendemos nuevamente á nosotros mismos y al primer hombre tal y como verdaderamente fué, la sencilla y natural narracion de aquel libro que contiene nuestros primitivos anales manifestando que Dios enseñó al hombre á hablar, áun sin pasar más allá del sentido llano, estará plenamente de acuerdo con nuestros sentimientos naturales... El nombre de cada cosa y de cada sér viviente, tal como ha sido impuesto por Dios y designado desde la eternidad, contiene en sí la idea esencial de su sér interno, la clave, por decirlo así, de su existencia, el poder que determina su ser ó no ser, y así está usado en el sagrado lenguaje, donde se halla además en un sentido más sublime y santo y unido á la idea del verbo. «Filosofía del lenguaje,» pág. 70. Todo lo cual puede servir de comentario á esta sencilla expresión del Genessi: «Enim quod vocabit Adam animae viventis, ipsum est nomen ejus.» Cap. II, vers. 19.

todo, que fueron hombres los que con tan singular maestría é incomparable penetracion supieron los primeros dar nombre á toda cosa é imaginaron los sonidos articulados que representan toda idea; pero si no quiere chocar con el sentido comun, no les atribuya por lo ménos el estado de salvajismo horrendo en que los pinta. Preciso se hace, en efecto, reconocer que no debían tener por cierto el entendimiento cerril de los salvajes modernos aquellos monos recién hechos hombres que idearon la primera gramática; y hemos de convenir tambien que tuvieron en todo ello singular acierto, pues desde entónces no ha podido inventar el hombre una palabra más. Agotaron de tal manera el vocabulario humano, que desde aquella época el hombre no ha podido formar nuevas palabras sino de la descomposicion de las palabras existentes, y todos los nuevos idiomas que vinieron despues tuvieron en su formacion que contentarse con los radicales ya formados, sin que alcanzara más su poder que á modificarlas y alterarlas segun su genio propio.

Esto nos trae á la discusion fundamental sobre el origen del lenguaje. ¿Ha podido el hombre por sí solo inventar el lenguaje articulado? Darwin resuelve este problema á la manera de Maupertuis, Condillac y Volney. Representa á la primitiva sociedad humana como el *mutum et torpe pecus*, y este rebaño mudo y repugnante de irracionales semi-humanos, descubriendo poco á poco los elementos de la vida social, se elevó gradualmente por sus propios impulsos de la bestialidad al salvajismo, del salvajismo á la barbarie, de la barbarie á la civilizacion. Para explicar el origen de este medio de expresion de las ideas, tan asombroso que si fuera invencion del hombre sería la creacion más admirable del entendimiento humano, con la mayor sencillez y naturalidad dice Darwin: «no parecerá demasiado inverosímil que algun mono más sabio haya caido en la feliz idea de imitar el aullido de una fiera y advertir así á sus semejantes del género de peligro que les amenaza, debiendo indudablemente reconocerse en un hecho de esta naturaleza un primer paso hácia la formacion del lenguaje.» No todos tenemos la fortuna de ver en esto tan claro como Darwin un primer paso hácia la formacion del lengua-

je, ni nos acabamos tampoco de convencer que la cuestión del origen del lenguaje es tan natural y sencilla como el darwinismo la pinta. Después de aventurada con igual ingenuidad esta misma doctrina como la más conforme con la teoría del *Contrato social*, el mismo Rousseau tenía más tarde que confesar, en vista de los tropiezos dialécticos que hallaba para mantenerla, que *parece haber sido necesaria la palabra para inventar la palabra*. Y por esta vez, al ménos, parece que el célebre sofista y el sentido común están acordes.

Examinada, en efecto, la cuestión, aún fuera del terreno filosófico, al sentido común más vulgar se le ocurre que no ha de ser cosa fácil que individuos que no son ni filósofos, ni sabios, ni caribes siquiera, sino semi-hombres y semi-monos, y no tienen para entenderse más que la mímica y los aullidos del lenguaje de los instintos, puedan tácita ó expresamente convenirse en algo, y ménos todavía en punto á la creación de un idioma. Experimentalmente hemos conocido la impotencia de los sabios para realizar una empresa de este género. Hemos visto á ingenios del temple de un Newton y de un Leibnitz que disponían de lenguas clásicas para poder entenderse y llegar á un acuerdo, quedar sumidos en la incapacidad más lastimosa en cuanto acometían la empresa de la creación de un lenguaje para comunicarse los sabios. Sin embargo, se nos quiere hacer creer que lo que no pudieron inteligencias de primer órden lo realizaron como la cosa más natural fieras humanas que ni siquiera sabían hablar. Muchos milagros está haciendo en nuestros días la filología; sin cesar nos revela cosas maravillosas, pero aún no ha explicado por qué misterioso procedimiento, desde que aquel mono sabio tuvo la feliz idea de imitar el aullido de una fiera para avisar á los compañeros el comun peligro, y gritar *oau oau* para anunciar al perro, fué elevándose gradualmente la gente trepadora á la creación de las notas misteriosas de las ideas y de los admirables y profundos procedimientos gramaticales que constituyen lo que llamamos idiomas. Esperamos que el darwinismo sabrá sacar en su día á la lingüística de esta grave ansiedad en que la ha puesto; y no dudamos tampoco que, cuando más convenga, acertará á descubrir todas las evoluciones que indu-

dablemente fueron necesarias para que el grito *oau oau* se convirtiera en la frase gramatical *que viene el perro*.

Entre tanto, nadie se extrañará que nos cause asombro el que aquellos brutales salvajes tuvieran mayor dón de lenguas que las generaciones actuales. En nuestros días hemos tenido que inventar científicamente y por convenio de sabios, no diré una lengua que hubiera resultado una torre de Babel, y que por perfecta que fuera nunca hubiera sido aceptada por más de una docena de orates; no hemos tenido que inventar sino algunas palabras nuevas nada más para designar cosas é ideas nuevas; pero á pesar de toda nuestra filosofía, ¡qué de atrocidades gramaticales y lingüísticas no se han cometido en la formacion científica de estas palabras novísimas! Por el contrario, en los idiomas de la antigüedad más remota nos hallamos con el singular contraste de que no sólo las palabras son más perfectas y significativas, más raros en su construccion estos defectos gramaticales de la estructura de las voces; sino que brillan por singular riqueza de formas, modos, voces y tiempos en los verbos, de números y casos en los nombres, por extraordinaria flexibilidad para formar nuevas palabras valiéndose de preposiciones y de la union de nombres diversos. Aparecen en ellos reglas de sintáxis incomparables por su lógica y profundidad, conjugaciones y declinaciones maravillosas por la multitud de desinencias, admirables organismos sintéticos para expresar con una sola palabra conceptos que nos precisan hoy á valernos de largos rodeos gramaticales y á veces de frases enteras; condiciones todas que dan marcada superioridad á aquellos idiomas sobre los modernos y destruyen por de contado la cándida hipótesis del perfeccionamiento gradual.

Desde la publicacion del insigne trabajo de filología comparada publicado por Bopp, la lingüística puede con razon sentar la fraternidad de las lenguas indo-europeas como hecho, en adelante, fuera de toda controversia (1); tambien puede afirmar que con la rápida y progresiva reduccion que se está haciendo de las lenguas hasta ahora tenidas por independientes, y con

(1) BOPP, «Grammaire comparée des langues indo-européenes,» etc.

los admirables trabajos que empiezan á revelar íntimo enlace entre los bárbaros dialectos americanos y los idiomas asiáticos, todo indica que ántes de mucho podrán sentarse, con respecto á los idiomas de las familias semítica y malaya, las mismas afirmaciones demostradas con igual rigor y precision científica. Y si al mismo tiempo se tienen en cuenta las extrañas analogías de etimología y de gramática que se observan entre los idiomas de la más opuesta estructura, y que pertenecen á familias distintas, como la semítica y la indo-europea, parece probable que, en dia quizás no lejano, reciba plena confirmacion científica la opinion profesada por los más distinguidos etnógrafos de que en el mundo no ha habido más que un idioma y que todas las demas lenguas no son sino dialectos de ese primitivo idioma. Que en el mundo no ha habido más que una gramática, y que todas las demas gramáticas no son sino alteraciones y variantes de esa gramática primitiva y fundamental (1). Para apoyarse sobre estos hechos fundamentales de la filología, lo que tiene ahora que hacer el darwinismo es demostrar la evolucion progresiva y cronológica del lenguaje, desde el grito inarticulado y simplemente onomatópico al lenguaje monosilábico articulado, como el chino; y de aquí á los idiomas aglutinantes, y por fin á las lenguas de flexion; comprobando, por último, que en la generacion sucesiva de los idiomas en cada familia su marcha fué siempre de peor á mejor.

Todo lo contrario es precisamente lo que se manifiesta en el estudio de las lenguas. Aparte de que únicamente como hipótesis puramente ideológica y procedimiento dialéctico es á lo sumo sostenible el desenvolvimiento de los idiomas del estado monosilábico al estado de aglutinacion y de éste al de flexion, nadie medianamente versado en este género de estudios se atreverá á sostener que dentro de cada familia lingüística los idiomas más modernos son los más perfectos, que los idiomas vivos hoy son superiores á las antiguas lenguas clásicas, que el griego moderno, por ejemplo, es superior al griego

(1) MAX MULLER, «La science du langage,» traduction de Harris et Perrot, 2.^a edición, pág. 495.

de la *Iliada*. Y en punto, sobre todo, á la doctrina sobre el modo de formarse los idiomas, no pueden estar más reñidos el darwinismo y la filología.

Guil. Humboldt, el hombre tal vez que ha dirigido miradas más profundas en los problemas de estas ciencias, decía que «no llegan las lenguas á su peculiar desarrollo por grados lentos, como pretenden algunos, sino que lo reciben de un golpe por una fuerza superior inherente á la naturaleza humana» (1). El mismo pensador había ántes expuesto en su curso de Berlin la teoría de que «el lenguaje es un resultado necesario y espontáneo de la organizacion del hombre, y que la palabra debe estimarse como inherente á la naturaleza humana» (2). Con razon ha sido aceptada esta teoría por la generalidad de los filólogos, porque indudablemente, dado ya un lenguaje primitivo ó «el tipo preexistente en el hombre, sin el cual no puede formarse ningun idioma,» como decía el mismo Humboldt, ninguna otra teoría explica mejor el fenómeno de la formacion de los idiomas sobre la ruina de idiomas anteriores. Pero al mismo tiempo con esto no se resuelve ninguna dificultad sobre el origen del lenguaje. Observando, en efecto, la manera cómo se producen los nuevos idiomas, fácilmente se comprende que en la generacion de las lenguas es necesaria la existencia de dos elementos esenciales. Por ún lado aparecen los organismos del lenguaje ya existentes, las palabras y la gramática y las formas sustanciales de la oracion de otros idiomas anteriores; valiéndonos de un lenguaje figurado podríamos llamar á este elemento la materia de la nueva produccion. Por otro lado aparece el organismo humano apoderándose de aquellos elementos, é incubando sobre ellos hasta su completa formacion, variándolos y modificándolos segun las alteraciones y el carácter que el mismo recibe del tiempo y de las circunstancias en que se desenvuelve. Faltando uno de estos dos elementos imposible de todo punto que se produzca un idioma nuevo.

(1) HUMBOLDT, «Carta á M. A. de Remusat sobre la naturaleza de las formas gramaticales.» Paris, 1827, páginas 13, 15 y 51.

(2) IDEM, «Memorias de la Academia Real de Ciencias de Berlin,» año 1822, pág. 247.

Por lo tanto, si el hombre no ha podido jamás producir un idioma sino por descomposicion de otro idioma anterior, preciso es, al remontarnos de unas lenguas á otras, llegar á un hombre que recibió el idioma primitivo de un Sér superior, pues nada sería más absurdo que pretender llegar hasta lo infinito con esta escala de la generacion de las lenguas. Y si por el contrario suponemos á la humanidad muda y salvaje en un principio, fuerza es reconocer que estaba condenada á eterno silencio por faltarle uno de los dos elementos esenciales para la produccion del lenguaje. La dificultad de cómo pudo formarse la primera lengua para que el organismo del entendimiento humano fuera deduciendo de ella los demas idiomas en el transcurso de los siglos, es, por consiguiente, dificultad insoluble, á no ser por el dogma de la revelacion (1).

(1) Dice Max Müller: «Ha perdido ahora todos sus defensores la teoría de que el hombre recibió en un principio una lengua acabada y perfecta que luégo se descompuso y dividió en los diversos idiomas que habla la humanidad» (*La science de la religion*, traduction de H. Dietz. París, 1873, pág. 32). «Nadie acepta hoy la antigua doctrina de que el lenguaje primitivo debió recibirlo el hombre por revelacion en el sentido escolástico de esta palabra; semejante teoría, así como todos los demas sueños de los antiguos filólogos, desapareció de la ciencia desde los trabajos de los Humboldt, Bopp y Grimm. Ahora sabemos todos que si de manos del Hacedor recibimos el dón del lenguaje, la invencion de las palabras destinadas á designar cada objeto fué, en cambio, materia entregada por completo al hombre, y realizada por el trabajo espontáneo del entendimiento humano» (pág. 10 del mismo libro). Muy dogmáticamente están escritas estas líneas, pero contienen, sin embargo, notables inexactitudes que son muy de extrañar en un hombre tan eminente y versado como lo es Max Müller en este género de estudios. No es cierto que nadie sustente ya la doctrina de la revelacion del lenguaje primitivo. Numerosos y profundos filólogos se declaran, por el contrario, cada dia sus más ardientes campeones, sosteniendo con razon que de no admitirse la revelacion del lenguaje primitivo por vía de hipótesis en el terreno científico, el problema del origen del lenguaje queda hoy tan insoluble y más embrollado que ántes. Nadie, en verdad, medianamente sensato, pone en duda que el hombre no haya recibido de manos del Hacedor el dón del lenguaje, y que la humanidad, valiéndose de esa facultad que le dió el Creador, sin cesar por trabajo espontáneo, está descomponiendo los antiguos idiomas para producir otros nuevos. Pero es cosa que no se ha averiguado todavía que, por otro medio que el de la descomposicion de una lengua anterior, pudiera el hombre alguna vez producir un nuevo idioma. Que nos digan si no cuándo ha ocurrido semejante fenómeno, y nos expliquen tambien sin ofender al sentido comun de qué medios pudo valerse el hombre primiti-

En otros términos, y resumiendo lo expuesto en esta digresion. En el transcurso de las edades han podido nacer y morir idiomas diversos; pero ningun lenguaje articulado hu-

vo para crear un idioma sin otro idioma anterior, es decir, para hacer lo que hoy intentarían en vano los sabios más sesudos que conoce nuestra especie. Antes de sentar cual verdad científica ya incontrovertible una opinion como la que contienen los textos citados al frente de esta nota, debiera Max Müller dar satisfactoria y concreta contestacion á la pregunta que precede, pues este género de problemas se resuelve mejor con hechos prácticos que con palabrería teórica; para esclarecerlos son ociosos los razonamientos *à priori*, y únicamente es legítima la demostracion experimental. Contéstese, pues, á estas dos preguntas que todavía no hemos visto resueltas afirmativamente de un modo satisfactorio por ningun filólogo. ¿Puede el hombre que nunca ha oido hablar crear un idioma articulado? ¿Ha tenido alguna vez el entendimiento humano facultades distintas de las que ahora tiene para hacer lo que hoy intentaría en vano, y producir espontáneamente una lengua sin valerse de otra anterior?

En balde filólogos y prehistóricos se esforzarían en demostrar y comprobar la contestacion afirmativa á estas dos preguntas, pues la invencion de un idioma sin otro que le preceda, no sólo es cosa que no ha existido jamás entre humanos, sino que dadas las facultades del entendimiento del hombre, nuestra imaginacion tampoco concibe que haya nunca podido suceder. En el siglo XIX, como hace cuarenta siglos, el hombre, á pesar de tener el dón y todas las facultades del lenguaje, permanece mudo si no oye hablar, y el entendimiento humano no acierta á inventar palabras sino descomponiendo palabras anteriores, ni á producir nuevos idiomas sino transformando las lenguas que recibe como legado de las generaciones que le han precedido en la tierra.

Con profunda doctrina han sentado G. Humboldt, Wiseman y Grimm, que «no llegan las lenguas á su peculiar desarrollo por grados lentos como pretenden algunos, sino que en cualquier época que examinemos una lengua, la encontraremos acabada y perfecta en sus calidades distintivas.» (*Lettre á M. Abel de Remusat sur la nature des formes grammaticales, etc.* París, 1827, pág. 55; WISEMAN, *Relaciones entre la ciencia y la religion revelada*, 2.º discurso.) Esta es una de las verdades que la filología moderna acepta ya como fuera de discusion. Sin embargo, si el principio es cierto, tan verdadero debe ser hoy como el primer dia de la existencia del hombre, é igualmente aplicable con respecto á las lenguas modernas como con respecto á la primera que usaron los humanos. En una palabra, aplicando al idioma primitivo este principio que la filología acepta como incontrovertible, de él se deduce que al pronunciar el hombre por primera vez un sonido articulado, este sonido debía pertenecer á una lengua «*acabada ya y perfecta en sus calidades distintivas.*» Es decir, que desde el primer dia que el hombre habló, existía ya una lengua completa, porque «no llegan las lenguas á su peculiar desarrollo por grados lentos, sino que en cualquier época que examinemos una lengua la encontramos acabada y perfecta.» Pero ¿quién había inventado esta lengua, si la humanidad que la

mano ha nacido jamás sino de otro lenguaje articulado anterior. El hombre ha podido, y lo está haciendo todos los días, modificar la lengua que recibe de las generaciones anteriores, produciendo así otro nuevo idioma, no por convenio ni por combinaciones científicas, sino como resultado espontáneo y secular de la organización humana, manifestándose siempre de diverso modo en la manera que cada pueblo tiene de tratar su gramática, según las condiciones de tiempo, raza y nacionalidad. El hombre ha podido inventar la escritura, representar las ideas con flechas, con animales, con símbolos, con las letras del alfabeto; pero no ha podido inventar esos armoniosos sonidos que son las notas de las ideas, ni inventar una lengua sin una lengua anterior, ni inventar una palabra sin una palabra anterior. Si el hombre no oye las armonías de la palabra, permanece mudo. Hoy, como en el comienzo de los siglos, no habla el hombre sino porque oye hablar, y los sordos de nacimiento permanecen mudos nada más que porque no oyen. La palabra no nace más que de la palabra; y si los idiomas nacen y mueren, la palabra en sí misma es eterna, no tiene otro origen que el VERBO.

Tan cierto es que un idioma no puede nacer sino de otro idioma, que al estudiar la estructura de una lengua cualquiera lo primero que en ella se descubre son los materiales que sirvieron para su construcción, es decir, los fragmentos, palabras desfiguradas ó intactas, modismos y estructuras de la lengua ó lenguas anteriores que le dieron origen. En esta generación de la palabra y de las estructuras gramaticales de los idiomas, no puede nacer ningún idioma sino de la sustancia misma de las lenguas madres; no hay forma gramatical que no proceda de otra gramática anterior, ni hay palabra que no proceda de la descomposición de otra palabra anterior. En nuestros idiomas modernos las palabras no tienen su explicación sino con

había de usar no había aún pronunciado una sílaba? Preciso es convenir que es por todos conceptos exacta la observación que en cierta ocasión hizo Humboldt: «*el lenguaje no ha podido inventarse sin un tipo preexistente en el hombre.*» Memorias de la Academia Real de Ciencias de Berlín, clase de historia y filosofía, 1820-21. Berlín, 1822, pág. 247.

la lengua del paganismo romano y helénico y de los antiguos idiomas locales; en la antigua lengua del Lacio y en los antiguos dialectos griegos todas las voces tambien suponen una lengua anterior, y muchas de estas voces hasta ideas y conocimientos extraños á los pueblos del paganismo; con el sanscrito sucede lo propio, no explicándose sus raíces sino con los idiomas muertos que va desenterrando la epigrafía orientalista (1); y por fin, en todo lenguaje usado por las tribus salvajes tropezamos con términos que suponen tambien ideas y conocimientos extraños á la vida brutal de estas tribus, hasta el punto de que la observacion de estos fenómenos nos hace venir á la cuenta de que el idioma que emplea el salvaje, léjos de ser un idioma naciente, es un dialecto bárbaro, un resto no más de una lengua anterior que en manos de esa tribu perece. El mundo ha sufrido en el proceso de las edades gigantescas revoluciones; está en él sujeta la materia á incesantes mudanzas que, como un torbellino, la arrastran sin cesar por los moldes de los tres reinos de la naturaleza; pero desde la creacion ni siquiera se ha producido un solo átomo nuevo de materia. Lo mismo sucede con la palabra, se modifica y transforma sin cesar; pero desde el primer dia que el hombre la usó, la materia y el organismo del lenguaje estuvieron completos. Desde entónces, de las voces antiguas habrán surgido otras nuevas, de la gramática primera nuevas formas de gramática, del primitivo idioma nuevos dialectos; pero no se ha producido desde aquel dia ni siquiera un átomo nuevo en el organismo del lenguaje, ni siquiera una voz nueva que en sí misma tuviera su raíz y se compusiera de átomos nuevos, es decir, de raíces etimológicas que aún no hubieran formado parte de anteriores organismos del lenguaje.

Y si á pesar de esta impotencia de las generaciones posteriores para crear nuevas raíces etimológicas que pone de manifiesto la filología; á pesar del sello de maestría y superioridad que descubrimos en los idiomas más cercanos que los nues-

(1) Véase OPPERT, «Cours d'epigraphie assyrienne,» leccion del 14 de Enero de 1873. FRIEDRICH DELITZSCH, «Die chaldaische Genesis,» pág. 286.

tros á la lengua madre, nos empeñamos, sin embargo, en sostener que el lenguaje es pura invencion humana, de justicia es para nosotros declarar que el que ha inventado el idioma primitivo y ha dado nombre á toda cosa, con tal penetracion que parecía expresar con la palabra la esencia misma de la cosa, y ha tenido además la incomparable maestría de dar el primero á la oracion el soberbio organismo gramatical, no debe llamarse ni semi-mono, ni semi-hombre, ni salvaje, ni bárbaro siquiera, sino civilizado y muy civilizado y gran maestro de la humanidad. Debemos reconocer que aquellos salvajes primeros que, no teniendo para entenderse más lenguaje que el grito de las fieras y la pantomima de los instintos, supieron, sin embargo, reunir para realizar su intento lo que despues intentaron en vano los filósofos, es decir, inteligencia para inventar palabras y poder para hacerlas aceptar, eran más que monos, más que hombres, más que filósofos, más que sabios, digamos que eran dioses.

Por lo demas, aplicada al hombre y al origen de la sociedad, la teoría darwiniana viene á reproducir en sustancia la doctrina del salvajismo primitivo, doctrina harto desacreditada ya para poder ser tema de una discusion científica un poco seria, á pesar de los trabajos de algunos prehistóricos y de la obra de indisputable mérito publicada por Lubbock sobre el *Origen de la civilizacion y condicion primitiva del hombre*. Que sea por la ley de evolucion, ó por la ley del progreso como la entienden los racionalistas, ó por el voluntario convenio que dió lugar al contrato social supuesto por Rousseau, lo que siempre se supone es que el hombre desde su primitivo estado de fiera se ha elevado gradualmente por progresivo desarrollo á las relaciones de familia, de tribu y á la organizacion del Estado, hasta llegar por fin á la civilizacion actual. Pobre y arbitraria teoría, que por más que haya seducido á algunos, recibe diariamente las más palmarias contradicciones con el adelanto de los estudios históricos y las investigaciones de la crítica.

En las grandes mudanzas sociales cuyo recuerdo nos ha conservado la historia, descubrimos pueblos que desde la más remota antigüedad tuvieron extraordinaria cultura y decaye-

ron luégo hasta llegar á la degradacion más abyecta (1); descubrimos tambien otros pueblos que desde el estado de barbarie fueron progresando á mayor cultura; pero jamás se ha visto que pueblo alguno salvaje alcanzara el menor adelantamiento moral ó material. Lo que, por el contrario, revela la historia es que hombres en el estado de salvajismo en que se quiere suponer á los padres de la humanidad, no han podido

(1) Por mucho que se esfuerzen los prehistóricos, jamás conseguirán demostrar con pruebas que merezcan discusion la existencia de un período, histórico ó prehistórico, durante el cual fué salvaje todo el género humano por toda la redondez de la tierra. Los más antiguos recuerdos de la historia comprueban, por el contrario, que desde las edades más remotas la civilizacion y el salvajismo han sido siempre como ahora contemporáneos. En el mismo siglo XIX, que tan asombrados nos tiene con sus descubrimientos, no pocos pueblos trabajan el hacha, la flecha y demas utensilios de sílice para su uso particular; así como en la misma época en que se labraban por Europa los utensilios y baratijas de piedra que tan preocupados tienen á los modernos historiadores de aquellos tiempos, se levantaban las asombrosas ciudades de Nínive y Babilonia, y otro pueblo de misteriosa antigüedad perforaba entónces el Istmo de Suez para poner en comunicacion los dos mares, y construía en las márgenes del Nilo esos monumentos extraordinarios destinados á desafiar la injuria de los siglos, montañas de piedra edificadas en todos sus detalles con arte tan maravilloso, orientacion, nivelaciones, ángulos y proporciones tan perfectas, con tanto saber mecánico, matemático y astronómico, que el pueblo constructor de tales maravillas revela que fué civilizadísimo. ¿Quién reconocería ahora á aquel pueblo en la estúpida y miserable raza de fellahs que hoy habita las mismas regiones? ¿Quién podría asegurar que siete mil años despues de haber levantado las pirámides los pobladores de las regiones de Egipto convertidos en tribus salvajes no fabricaran utensilios de sílice? Por otro lado, preciso es reconocer tambien que en los pueblos más civilizados entre los modernos, las facultades más altas del entendimiento humano no se muestran superiores á aquellas que produjeron los Vedas, el Ramayana y el Mahabarata, los libros de Confucio, los sistemas filosófico-religiosos de Zoroastro, etc. ¿Cuáles son las nuevas concepciones filosóficas acerca del universo, de la forma y de la materia, de la vida, del espíritu, de lo finito y de lo infinito, formuladas por el genio de Spinoza ó por las gigantescas lucubraciones panteistas de la filosofía alemana en nuestros tiempos, que no hubiera planteado ya la filosofía índica, y resuelto hace más de cuarenta siglos á orillas del Ganges con soluciones idénticas á las que profesadas por la escuela hegeliana en las cátedras de las orillas del Rhin y del Elba han exaltado el entusiasmo y asombro de la juventud contemporánea, é inspirado largo tiempo todo el movimiento científico de nuestra época. ¿Se profesa hoy algun sistema filosófico que no haya conocido el hombre desde la antigüedad más remota?

jamás, ni pueden, aún con el auxilio de naciones civilizadas, realizar progreso ninguno. La historia y la experiencia revelan también que el hombre con sólo las facultades con que nace, no cultivadas por la educación, el hombre sin beneficiar el legado de las generaciones anteriores nunca ha logrado ser más que una fiera indomesticable; y que esa fiera humana que llamamos el salvaje no representa al hombre en vías de civilización, no representa la primera sino la última etapa de las sociedades humanas, y se le debe mirar como una rama desgajada del gran árbol de la humanidad y degradada y embrutecida por no sé qué anatema cuyo sello lleva impreso en la frente. El salvaje no es el mono hecho hombre, sino el hombre hecho bestia. El bárbaro que lleva andada la mitad del camino para llegar al salvajismo, puede irse realzando y ennobleciendo hasta llegar á la cultura, pero el salvaje no se civiliza jamás.

Postrada en ese grado supremo de degradación la naturaleza humana, rebajada al nivel de las fieras, pierde sus caracteres esenciales, se sustrae por completo á su ley de perfección indefinida (1). Una vez arrojada al salvajismo, la tribu es incapaz de dar en lo sucesivo un paso hácia adelante; cruzará los siglos permaneciendo siempre estacionaria como las fieras, aunque otros pueblos vengán á darle la mano para levantarla de su embrutecimiento.

La civilización extermina al salvaje, pero no lo educa. Del modo más elocuente se ha confirmado esto en las últimas centurias con las razas americanas. Si los pueblos bárbaros, como los de Méjico y el Perú que allí encontraron los descubridores, fueron entrando poco á poco en el gremio de la civilización cristiana y fusionándose con la raza europea, en cambio las tribus salvajes nunca pudieron salir del salvajismo, y para luchar con ellas, la civilización no encuentra otro medio que hacerlas desaparecer de aquel suelo por horrible exterminio. Desde las más remotas edades las tribus salvajes vivían como ahora viven, en contacto con los demás pueblos y como for-

(1) Véase el discurso sobre «El origen de la civilización,» del Dr. WHATELEY, donde se halla desenvuelta esta doctrina con abudantísima copia de datos.

mando cerco en torno del mundo civilizado; pero en aquella época, como ahora, eran razas extrañas á la vida de los demas pueblos. De las civilizaciones antiguas no recogieron más que armas de guerra y barbarie; de nuestra brillante civilizacion no han sabido recoger más que la pólvora y el aguardiente para exterminarse más pronto. Si el misionero les lleva el arado y los animales domésticos, dan muerte á los animales y los tuestan con la leña del arado. Hoy, como hace cuarenta siglos, cortan el árbol para coger el fruto. El cristianismo ha podido apoderarse de alguno de sus individuos, y arrancándole del suelo de la madre patria volverle á la vida social; pero lo que ha podido alguna vez con el salvaje como individuo, no lo ha podido jamás con la tribu salvaje como nacion. La tribu salvaje no tiene otro destino que el de perecer comiéndose sus hijos unos á otros, ó desapareciendo del suelo al contacto de la civilizacion (1). Si la civilizacion se extiende por sus regio-

(1) Uno de los más exaltados corifeos de la escuela darwinista, emite esta opinion sobre la perfectibilidad de los salvajes:

«Ni una sola de esas tribus ha podido regenerarse por la civilizacion, cuyo contacto no hace sino precipitar su desaparicion. Han quedado estacionarios en un grado de civilizacion apenas superior al de los monos, y que las razas humanas superiores pasaron hace miles de años.» HÆCKEL, «Historia de la creacion natural,» lecc. 24. Más adelante añade el mismo autor «que es trabajo infructuoso pretender civilizar á esas tribus, porque, en efecto, es de todo punto imposible hacer germinar la civilizacion humana allí donde ni siquiera existe el suelo para ello, es decir, el perfeccionamiento cerebral.» Difícil parece que se pueda armonizar esta confesion con la doctrina de la evolucion. Todo el mundo conoce la elocuente comprobacion que están recibiendo estos hechos con la rápida desaparicion de las razas indígenas de Norte América, razas que ya pronto se habrán extinguido por completo sin que la civilizacion haya podido sacarlas de su estado salvaje. Tan terribles como decisivos son los datos que sobre la inevitable destruccion de estos indios consignaba el ministro de Agricultura de los Estados-Unidos en su informe que sobre este particular presentó al Gobierno de la República en Setiembre de 1874. Digno de detenido estudio es tambien para seguir la desaparicion no ménos rápida de otras razas salvajes en diferentes puntos del globo, el discurso pronunciado por el catedrático Owen en el congreso internacional de orientalistas de 1874, discurso reproducido por *El Times* en su número del 21 de Setiembre de aquel mismo año. Consúltese tambien la «Historia de la sociedad misionera berlinense,» por el Dr. WANGEMAN; Berlin, 1873; QUATREFAGES, «Les Polyne-siens et leurs migrations,» pág. 69. LE BARON FREDERIC DE PORTAL, «Politique des lois civiles,» Principes généraux, deuxième partie, pár. XIX

nes, la civilización la devora, pero no la educa; la hace perecer como á las fieras, pero no la instruye; y esto no es inhumanidad, no es crueldad, no es barbarie, no es más que el cumplimiento como hecho fatal del anatema que pesa sobre una raza caída (1).

Y en el salvaje no sólo está pervertida la naturaleza humana en su condición de perfectibilidad, sino que aparece trastornada también en las más profundas raíces de su esencia moral. Necesitamos nosotros ahogar la voz de nuestra naturaleza para cometer el crimen; pero el salvaje no tiene más que seguir los impulsos de su propia naturaleza para matar á su padre y á sus hijos, alimentarse de sangre y comerse á sus prisioneros. Su naturaleza es la naturaleza del crimen sin el remordimiento. El instinto preserva al bruto de lo que va á ser su destrucción; ese instinto no lo tiene el salvaje, bebe el veneno y el licor hasta la embriaguez, hasta el letargo, hasta la muerte (2).

En medio de su último grado de envilecimiento, la raza caída de los salvajes conserva todavía, sin embargo, recuerdos y restos de antigua civilización. El salvaje se acuerda de una edad de oro que llama como el antiguo Oriente y el paganismo helénico, la primera edad que conoció la tierra; para él es muy cierto aquello que se decía en el Lacio: *aurea prima*

y XX, y ALBRT. J. MOTT, «On the origin of savage life. Adress rea before the literary and philosophical society of Liverpool,» 1873.

(1) Mucho suele afearse á los Estados-Unidos el que contra las tribus salvajes dirijan exterminios y cacerías como contra el oso y la pantera. A la verdad no es cristiano el procedimiento, pues como decía Las Casas, «mal se compadecen la violencia y el Evangelio;» pero sin dejar de reprobar con toda energía el procedimiento de barbarie para exterminar el salvajismo, valiera más que con las declamaciones filantrópicas no se olvidara que es hecho experimentalmente demostrado en la historia, el que cuando la civilización viene á apoderarse de la tierra que hollaba el salvaje, acaba entónces de cumplirse en una catástrofe final el anatema que pesaba sobre la raza caída, y la tribu desaparece de aquel suelo «exterminada siempre» por la civilización, que no la puede educar. En la conquista de América tropezamos nosotros con pueblos bárbaros y con tribus salvajes; los bárbaros, como los de Méjico y el Perú, se civilizaron, las tribus salvajes, como los indios de las Antillas, desaparecieron.

(2) J. de MAISTRE, «Soirées de St. Petersbourg, deuxième dentretien.»

sata est aetas (1). En sus tradiciones los vestigios de la edad de piedra están superpuestos á los de la edad de oro. Y lo mismo que descubrió el docto Schlieman en sus excavaciones de la antigua Troya, descubre en todas partes el arqueólogo al escarbar la tierra que pisa el salvaje, encontrando siempre las toscas señales de la edad de piedra encima de los vestigios de la edad de cobre (2). El salvaje, por fin, conserva en sus costumbres de tribu restos, tradiciones, recuerdos propios, no sólo del cazador vagabundo ó del pastor nómada, sino á veces tambien de la tribu sedentaria; habla un idioma que no es un idioma verdadero sino resto de otro idioma (3), y como observa F. Schelegel, en este dialecto suyo que parece debiera ocupar el grado más inferior de la cultura intelectual, aparece la estructura gramatical más sabia, y se encuentran palabras que representan ideas que ya no existen en la tribu, palabras que para ella ninguna razon tienen ya de ser, puesto que representan ideas y conocimientos extraños á su estado actual. Todas estas ruinas y tradiciones demuestran á quien sepa consultarlas, cuántas y cuán tremendas debieron ser las catástrofes que vinieron sobre la raza embrutecida.

Sobre la negacion de todo esto está, sin embargo, edificada la doctrina de Darwin. Si la observacion demuestra al salvaje imperfectible, él lo hace perfectible y lo señala como la transicion de la naturaleza entre el mono y el hombre, para producir gradualmente las leyes de la sociabilidad. La tribu caribe le parece el estado primitivo de la humanidad ántes de lle-

(1) HUMBOLDT, «Cordilleras y monumentos de América,» tomo I, pág. 3, lámina VII.

(2) SCHLIEMAN, «Trojanische Alterthümer Bericht über die Ausgrabungen in Troja,» Leipzig, 1874; obra en la cual prueba el autor que una civilizacion más ruda siguió á otra más perfecta, apoyando su demostracion en los vestigios de la edad de piedra hallados encima de los de la edad de cobre.

(3) MARTIUS, «Beitrage zur Ethnographie Amerikas,» tomo I, págs. 5, 83 y 375, en donde demuestra que estas tribus salvajes descienden de pueblos civilizados. Véase tambien el discurso pronunciado por el Dr. LE PLONGEON en la sociedad geográfica de Nueva-York en Enero de 1873, sobre el tema «Vestiges of antiquity» y la obra de F. J. HUTCHINSON «Two years in Peru, with explorations of its Antiquities,» Lóndres, 1873, y el discurso de ALBT. J. MOTT «on the origine of Savage life.»

gar por sucesivo progreso al estado actual; pretende hallar el punto de partida de la cultura humana en ese sér degradado y refractario á toda cultura, en esa fiera humana que la civilizaci3n está exterminando por donde quiera despues de haber reconocido que era imposible mejorarla.

No debe extrañar, en verdad, que un autor áun dotado del singular talento de observacion que caracteriza á Darwin, movido del afan de crear una teoríá nueva, llegue á ofuscarse hasta el extremo de presentar como verdades inconcusas las paradojas más desprovistas de seso. Pero lo que sí debe llamar singularmente la atencion, es el furor con que han sido admitidas tales doctrinas en el órden científico. Si Darwin se lanzó á correr aventuras, mucho más heroico ha sido el valor de sus discípulos para acometer aventuras científicas nunca vistas ni oidas. Increíble parece que puedan escribirse en serio las crudas atrocidades que ahora se publican en los libros de texto de la escuela. Del terreno de las ciencias naturales han venido á hacer irrupcion en todas las demas ciencias, y en filosofía, en política, como en religion, á nombre de la evolucion, desenvuelven las más peregrinas doctrinas del progreso.

Indudablemente que se necesita ingenio casi diabólico y más sutil que el del sutil Escoto, para deducir los dogmas de la moral de esa ley que produce el mejoramiento evolutivo de las especies, por la eliminacion del débil por el más fuerte en la lucha para la existencia y por la ley de la seleccion sexual, es decir, hablando en puro romance, por *ayuntamiento con fembra hermosa*. Habitua3dos estamos en esta época á oír sobre estas materias, sin sobresalto ni asombro, doctrinas muy ménos escandalosas y blasfemas que las que en otro tiempo calificaban los teólogos de *piarum aurium offensivas*; pero sin embargo de hallarnos curados de espanto en punto á herejías, se apodera de nosotros verdadera ansiedad cuando nos dicen que proviene la moral de los apetitos sexuales y demas instintos que gobiernan al reino animal. Tema fecundo es éste, á no dudar, para meditado por una escuela aficionada al procedimiento hipotético, y afamada ya por su prodigiosa inventiva y maravillosos descubrimientos en los asuntos más baladíes. Deben ser seguramente por todo extremo peregrinas

y dignas de exámen las revelaciones que traiga á la ciencia como fruto de sus lucubraciones y vigiliass para averiguar los orígenes orgánicos de las grandes nociones del deber, del derecho y de la justicia. Creemos, pues, que no desagradará al lector que tambien en este terreno examinemos la doctrina darwinista.

JOAQUIN SANCHEZ DE TOCA.

(Se continuará.)





ANALISIS Y ENSAYOS

APUNTES PARA LA HISTORIA DE LA POESÍA LATINA.

Zu späteren Lateinischen Dichtern-Beitrage zur Geschichte der Romischen Poesie. Por el Dr. Anton Zingerle. Primer volúmen, 1873. Segundo volúmen, 1879. (Innsbruck: Wagner.)

Martial's Ovid-Studien. Por el Dr. Anton Zingerle. (Innsbruck: Wagner.)



A primera obra del Dr. Zingerle intitulada OVIDIO Y RELACION DE SUS OBRAS CON LAS DE SUS PREDECESORES Y CONTEMPORÁNEOS, á pesar de lo poco que aún se conoce entre nosotros tan interesante trabajo, debe ser tenida, en vista de los minuciosos detalles que contiene, como fruto natural de los esfuerzos alemanes en el análisis del estilo del gran poeta latino.

Hay algunas personas entre las que se dedican á las investigaciones propias de la literatura, que juzgan no ser Ovidio digno de tan minucioso estudio, y aún entre aquellos que más especialmente cultivan el campo del análisis, ó encuentran especial gusto en saborear la diction del poeta en cuestion, ó en admirar la copiosa felicidad de su estilo, no faltan segun todas las probabilidades quienes consideren la monografía del Dr. Zingerle como tarea insignificante.

En honor de la verdad debemos tambien por nuestra parte

confesar haber sido sorprendidos por idénticos sentimientos cuando por primera vez dedicamos nuestros ocios á la lectura de las obras cuyos títulos encabezan estas desaliñadas líneas.

El autor escribe, sin duda alguna, con tan escrupulosa y concienzada pluma, que desde las primeras páginas deja en el ánimo la convicción de no haber perdonado trabajo de ningun género para la ejecución de su plan, y esto, como desde luégo se ve, es de alabar en todo tiempo, pero muy principalmente cuando tan á la ligera se piensa y se publican las propias ó ajenas producciones. Empero, para ser consecuentes con las reglas que nos impone la severa crítica, debemos tambien añadir que el Dr. Zingerle parece haber olvidado que en nuestros dias el interes é importancia del asunto por él escogido apénas podrá atraer á los lectores; ó en otros términos, el estilo de la obra es prolijo, confuso y cansado.

En efecto, siempre que hay que introducir algun nuevo detalle, le vemos divagar en prolongados exordios y apolo-gías de lo que va á decir, repitiendo asimismo *usque ad nauseam* ciertas fórmulas que, si bien sirven para llenar cuartillas, ningun servicio prestan á la inteligencia del asunto. Así, por ejemplo, en cada página hallareis la fórmula: «Esta es una idea, no del todo sin interes» que repetida causa el consiguiente cansancio y fatiga de quien desde luégo echa de ver la falta de recursos del que escribe.

Mas enfrente de estos defectos, que hubieran podido ser corregidos, si el autor hubiese escrito en latin más lacónico ó en estilo aleman más moderno, el libro del Dr. Zingerle es sustancialmente necesario para la mayor profundidad en el estudio de los poetas latinos.

La monografía de Marcial, considerado como imitador de Ovidio, está escrita con mucho juicio y cuidado, y ningun aficionado á ambos poetas podrá dejar de leerla con la debida atencion.

Para dar en breves palabras idea de este trabajo diremos que el autor ha probado en él con respecto á Ovidio lo que Paskutadt probó con respecto á Catulo, ó sea, que el gran epigramático debió ménos, en lo que toca al estilo, al maes-

tro de los tiempos de Augusto, que, en lo que á la agudeza se refiere, al maestro del tiempo de la República.

Imposible era, en efecto, que Marcial, que usaba el dístico elegiaco con más frecuencia que cualquier otro metro, excepción hecha del endecasílabo, pudiese librarse de la influencia de Ovidio en todas partes entónces sentida.

Ovidio fijó para siempre el verso elegiaco romano, y todos los esfuerzos posteriormente hechos para imitar los elegiacos griegos pueden tenerse por raros ó excepcionales.

Además, el carácter imitativo de la poesía latina reproduce inevitablemente una y otra vez las mismas formas, segun nos lo hacen ver los innumerables detalles que sobre este particular nos propone el autor que damos á conocer, al tratar de la mayor parte de los poetas latinos posteriores á aquella época.

No se crea que estas imitaciones fueron intencionadas, sino que hemos de tenerlas como fruto de la influencia que ejercen ciertos poetas, segun se nota aún en nuestros dias, en los cuales vemos tantos versos que nos recuerdan otros de los grandes maestros, sin que por esto debamos tenerlos por imitaciones, puesto que por propia experiencia sabemos no ser raro que naturalmente venga á las mientes alguna de estas aparentes imitaciones, sin que se conozca ni se haya nunca leído el prototipo.

Mas á pesar de esta consideracion, que no deja de ser cierta, existen en Marcial gran número de ejemplos que prueban bien á las claras haber tenido presente pasajes particulares de Ovidio, así como hallamos tambien versos que deben ser tenidas por imitaciones de Catulo.

Examínense si no los paralelos siguientes.

Ovidio escribió, *Met.* XV, 114:

*Vite caper morsa Bacchi mactandus ad aras
Ducitur.*

Y Marcial, III, 24, 1, nos dice:

*Vite nocens rosa stabat moriturus ad aras
Hircus.*

La coincidencia es muy característica para que pueda ser tenida por accidental.

Si Ovidio escribe, *Trist.* I, 5, 1:

O mihi post ullos nunquam memorande sodales,

Marcial, I, 15, 1 imita de este modo sus palabras:

O mihi post nullos Juli memorande sodales.

Ovidio dice, F. VI., 665:

Sic ego; sic posita Tritonia cuspidē dixit,

y Marcial:

Sic ego, sic breviter posita mihi Gorgone Pallas.

Ovidio, por último, escribe, *Trist.* I, 1. 28:

Nec siccis perlegat ista genis,

y Marcial:

Nec nimium siccis perleget ipse genis.

Resulta, pues, que la semejanza es todo lo estrecha y detallada que se necesita para que dejemos de considerarla como resultado de mera casualidad ó producto de pura reminiscencia.

Ambos poetas ponen en boca de los lectores idénticas frases relativas al mérito de sus versos, cual puede verse en los que empiezan: *Si qua videbuntur*, *Trist.* III, 1, 7; *Mart.* II, 8, 1.

Para describir su celebridad oiremos decir á Ovidio: *In toto plurimus orbe canor, in toto semper ut orbe canar.*

En tanto que Marcial nos dirá: *Toto legor orbe frequens, orbe cantor et legor toto.*

No pára aquí todo, sino que los símiles, tanto vulgares (v. g. *nive candidior*), como los ménos usados (*buxo pallidior, conchis levior, plumis, lacte mollior*, etc.) son á uno y otro poeta comunes.

Merecen también consignarse los ritmos especiales que ambos á dos suelen afectar, sobre todo en la segunda mitad de los pentámetros, ritmos siempre preparados con formas idénticas, que son unas veces los ablativos de singular de los participios de presente, como *conveniente, prohibente, invente, adunente*; y otras la terminación femenina del singular ó neutra del plural de los participios en *dus*.

No puede negarse, pues, que los autores en cuestión nos dan ejemplo de moderación en punto á imitaciones.

Existen también en los dos volúmenes de la obra tratados

sobre los poemas que pretendieron imitar á Horacio en tiempos posteriores. Tales son el titulado *Mosella* de Antonio, conjunto de exámetros latinos bastante monótonos en la estructura de su segunda parte; un manuscrito hallado en Innsbruck, y perteneciente á Séneca el trágico; las composiciones en que Marcial se muestra agradecido á Lucano y Silio Itálico; varios fragmentos de Peleon, Ossa y Olimpo acerca del asalto del cielo por los gigantes, tal cual varios autores lo describen; y, por último, una crítica de San Paulino de Nola.

Téngase, por último, en cuenta que, aunque ninguna de estas obras llega á la altura á que se halla la pequeña monografía de Marcial, todas son indicio de los laudables esfuerzos del que nos las presenta como fruto legítimo de las largas vigili-
as que dan tanto valor á la obra en general como al mérito del autor en particular.

R. ELLIS.

LA HISTORIA DE LA GUERRA DE SUCESION DE ESPAÑA.

GUERRA DE SUCESION DE ESPAÑA.—Negociaciones entre Francia, Inglaterra y Holanda en 1705 y 1706, por *H. Reynald*, antiguo discípulo de la Escuela Normal.

El trabajo que anunciamos es un extracto de los *Comptes-rendus* de la Academia de Ciencias morales y políticas, y se compone de dos Memorias leídas por el autor ante aquel ilustrado centro. M. Reynald ha querido darnos en algunos capítulos un cuadro de las negociaciones entabladas por Francia con los Países Bajos despues de la derrota de Ramillies, de los esfuerzos de la diplomacia francesa por disolver la gran alianza, y del fracaso que sufrió gracias á la habilidad verdaderamente superior de Marlborough y á la fuerza misma de las cosas.

Para escribir estas Memorias sustanciales, redactadas con un

estilo sobrio y propio al objeto que en ellas se trata, M. Reynald ha utilizado sobre todo los recientes trabajos de M. de Noorden sobre la historia del siglo XVIII, la gran obra de M. de Sirtema de Grovestins sobre Luis XIV y Guillermo III, las Memorias de Marlborough publicadas por Coxe y los papeles del gran general inglés, dados recientemente á luz por M. Ureede (1). No contento con apelar á estas fuentes ya conocidas, nos ofrece en su trabajo algunos documentos inéditos copiados de los archivos del ministerio de Negocios extranjeros, y citas de un *Diario* inédito del profesor Coypert, miembro de los Estados generales de los Países Bajos y delegado por ellos cerca de los ejércitos aliados.

Sobre el trabajo mismo poco hemos de decir. Es un concienzudo extracto de las obras que hemos citado, en el cual se profundizan algunos datos conocidos en globo de cuantos han estudiado con alguna asiduidad la historia de la guerra de sucesion de España. Para probarlo no hay más que abrir, por ejemplo, el decimosétimo volumen de la gran *Historia nacional* de Vagenaar. Es, sin embargo, una empresa meritoria la de divulgar entre el público los resultados de investigaciones poco conocidas, y por ello merece el autor que le tributemos reconocimiento.

*
* *

DIE POLITIK (ESTERREICHS IN DER ESPANISCHEN ERBFOLGEFRAGE (La política de Austria en el asunto de la sucesion de España), por *Arnold Gædecke*.—Leipzig; Duncker y Humblot.—2 vol. in 8.º

M. Gædecke se ha propuesto llenar una laguna que existe en la historia diplomática de los últimos tiempos del siglo XVII. La política de Austria en el asunto de la sucesion de España sólo es conocida indirectamente. M. Gædecke ha querido estudiarla en sus fuentes en los archivos de Viena y exponerla aparte en una monografía.

(1) Hubiera podido consultar tambien los dos volúmenes de M. Arnold Sædcke «Die Politik (Esterrichs in der spanischen Erbfolgefrage,» cuyo breve análisis hacemos á continuacion.

Su trabajo se divide en dos partes casi iguales: primera, la exposicion histórica. Despues de un resúmen político y de un cuadro delas córtés de Francia, Austria y España, M. Gœdecke narra los acontecimientos acaecidos desde el testamento de Cárlos II, en 1696, hasta la muerte de ese príncipe en 1700, y la formacion de la coalicion en 1701. Esta parte es una introduccion diplomática á la historia de la guerra de sucesion, inspirada en los puntos de vista de la política austriaca.

La segunda parte contiene 365 documentos inéditos sacados de los archivos de Viena.

M. Gœdecke no se ha contentado con acudir á las fuentes inéditas austriacas. Ha estudiado los historiadores españoles y ha utilizado los trabajos de sus antepasados que su obra completa con los trabajos inéditos á que nos acabamos de referir, y que son curiosísimos.

CUBA EN 1873.

LA ISLA DE CUBA desde mediados de Abril á fines de Octubre de 1873, por *D. Cándido Pieltain*, capitan general de dicha isla en la expresada época.—Un vol. de 266 páginas; Madrid, 1878.

Este volúmen está llamado, como todos los trabajos que se refieren á ese período interesante de nuestra historia contemporánea, á inspirar viva atencion en el público. El Sr. Pieltain lo escribe con propósito de contestar á ciertos cargos; pero dominado por el asunto hace un completo capítulo de historia, donde se muestra narrador sobrio y conciso, político discreto y caudillo experimentado.

Empieza explicando los motivos de patriotismo que le han obligado á guardar silencio,—no obstante los cargos más ó ménos encubiertos que el general marqués de la Habana y el brigadier Acosta le habían dirigido en sus folletos,—silencio que no podía continuar, cuando despues de terminada la guerra de Cuba, que era su justificacion, se le dirigieron en

el Congreso desde el banco azul y por el señor ministro de Ultramar (Elduayen) agresiones inmotivadas. El general Pieltain las rechaza y comienza á reseñar las causas de su nombramiento, su aceptación, lo que en Cuba encontró y lo que hizo en el corto período de su mando.

Su nombramiento fué acordado por el ministerio del señor Ruiz Zorrilla, momentos ántes de la renuncia de D. Amadeo de Saboya. En aquellos dias el general Pieltain se negó á formar parte del ministerio del Sr. Figueras, por no haber pertenecido al partido republicano histórico; pero creyóse obligado á aceptar el mando de Cuba, porque en Cuba iba á combatir por la integridad de la patria.

Hace despues una descripcion detallada y exacta del estado en que encontró la Isla, tanto en la parte referente al ejército, como á la administracion y á la política; explicando las influencias que allí dominaban, el espíritu de intransigencia, de algunas y los temores que había en la opinion respecto al nuevo gobierno de España, y por lo tanto á la autoridad que debía representarlo.

Si en lo que se refiere á la parte militar era fácil remediar algunos males con un poco de energía, de perseverancia y algunos recursos que pudo allegar, no sin trabajo, en la parte política no era posible otro tanto con gobiernos que se sucedían cada mes, que tenían que sostener dos guerras civiles en la Península y que al mismo tiempo estaban combatidos por las mismas fracciones en que se hallaba dividido el partido republicano. Era difícilísimo, pues, añade, que la autoridad tuviera allí todo el prestigio que había de menester y al mismo tiempo se impusiera con la fuerza que debe prestarle el gobierno de la nacion, cuando ese gobierno se veía cambiado tan frecuentemente y ni podía enterarse de los asuntos de la gran Antilla ni tomar resoluciones sobre ellos, ni formar un plan metódico para llevarlo á cabo con perseverancia.

El general Pieltain se declara francamente partidario de las reformas en sentido liberal, y, sin embargo, hubo momentos en que creyó oportuno contener los deseos manifestados por el Gobierno de implantarlas en aquel suelo. En Cuba no habían existido verdaderas costumbres políticas ántes de esa

época, y aún cuando en la opinion hubiese un acentuado matiz reformista, no se había manifestado aún y ménos cuando despues de estallar la guerra, excitado el patriotismo del elemento español sin condiciones, y expresado por intransigencias de algunos que querían monopolizarlo en su provecho, la opinion estaba cohibida, siendo imposible, no ya cualquier clase de propaganda, sino hasta la expresion de opiniones liberales, por temor de ser comprendido bajo el anatema de filibustero.

Sin un partido que apoyara las nuevas ideas; dominando casi en absoluto los que las rechazaban, por ser al mismo tiempo jefes de la fuerza material, única con que contaba la autoridad en la capital; entendiendo éstos que poco había de durar la forma de gobierno existente, porque á su juicio no podía garantizar al país el órden y la paz, era muy arriesgado en aquellos momentos implantar reformas que habían de ser causa de disgustos entre los que, si no eran los más, representaban el todo. Tuvo el general Pieltain que limitarse á permitir su discusion en la prensa, á establecer costumbres políticas hasta entónces desconocidas, á dar mayor expansion á la libertad del pensamiento y á preparar, en fin, no sin grandes contrariedades y disgustos, la opinion para que, sin disturbios que pudieran ser fatales á la causa de España, se llevaran á cabo las reformas deseadas.

La abolicion de la esclavitud, ese problema que tanto ha preocupado á todas las naciones y ha de preocuparnos á nosotros; esa solucion tan simpática á todos los amantes de la humanidad, pero tan perjudicial á los que á la sombra de tolerancias han creado con ella una fortuna, ese problema, dice, tenía que ser, dada la nueva forma de gobierno, objeto de una preferente atencion, y toda la suya tuvo que dedicarla el general Pieltain, influyendo para que, con arreglo á las instrucciones del Gobierno, de los propietarios de esclavos partiera la iniciativa y pusiera al ministerio en condiciones de resolverla de conformidad con los interesados. No era esa mision, como se comprende fácilmente, simpática para las personas influyentes en aquel país, propietarios casi en su totalidad de gran número de negros; y sin embargo, el general llegó á conse-

guir que se pusieran de acuerdo para proponer al Gobierno la inmediata abolición de la esclavitud, quedando los esclavos en las condiciones que tienen los inmigrantes asiáticos durante el primer período de su contrata. Esta solución, favorable á todos, hubiera quedado acordada definitivamente á no haber sido por la oposición de quien ménos podía esperarse; pero de todos modos, de no haberse verificado su relevo, de seguro que, venciendo dificultades, el problema hubiera quedado resuelto.

En la cuestión de la guerra demuestra con datos oficiales que lejos de adquirir incremento en su época, que fué el verano del 73, es decir, la peor para las operaciones, empezó con la muerte de Agramonte (Ignacio), el general más valiente y de mayor prestigio en el país y entre los insurrectos, terminando con el apresamiento del *Virginus*, la expedición más potente y en la cual habían empleado los filibusteros todos sus recursos, sin que fuera, por otra parte, responsable de las complicaciones á que ese hecho dió lugar, por haberse embarcado para España el mismo día de su apresamiento. Durante el período de su mando los insurrectos no pasaron la Trocha ni incendiaron un solo ingenio, estando todo el territorio de las Villas completamente pacificado y dedicándose sólo á su reconstitución, que progresaba con rapidez. No hubo ninguna derrota de esas que pudieran empeorar el estado de la campaña; hubo sí encuentros parciales desgraciados, como los hubo ántes, como los hubo despues, aún en épocas en que había triples fuerzas; pero siempre salió el enemigo muy castigado y la mayor parte de las veces fué inmediatamente batido por nuevas fuerzas; y si alguna vez entró por sorpresa en cualquier población, fué para salir inmediatamente también huido y castigado; contando, por otra parte, bastante número de hechos de armas en los que el enemigo fué completamente deshecho.

El general Pieltain, que no llevó á la Isla de Cuba un número crecido de empleados amigos y protegidos, limitándose á sus dos ayudantes personales y al general jefe de Estado Mayor que había de desempeñar esas funciones en consecuencia de su nuevo cargo de general en jefe de aquel ejér-

cito, se atuvo á lo que allí encontró y de aquí se le quiso mandar; no separó ningun empleado que no fuera por causa motivada, y sin amigos á quienes proteger, se limitó para la provision de los destinos á los mejores antecedentes de los funcionarios que allí había, procurando de este modo moralizar la administracion en todos sus ramos. No consintió que en su época se hicieran nuevas emisiones de papel por el Banco Español de la Habana, á pesar de ser esa la única solucion que se le presentaba para resolver todas las dificultades financieras, y sin nuevos recursos atendió á todas las necesidades. A su llegada á la Habana encontró el oro al 33 por 100 premio, descendió hasta 18, y despues volvió á subir poco ántes de su salida, dejándolo á 53.

En cuanto á tratos con los insurrectos para lograr la paz, el general dice que ningunas relaciones podía establecer con ellos, porque el Gobierno de la República, entre otras cosas, le decía en sus instrucciones: «*Que si no es honrado conceder á los que piden con las armas en la mano, no es ni siquiera posible discutir con quienes pretenden separarse alevemente de la madre patria.*»

Concediendo, no obstante, completa amnistía á todos los emigrados que pedían volver al seno de sus familias, no desterrando á nadie, poniendo en libertad á cuantos estaban detenidos por sospechas y delaciones no justificadas, haciendo más humanitaria la guerra, y practicando una política más expansiva, echó los cimientos, para que otros despues, en mejores condiciones, y cuando terminada la guerra civil adquiría mayor fuerza el Gobierno, pudieran llevar á cabo con esa misma política y con concesiones que él no podía hacer, la paz apetecida y las reformas necesarias.

LA HISTORIA DE ESPAÑA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII.

L'ESPAGNE AU SEIZIÈME ET AU DIX-SEPTIÈME SIÈCLE. Documentos históricos y literarios publicados y anotados por *Alfred Morel Fatio*.—Heilbronn, Henninger, 1878.—1 vol. in 8.º de xi—696 págs.

Aunque su título parece indicar lo contrario, este volúmen no es un cuadro en el cual se ofrezca al lector el conjunto de la sociedad española en los siglos xvi y xvii, sino una serie de hechos nuevos que confirman en algunos puntos las opiniones generalmente admitidas y las rectifican en otros. Examinemos los documentos reunidos en él por M. Morel-Fatio, uno de los más eruditos escritores de las cosas de España, á quien se deben excelentes versiones de alguna de las más notables obras dramáticas de nuestro siglo de oro.

El primero es una Memoria en la cual D. Iñigo Lopez de Mendoza se justifica ante Felipe II de su conducta en la campaña contra los moriscos. Esta Memoria confirma los hechos conocidos, y prueba que los sacerdotes católicos provocaron la agitacion que produjo el exterminio de los moros de Andalucía. La nobleza no se inspiraba en el fanatismo de los eclesiásticos y de los legistas; los grandes propietarios, que tenían gran número de moriscos empleados en la explotacion de sus dominios, se oponían á la política intolerante del gobierno del rey. Cuando los moriscos se sublevaron, los nobles, sin embargo, acallando sus repugnancias, se pusieron de parte de la monarquía para combatirlos; pero no fueron crueles como el clero y el pueblo bajo, fanatizado por las órdenes religiosas. Esta política moderada y generosa no fué grata á la corte. Se acusó ante ella al marqués de Mondéjar de debilidades y complacencias con los enemigos de la fe, y fué preciso que el valiente capitan general del reino de Granada fuera á defenderse ante los ministros.

A continuacion de la Memoria de Lopez de Mendoza publi-

ca M. Morel-Fatio varias cartas de D. Juan de Austria. Son quince y las quince inéditas. Están escritas en los Países-Bajos, desde 1576 á 1578. Son epístolas familiares que dan bien á conocer á un príncipe cuyo recuerdo inspira tantas simpatías. En esas cartas hallamos algo de los tratos de D. Juan con los flamencos; pero sobre todo contienen noticias muy curiosas sobre las impresiones personales de su autor, sus esperanzas y sus temores. En algunas se muestra exasperado por la lucha que sostenía en los Países-Bajos; en otras maldice la apatía de la corte de Madrid y de los ministros del rey. Sus cartas están dirigidas á dos buenos amigos, D. Rodrigo de Mendoza y el conde de Orgaz.

El *Diario* de un eclesiástico que acompañó á Madrid al nuncio Camilo Borghèse (después Papa bajo el nombre de Paulo V) y que sigue á las cartas de D. Juan de Austria, es también muy interesante y está lleno de curiosos pormenores sobre la situación de España en aquella época. El autor del *Diario* vino por mar de Civita-Vecchia á Liorna, de Liorna á Marsella y de Marsella á Barcelona; desde este último punto por Zaragoza se dirigió á Madrid. Nuestras costumbres le sorprendieron é inspiraron sazonadas críticas. El buen clérigo manifiesta grande irritación contra los políticos españoles por su sistema de ganar tiempo y aplazarlo todo para el día siguiente. Este no es, por lo que se ve, defecto contemporáneo. Ya en sus días lo censuró Lope:

Siempre mañana y nunca mañanamos.

M. Morel-Fatio pone á continuación del *Diario* varios apéndices curiosos :

- 1.º La instrucción dada á Camilo Borghèse por Clemente VII.
- 2.º Una exposición de las reglas que deben presidir al reparto de los memoriales y documentos dirigidos al rey en los diversos ministerios.
- 3.º Un documento de administración militar.
- 4.º Un itinerario de España y Portugal lleno de consejos prácticos para uso de los viajeros extranjeros.

5.º Una noticia de las *costumbres de España, diferentes de las de otras naciones*.

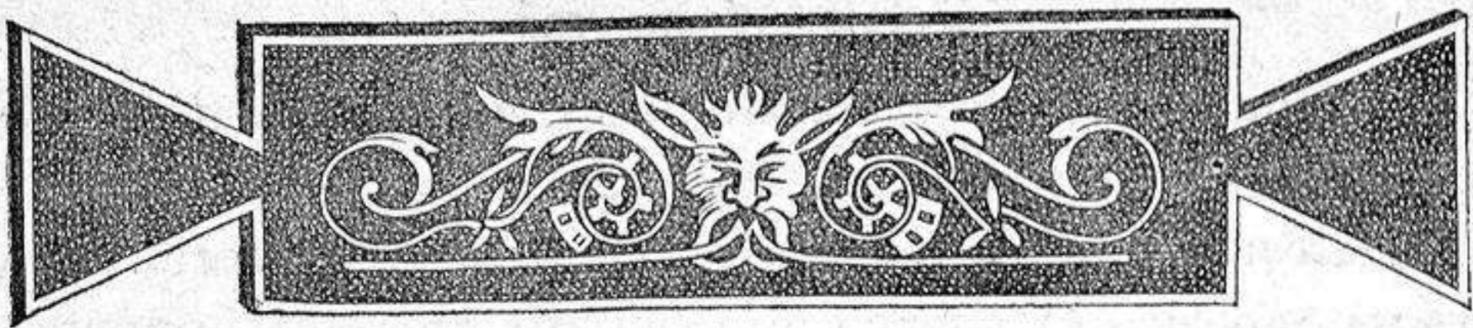
El tercer apéndice es importante para la historia. Es el presupuesto de un cuerpo de ejército español, compuesto de 5.000 españoles, 6.000 alemanes, 4.000 italianos, 20 cañones y 4.000 gastadores. Contiene pormenores curiosísimos sobre armamento, equipo, víveres, organizacion militar, etc.

Despues de estos apéndices inserta M. Morel cincuenta y ocho cartas escritas por el célebre ministro de Felipe II Antonio Perez desde el destierro á Enrique IV, al condestable Montmorency y al secretario de éste M. de Maridat. Tres pasajes de esas cartas confirman la version más vulgar de las causas que produjeron la enemistad de Felipe II y su secretario. Esta, segun ellos, fué el amor de Felipe II á la de Éboli, querida de Perez. Los celos arrastraron al monarca á imputar á su ministro la muerte de Escobedo y perseguirlo sin piedad.

Despues de estas cartas inserta M. Morel una relacion de las compañías del Bajo Palatinado, de 1620 á 1621 (guerra de los Treinta años), por un capitan español que tomó parte en aquellas contiendas.

Dos colecciones de versos terminan este volúmen: Un *Cancionero* que contiene, entre otras, poesías de Juan Boscan y Diego de Mendoza y *La Academia Burlesca*, poesías compuestas en tiempo de Felipe IV, asimismo inéditas. M. Morel-Fatio merece nuestro aplauso por el celo y diligencia que revela esta interesante publicacion.





CRÓNICA DE LA QUINCENA.

INTERIOR.

LA atención general en nuestro país, en los momentos en que escribimos estas líneas, está convertida hácia las futuras Córtes. Las elecciones últimas preocupan todavía los ánimos; se aprecian sus resultados y se discuten sus episodios como al día siguiente del escrutinio. Es lógico. No diremos que estas elecciones han revelado la voluntad del país, porque sólo se han consultado los deseos de una parte de los ciudadanos. Donde la Constitución política no tiene por base el sufragio universal, el voto de los comicios expresa solamente la voluntad de la minoría. Pero si no la manifestación exacta y concluyente de las aspiraciones del pueblo todo, conocemos la tendencia del cuerpo electoral, dato bastante para fundar cálculos ciertos y conjeturas verosímiles.

Esta tendencia no puede apreciarse examinando de una manera aislada y sin relacionarlo con ningún otro hecho, el resultado de las elecciones. Hay que poner frente á frente el Congreso de 1876 del Congreso de 1879. Sus diferencias marcan la dirección de los ánimos, el rumbo de los espíritus, el camino del porvenir; sus diferencias determinan y caracterizan la situación actual.

Núcleo fué de aquella cámara y núcleo es de ésta el partido conservador liberal; pero las elecciones de 1876 lo llevaron á las Córtes unido y compacto con un solo programa y bajo una sola bandera, acaudillado por el Sr. Cánovas del Castillo, y las elecciones de 1879 lo traen á los escaños del palacio de la representación nacional dividido en dos grupos poderosos, en cuyas respectivas banderas hay diferencias harto sensibles, en dos grupos que acaudillan el Sr. Cánovas y el general Martínez Campos. No sabemos aún, porque no se ha hecho el cálculo y porque sólo las votaciones nominales nos le ofrecerán exacto, cuál de esos dos grupos cuenta con más número de votos en el seno de la futura mayoría; pero presumimos que dada la composición de las Córtes, ninguno podrá gobernar sin el auxilio del otro. Verosímil es que esa armonía se rompa, porque hay cuestiones,—como la de las reformas de Cuba,—en las que no piensan de la misma manera sus respectivos jefes. Verosímil es que esa armonía se rompa, porque las aspiraciones personales de uno y otro grupo no pueden satisfacerse á la vez, dado el punto á que llegan aquí esas aspiraciones, convertidas en el disolvente más enérgico de toda situación. La conciencia de que esto suceda y suceda pronto y la certeza de que existen esos distintos criterios, son ya gérmenes de debilidad incurable que mostrarán su alcance en la elección de mesa, lo revelarán con más brío en el debate del mensaje y habrán acabado por hacer patente la discordia ántes de que se llegue á la segunda legislatura si los anuncios más indudables se cumplen y las nubes que comienzan á entoldar el horizonte no se desvanecen.

El ministerio de 7 de Marzo nació sólo para engendrar esta división de la antigua mayoría ó para acentuarla cuando ménos. Discurriendo sobre las causas que le dieron vida, es imposible adivinar qué propósito animaba á los que le formaron. ¿Continuar la política del Sr. Cánovas del Castillo? Así lo han dicho en todos los tonos los amigos de éste y los amigos del general; pero aunque lo hayan dicho es descabellado sostenerlo. Continuar la política del Sr. Cánovas del Castillo debilitando á los que han de desenvolverla precisamente en un período de crisis para esa política, no parece idea

hija de una mente sana y de un juicio claro. ¿Iniciar una política distinta? Así pensaron algunos; así lo piensan todavía. Eso creen los moderados históricos, que sueñan reconstituir el ministerio y apoderarse de la situación. Eso esperan los centralistas, que hablan de alianzas de su grupo con el bizarro general Martínez Campos. Pero esto mismo nos muestra que tales cálculos merecen, como los que apuntábamos antes, ir al catálogo de los *ægri somnia*. Para hacer un cambio político, no se habría ó no se debiera haber escogido al general Martínez Campos, que si ha mostrado dotes de guerrero y de pacificador, no las tiene de caudillo parlamentario, navega con dificultad en este proceloso mar de los partidos, muéstrase vacilante é indeciso en sus determinaciones y no ha sabido imprimir el sello de su personalidad á una línea de conducta seria y sostenida, ni encaminar los negocios públicos hácia punto alguno bien distinto y concreto.

Desde que ocupó la presidencia del Consejo ha parecido que el Gobierno se inclinaba á los moderados, por las personas cuyos servicios prefería, á los centralistas por las soluciones cuya adopción aconsejaba, más expansivas y liberales que las del ministerio anterior. Después de dos meses todavía se sigue creyendo y esperando lo mismo. Una y otra tendencia, cualquiera que sea la que el Sr. Martínez Campos abrigase, han perecido á manos de los electores en los comicios. Los centralistas eran cuarenta en las Cortes de 1876 y apenas llegarán en éstas á una docena; los moderados escasamente llegarán á ocho: han perdido en la refriega sus elementos más importantes, sus jefes, los hombres de palabra y de autoridad dentro de ese grupo: el Sr. Moyano, el Sr. Alvarez, el Sr. Mon, el conde de Xiquena, el Sr. Mayans, derrotados unos y retirados otros de la ardiente batalla por circunstancias diversas, en cuyo conjunto aprende el más refractario á estas enseñanzas cuán grande é irreparable es el decaimiento de esa parcialidad, otros días poderosa, y cuán vano el empeño de resucitarla fundando sobre los recuerdos de que da testimonio,—que otra fuerza efectiva no tiene,—una situación.

Pero continuemos el exámen de las diferencias que ofrece la Cámara de 1879 comparada á la de 1876. La derrota de moderados y centralistas en esta última fecha no significa sólo que el cuerpo electoral cierra todos los caminos al general Martinez Campos, reduciéndolo á conservar el poder en sus manos como soldado obediente ó rebelde de la parcialidad liberal conservadora. Significa algo más: significa que el cuerpo electoral encierra el actual órden de cosas dentro de un círculo infranqueable. Sus creadores lo han deseado. No se trabaja en balde durante cuatros años por lograr,—único fin á que se consagró el partido liberal conservador desde 1875 á 1879,—que una situacion dada sea insustituible. Esta ha sido la obra política consumada en ese largo período. El Sr. Cánovas del Castillo pensaba y piensa que sólo él y sus amigos son garantía segura y leal de las instituciones. A sus ojos los moderados constituyen un peligro, porque concitarían las iras de todos los elementos populares; los centralistas un peligro tambien, porque faltos de fuerza en el país, de una política definida y de elementos valiosos, no puede considerárseles capaces de organizar una situacion, y los constitucionales el más grave escollo, la más temible dificultad, por sus antecedentes y sus compromisos revolucionarios. Partiendo de ese punto de vista, ¿qué hacer? La solucion es harto clara: afirmarse en el gobierno de tal suerte que ninguno de esos partidos pueda sustituir al gobernante. Los conservadores liberales por interes han secundado bien ese programa, y los electores acaban de sancionarlo convencidos de que toda política conservadora es *nunc et per sæcula* incompatible con la libertad, con el sincero planteamiento y la leal consolidacion del régimen representativo.

La política conservadora, lo que aquí llamamos política conservadora, no puede tener más que un ministerio, ni en su nombre puede gobernar más que una sola parcialidad. No hay manera de que sea un hecho el anhelado juego de los partidos. A este ministerio, si el Sr. Martinez Campos se resigna, debe sustituirle muy pronto otro gabinete presidido por el Sr. Cánovas del Castillo, porque como ha dicho *El Acta*, es necesario que los conservadores se organicen de una mane-

ra definitiva y que tengan una representacion definitiva tambien en el poder, porque ante minorías en cuyas filas forman los oradores más eminentes de nuestra tribuna, no puede continuar un Gobierno donde no hay un solo orador de primer orden, ni un estadista de talla, ni un hombre político de verdadera representacion é influencia.

¿Cuándo ocurrirá este cambio? Un órgano ministerial ha asegurado que en la primera parte de la primera legislatura discutirán las Córtes la contestacion al mensaje de S. M. y la autorizacion para votar los presupuestos; que se suspenderán inmediatamente las sesiones hasta Octubre, en cuya época (segunda parte de la primera legislatura) los representantes del país acordarán las capitulaciones matrimoniales de D. Alfonso con la archiduquesa María Cristina Reniero, de la casa imperial de Austria. Terminada con esto la legislatura primera,—continúa el programa,—hasta Enero no comenzará la segunda para discutir entónces las reformas de Cuba y el presupuesto de 1880-81. Entónces, añaden, cambiará el ministerio. Pero debemos aumentar que todo esto es prematuro, y que si, como parece verosímil, la mayoría de los diputados adictos resulta fiel á la direccion de los Sres. Cánovas y Romero Robledo, no es de presumir la prolongacion del actual Gabinete durante todo el año de 1879.

Planteada la crisis, ahora por voluntad de los directores de la mayoría, ó más adelante por discordias entre los grupos que la constituyen, el poder tiene necesariamente que quedar en manos de los conservadores. Toda otra solucion es difícilísima; imposible que la Corona se incline á los moderados ni á los centralistas, porque el veredicto de los electores ha sido terminante, é ilusorio pensar en que sean llamados al Gobierno los constitucionales.

*
* *

La crisis última les arrebató sus postreras esperanzas de esa conciliacion entre la política conservadora y la libertad que pretendían representar. Entre el poder y los constitucionales hay, dentro de la política conservadora, obstáculos verdade-

ramente insuperables. Los que estamos convencidos de esto desde 1875, no podemos verlo con asombro demostrado en 1879. Si los constitucionales no se convencieran de ello, sería porque cerrasen los ojos á la evidencia. El cuerpo electoral, que tanto les ha favorecido en los comicios, ahora lo sabe también, lo ha declarado y acaba de mostrar á los constitucionales cuál es el camino que deben seguir.

Entre las diferencias que caracterizan á los Congresos de 1876 y 1879, no es ésta la ménos importante. Eran en aquél los constitucionales unos treinta y cuatro: hoy son sobre cincuenta, si no pasan de esa cifra. La opinion los consideró siempre, dentro de la unidad que oficialmente no llegó á romperse, mantenida por esa minoría bajo la direccion del Sr. Sagasta, divididos en dos grupos. Uno de ellos, que capitaneaban los Sres. Ulloa, Peñuelas, Navarro y Rodrigo, Alvareda, hizo titánicos esfuerzos por apartar á sus amigos de todo rumbo aventurero ó de todo camino extraviado y sospechoso para la legalidad. Contribuyeron en primer término á que los constitucionales hicieran todo género de concesiones á la corte, hasta aceptar la ley fundamental de 1876; eran la quinta esencia de la moderacion, y representaban el máximum de templanza. En realidad, puede decirse que dirigieron la política de su partido en las últimas legislaturas.

Hoy ellos mismos juzgan fracasadas sus aspiraciones; no lo han dicho, pero sin duda lo piensan. La suerte les fué adversa: les arrebató al Sr. Ulloa poco há, y más tarde en la contienda que acaba de librarse, ha derrotado á la mayoría de sus adictos. Los constitucionales de esa tendencia serán en la minoría de 1879 muchos ménos que en la de 1876; no es de presumir que influyan decisivamente en el partido. Pero aún hay más; éste ha hecho señalados esfuerzos por enviar á las Cortes una representacion numerosa, y lo ha logrado. En esa representacion hay gran número de diputados que lo son por primera vez ó que no lo fueron en las anteriores Cortes; es que el elemento consitucional de las provincias, más hostil á la política conservadora, más franco, más enérgico, más batallador, viene enviado por los electores como á renovar y fortalecer el espíritu de la minoría.

¿Lo fortalecerá? Esa debe ser la consecuencia de estos hechos. La política de los constitucionales, ó no responde al criterio que domina en la opinion, ó se encaminará sensiblemente á las ideas y soluciones de la democracia.

*
* *

No es distinta de esa la tendencia que domina en nuestro cuerpo electoral. Cuatro representantes de la democracia envi6 á las C6rtes de 1876, y en las de 1879 se reunirán muy cerca de veinte, sin incluir en este número algunos de los electos por la grande Antilla, que han declarado su propósito de abstenerse en las cuestiones generales. La diferencia que entre ambas cifras existe es elocuentísima. Al compararlas hay que tener en cuenta sin embargo:

1.º Que las elecciones se hacen en España actualmente por medio del sufragio restringido.

2.º Que de los diversos partidos en que está dividida la democracia española (el radical, el demócrata conservador, el fusionista y el federalista), sólo uno, el demócrata conservador, ha acudido verdaderamente á las urnas presentando en la lucha todas sus fuerzas, y obteniendo, además de los cinco puestos que ocuparán en el Parlamento los Sres. Castelar, Maisonnave, Gil Berges, Carvajal y Almagro, votaciones nutridísimas en Oviedo para el Sr. Celleruelo, en Santander para el Sr. Martinez Pacheco, en Barcelona para el Sr. Abarzuza, en Sevilla para el Sr. Calzada, en Córdoba y Cartagena para el Sr. Carvajal, en Arcos para el Sr. Moreno Rodriguez. Del partido radical han luchado algunos elementos, los que siguen al Sr. Martos, porque el Sr. Ruiz Zorrilla, empeñado en la funesta actitud de un retraimiento indefendible, ha arrastrado gran parte de las fuerzas de ese bando á la abstencion.

3.º Que muchos elementos democráticos acordaron ir á la lucha demasiado tarde. Yá estaban elegidos ó iban á elegirse los interventores, cuando el partido radical publicó su manifiesto.

4.º Que no se habían rectificado las listas electorales. Esta falta gravísima ha privado á la democracia de gran número de

votos. Sin ella sólo, hubiera llevado á la victoria triple número de candidatos.

5.º Que la coalicion de las oposiciones, acordada tambien á última hora, no produjo los efectos electorales que era lícito esperar de ese procedimiento si se hubiese practicado con oportunidad.

¿De quién, pues, habría sido el triunfo en los comicios, dadas las condiciones en que se abrieron el dia 20 de Abril, si hubiera existido el sufragio universal, si todos los demócratas hubieran luchado, apercibiéndose con tiempo para la contienda, rectificando oportunamente las listas y coaligándose en sazón con los constitucionales? No es ilusorio suponer que de la democracia, ni es aventurado, por lo tanto, asegurar que las elecciones últimas, ya que no revelaran, porque no podían revelarla, de un modo explícito la voluntad del país, han indicado el rumbo que sigue la de los electores y el camino por donde se desenvuelven las aspiraciones de la opinion. No será eso un dato para el presente ni una garantía cierta de inmediatos cambios en el Gobierno, pero es un anuncio, una promesa para el porvenir. Al decaer la política conservadora, al dividirse sus parciales, al vacilar la obra que construyeron, surgen estas afirmaciones estableciendo la lucha que constituye el fondo de la situacion actual en sus verdaderos términos.

Y hé ahí lo que ha tenido de funesto y desastroso para la política conservadora la conducta del Gabinete presidido por D. Antonio Cánovas del Castillo. Todo su empeño debió cifrarse en que la lucha se entablara dentro de la legalidad, entre los dos partidos más fuertes que la aceptaron ó contribuyeron á crearla. Todo su empeño, sin embargo, se cifró en asegurar á los conservadores liberales el goce perpetuo del poder, aun colocando al partido constitucional en una posición crítica é insostenible. ¿Qué ha resultado de ello? Acabamos de decirlo: que la pelea no se verifica en ese campo porque lo más vivo de ella se ha de librar entre los conservadores y la democracia.

*
* *

Aun en este falso terreno, tenían los elementos conservadores alguna ventaja manteniéndose unidos. El error que en su daño cometieron los creadores del Gabinete Martinez Campos consiste precisamente en haberlos dividido, no teniendo en cuenta lo crítico de las circunstancias. La division es cierta é innegable. Ha llegado hasta el público. Los órganos de ese partido ó la confiesan ó la disimulan mal. Varias cuestiones de personas y alguna que afecta á lo más hondo, á la esencia de las soluciones que hayan de adoptarse para determinados asuntos, darán ocasion de que se manifieste á la luz del dia, con una publicidad que hoy no tiene. Entónces se pondrá de relieve lo que hay empeño en disfrazar todavía.

El general Martinez Campos es presidente del Ministerio; pero la direccion de los negocios políticos está en otras manos. El general Martinez Campos no ha querido emanciparse de la tutela á que vive sometido, como individuo de la parcialidad cuya jefatura tiene el Sr. Cánovas, porque no quiere la hostilidad de éste ni de los que á su lado militan. Y en tales condiciones, falto de una política distinta y característica, el general Martinez Campos nada ha hecho para justificar su elevacion al poder, ni para merecer conservarlo. No se le conocen planes ó propósitos que puedan conquistarle en lo sucesivo el apoyo de la opinion. Todo lo más á que podría aspirar, como jefe del ejército, es á que se le reconociese caudillo militar de sus amigos, y se le permitiera á este título seguir al frente de una situacion.

Pero nada hay en la actualidad que justifique ministerios de esa índole. Ni el país los quiere, ni el partido gobernante los acepta. La mayoría de las futuras Córtes tronará contra el militarismo y pedirá el restablecimiento del Gabinete que cayó en 3 de Marzo. Es su derecho. ¿Qué va á hacer en este caso el Gabinete actual? Hé ahí el principio de todas las dudas, el primer punto oscuro del porvenir. Los hombres prudentes se inclinarían á que llegado el momento que indicamos dimitiera; pero hay motivos para sospechar que puede no hacerlo. Si estos motivos persisten, si el general Martinez Campos no se va cuando su partido lo quiera, se creará una situacion difícilísima, una situacion como tantas otras que en

nuestra historia contemporánea fueron espejo de los discretos y advertencia de los imprevisores.

La córte apoya al general Martinez Campos y rechaza al Sr. Cánovas del Castillo por sus aires de valido á lo don Alvaro de Luna. En daño al Sr. Cánovas se hizo la crisis de 3 de Marzo.

El general Martinez Campos desdeña el Parlamento; es más hombre de acción que de palabra y más militar que político, sólo militar acaso, pues que de político nada tiene y han de antojársele las discusiones políticas un estéril y desagradable espectáculo. A cambio de esto, el Parlamento rechaza al general Martinez Campos; la mayoría de la mayoría de las futuras Cortes apoyará con ardor al Sr. Cánovas.

He ahí, pues, la division de los conservadores elevada á árduo y temeroso problema constitucional; hé ahí las líneas de batalla del porvenir inmediato que vamos á presenciar. La córte y el general Martinez Campos: el Parlamento y el señor Cánovas del Castillo. Si al cabo la discordia se pronuncia, los fuegos se cruzarán entre esas líneas. Sean los que fueren los vencedores, ¿quedarán con fuerzas para luchar otra vez en nombre del partido conservador contra la democracia? El tiempo ha de decírnoslo. Veamos entre tanto cómo se inaugura el período parlamentario á cuyas puertas acabamos de llegar.

EXTERIOR.

En más de una ocasión hemos sostenido que, á nuestro juicio, es muy difícil que el tratado de Berlin se ejecute leal y escrupulosamente, é imposible que funde un estado de cosas definitivo, porque la arbitrariedad nunca dió á sus obras solidez y permanencia. Pero ha creado un *modus vivendi*, y los gobiernos á cuyos intereses afecta parecen acomodarse con sus prescripciones; unos, porque en realidad sus prescripciones les ofrecen ventajas palpables, otros porque les importa mucho vivir en paz sin que nada distraiga sus fuerzas, su atención y su solicitud, de puntos que la reclaman toda, de peli-

gros que la exigen completa. Así, el período actual es un período de calma relativa. Trabaja sin descanso la diplomacia afanándose por dar cumplida realización al tratado, surgen al aplicar cada una de sus bases las dificultades previstas ó se apuntan los anunciados conflictos; pero la diplomacia todo consigue reducirlo á conferencias, notas, despachos y embajadas, si no aplazarlo, y así se gana el tiempo que necesita Inglaterra para dar término á sus querellas del Asia Central, Rusia para defender su autocracia del nihilismo, Alemania para aniquilar los últimos vestigios socialistas y llevar á cabo las reformas económicas que en sentido protector defiende ahora el príncipe canciller, Austria para tomar posiciones en la Península Ilírica y Francia para ir resolviendo los problemas que asedian á todo régimen naciente.

Hace muy poco tiempo, algunas semanas, que parecieron por un momento fáciles los más espantables conflictos. El virey había expulsado del ministerio egipcio los dos miembros europeos nombrados por Inglaterra y Francia para proteger los intereses de sus nacionales. La diplomacia vió en ese acto inusitado la mano de Rusia. Amenazó Inglaterra, pidió satisfacción Francia, el Sultán aparentó desplegar una energía de que ya no son capaces los descendientes de Mahomet y Bayaceto, y el virey mantuvo sus medidas con un valor que á muchos pareció preludio del sacrificio. Poco á poco los temores que sus hechos inspiraron comenzaban á desaparecer. Francia no estaba dispuesta á secundar por completo la actitud del ministerio británico. Este, por otra parte, necesita paz y calma para ocuparse asiduamente en cuestiones de la más alta importancia que solicitan su atención en Asia y en el Cabo. El pueblo inglés empieza á manifestarse inclinado á la antigua política abstencionista y de neutralidad abandonada por Disraeli. Después del golpe de estado del virey, el *Times* ha dicho que la ingerencia franco-inglesa era un acto contrario á los buenos principios, pues un gobierno no tiene para qué ocuparse en proteger los intereses de aquellos de sus súbditos que los han comprometido prestando al gobierno de un país extranjero.

Las exigencias han ido disminuyendo y cada vez han sido

ménos apremiantes. El virey no ha hecho concesion alguna. Sin embargo de esto, el *Times* del 12 dice que las relaciones de Inglaterra con el gobierno egipcio se han restablecido sobre su base normal. «Si el *Times*, añade el *Temps* de Paris, al decir eso expone, como lo ha hecho más de una vez en este asunto, la opinion que prevalece entre los ministros del Reino Unido, resultará de aquí que Inglaterra abandona la posicion que el país vecino y Francia habían ocupado frente al virey, y acaso renuncia á entrometerse de nuevo en las cuestiones económicas de Egipto, imponiendo la aceptacion de dos ministros europeos.» Y ya en este camino de transacciones y de política templada y pasiva no sería extraño se confirmase el rumor de que lord Loftus abandone la legacion de San Petersburgo, reemplazándole un diplomático que esté en mejores condiciones cerca del gobierno del Czar para desenvolver una política ménos intransigente.

*
* *

El dia 29 de Abril fué elegido en Tirnova soberano de Bulgaria el príncipe de Battemberg, candidato personal del emperador de Rusia. Reinará bajo el nombre de Alejandro I y en Junio próximo recibirá la investidura de su alta dignidad en Constantinopla, de manos del Sultán, en prueba de acatamiento y vasallaje. La prensa de Europa discute sobre la política que inaugurará en su principado el nuevo soberano. Será, dicen, la del partido conservador búlgaro, porque el viento marca observacion exacta del tratado de Berlin, y en Bulgaria la política conservadora significa ante todo la aceptacion de aquel convenio ó, por lo ménos, la resignacion temporal á sus prescripciones.

La eleccion de un príncipe soberano en Bulgaria es el coronamiento de su obra de independendia. Bulgaria es un pueblo verdaderamente libre. Los súbditos de Alejandro I eran ayer las víctimas desdichadas del despotismo turco y de la ferocidad de los circasianos y *baschi-bozüks*. Lo mismo en Tirnova que en las más pequeñas poblaciones de esa bella y feraz region, extendida á la márgen derecha del Danubio, y sobre

la falda septentrional de los Balcanes, se ha festejado y solemnizado con indescriptibles muestras de júbilo la elevación al trono de Alejandro I. El entusiasmo es extraordinario, y se ha comunicado con la rapidez de una corriente eléctrica á las poblaciones rumeliotas, hermanas de las búlgaras por su origen, por su lengua, por sus aspiraciones, por sus creencias.

Desde que se firmó la paz de Berlín, los rumeliotas han mostrado su oposición á aceptar las condiciones en que esa paz los colocaba, condiciones injustas y vejatorias; pero hoy, al contemplar el espectáculo que la Bulgaria independiente ofrece, el disgusto de los rumeliotas aumenta y hace temer para dentro de un breve plazo nuevos disturbios en la península greco-eslava. Los rumeliotas saben que moldavos y valacos, separados un día por la fuerza, supieron, contra la voluntad de la Puerta y á espaldas de las grandes potencias, unirse y formar la nacionalidad rumana, y como ese hecho está muy cercano y su recuerdo se conserva vivo en aquellos pueblos, no es aventurado temer que se repita para devolver á la Bulgaria su integridad.

El *Times* ha publicado las cartas dirigidas á lord Salisbury por dos delegados de las poblaciones de Rumelia Oriental, á quienes no quiso el jefe del *Foreign Office* conceder una audiencia que habían solicitado. Esa carta es un indicio seguro para apreciar el estado de los ánimos en la Rumelia. Los delegados, Sres. Guéchof y Yanculof, se expresan en estos elocuentes términos: «Separados de sus hermanos del principado los búlgaros de la Rumelia Oriental, recibirán muy pronto en sus pueblos guarniciones turcas. Libres hoy, tendrán dentro de un breve período una Constitución que se les habrá impuesto, en cuyos debates no han tomado parte alguna, y cuya modificación no les será lícito reclamar jamás. Esta Constitución dispone que la asamblea de la provincia, lejos de ser libremente elegida por la población, como se indicaba en las cláusulas fundamentales del tratado de Berlín, esté formada, entre otros, por gran número de miembros natos y de representantes nombrados por el gobernador general, que es un funcionario de la Sublime Puerta. Nunca podrá la Asamblea resistir al gobernador general, mientras que la Puerta

podrá enviar siempre gobernadores generales bastante independientes para desatender las indicaciones de su consejo, que debe estar compuesto de seis miembros nombrados por el Gobierno turco y de cinco elegidos en la Asamblea. Con una Asamblea constituida de esa manera y un gobernador general colocado en semejantes condiciones, no puede haber en Rumelia verdadera autonomía.» Los delegados concluyen la extensa serie de sus fundadísimas quejas reclamando la union á Bulgaria de la Rumelia Oriental.

La Puerta ha reclamado contra la agitacion que existe en Rumelia, atribuyéndola al general ruso Stolipine; además se queja de que sea tan triste la suerte de los musulmanes bajo la administracion moscovita, que no les quede otro recurso que el de emigrar. No está aún bien depurado el fundamento de esas aseveraciones. Parece, sin embargo, cierto que entre los musulmanes de la Bulgaria y de la Rumelia Oriental hay un gran movimiento de emigracion. Un informe del coronel Blount hace constar la presencia en Andrinópolis de 50.000 refugiados musulmanes. La Puerta atribuye esta emigracion á la actitud amenazadora de los búlgaros y la Rusia declara que está llevando á cabo todo linaje de esfuerzos por que los turcos no emigren y los búlgaros respeten su vida, sus intereses y sus derechos. Lamentable es que sea necesario esforzarse para conseguirlo; pero cuando recordamos las horribles matanzas de Bulgaria en 1876, que no eran sino el sangriento epílogo de cuatro siglos de cruel tiranía, cuando reconocemos que el desquite hubiera podido ser terrible, como 1793, desquite contra el antiguo régimen, ó la *Jacquerie*, desquite contra el feudalismo, no hallamos motivo para censurar á los búlgaros tanto como los censuran los ingleses y los turcos. La emancipacion de Bulgaria ha sido más pacífica y tranquila de lo que debían esperar esos gobiernos que ensangrentaron las páginas de su historia y sembraron el odio y la muerte en sus fértiles valles.

*
* *

Uno de los episodios más curiosos de nuestro tiempo lo constituyen las grandes contradicciones de la política clerical.

Los católicos que perturban el gobierno de los pueblos, haciendo una aspiración sola de sus propósitos religiosos y de sus propósitos políticos, ese ejército del *Syllabus* y de la infalibilidad pontificia que ha aliado la causa de la Iglesia en Francia á las doctrinas del conde de Chambord, entre nosotros á las de D. Carlos y en todas partes á la restauración del antiguo régimen, no puede querer ni patrocinar, siempre que tenga en algo la lógica y la consecuencia, más sistema de gobierno que el absolutismo. Si se limitara á eso su actitud sería digna de respeto, que al cabo quien sinceramente profesa una idea lo merece.

Pero los clericales en la oposición han arrojado al agua sus ensueños de tiranía y han ido á engrosar la hueste numerosísima de los partidarios de toda solución democrática. El cardenal Manning pide la libertad y promete seguirla pidiendo aún cuando sus correligionarios triunfasen. Es el único ultramontano que se compromete á eso. Los demás la reclaman también, apoyan sus manifestaciones más legítimas y sinceras; pero se reservan el derecho de cambiar de táctica el día en que muden los vientos. Por fortuna los vientos no han de cambiar. El barómetro señala democracia en todas las estaciones, y nunca esa invasión dominadora de las ideas avanzadas tuvo como hoy tantas seguridades de un triunfo completo.

Los ultramontanos quieren someter la enseñanza á una norma autoritaria, impidiendo que la cátedra sea libre, la ciencia independiente y la instrucción se difunda sin trabas ni obstáculos: esa es su teoría. Hace algunos años, no obstante, que defienden la libertad y aún el libertinaje de la enseñanza, que tratan de anular en esa esfera el poder del Estado por completo: esa es su conducta. La han desenvuelto sobre todo en Francia; la última campaña de monseñor Dupanloup casi tuvo por exclusivo objeto poner la instrucción mediante la más absoluta libertad en manos de la Iglesia. En Francia y en Bélgica han renovado ahora esa cuestión, y es digna de estudio la insistencia con que piden soluciones que los mismos partidarios de la libertad de enseñanza no se atreven á sostener.

Los ultramontanos creen que el gobierno de los pueblos pertenece de derecho á ciertas familias privilegiadas (las de sus

más altos patronos y potentísimos favorecedores); abominan de la soberanía de la nación, y cierran á cada paso contra el sistema representativo: esa es su teoría. Pero cuando por cualesquiera circunstancias juzgan que podrán influir decisivamente en las masas de un pueblo, llegan hasta pedir el planteamiento del sufragio universal: esa es su conducta.—Estos días se ha hablado mucho en Bélgica de un discurso pronunciado en Herzeben por cierto orador clerical, miembro del Parlamento, M. Woeste. M. Woeste ha sostenido la conveniencia de que el sufragio universal se plantee. ¿Por qué? No es necesario decirlo. Hace poco tiempo que el partido liberal venció en el pequeño reino al partido católico. En Bélgica está el sufragio restringido. Los católicos creen que si votaran las masas de campesinos en todos los distritos rurales, conseguirían sus candidatos la victoria. Esa convicción ha bastado para que M. Woeste inicie la campaña. Ya los tenemos, pues, en las filas de la democracia; ¿qué les importa una contradicción más? *Omnia pro dominatione*.

La sumisión completa al poder real, la obediencia ciega á sus órdenes: esta también es teoría de los ultramontanos; la independencia de las corporaciones populares frente á frente de ese poder: eso es lo que defienden ahora, eso es lo que aconsejan, esta es su conducta.—En Bélgica mismo, en la Cámara de Diputados de Brusélas, plantearon el día primero del mes actual los representantes del clericalismo aquella cuestión. El gobierno belga había respondido á los ataques que el episcopado dirigió al proyecto de ley de instrucción primaria que en la actualidad se discute, con una circular á sus delegados mandando fijarla en todos los municipios. Muchos de éstos, y sobre todo el de Brújas, se negaron á obedecer el mandato, y fué preciso anular, por medio de decretos, sus acuerdos. El de Brújas no se sometió. Al invitarle á la obediencia el gobernador de la Flándes occidental, excitándole á que designara los puntos en que había de exponerse al público la circular, reiteró su negativa. El 30 de Abril y el 1.º de Mayo discutió la Cámara de representantes esta cuestión. Los ultramontanos sostuvieron la tesis de la independencia municipal. Ya no piensa sólo en Europa de esta mane-

ra nuestro compatriota el autor de *Las Nacionalidades*. Un diputado clerical, Mr. Thonissen, ha dicho «que los municipios son libres, autónomos, independientes dentro de su esfera y que deben oponerse al cumplimiento de aquella orden.» El ministro del Interior, un sabio jurisconsulto, M. Rolin-Jacquemyns, ha restablecido las buenas doctrinas. «La Constitución, dijo, organiza la autonomía de los municipios; pero la Constitución no ha querido con esa autonomía crear un poder independiente de todo poder superior. Si fuera cierto lo contrario, no tendríamos magistrados municipales sino magistrados comunales, entraríamos en un camino distinto del que marca la ley fundamental é iríamos derechamente á la anarquía... Los que se expresan en los términos usados por M. Thonissen hablan como los partidarios de la *Commune* y como los nihilistas.»

*
* *

La cuestión relativa á la traslación de las Cámaras francesas de Versalles á Paris tropieza con serias dificultades, sobre las cuales no han podido llegar todavía á un acuerdo los miembros del Gabinete frances. Este hecho no tiene en sí mismo grande importancia, pero es, como síntoma, muy significativo y harto triste,—debemos declararlo.—La falta de moderación y de calma de que empiezan á dar muestras algunos elementos republicanos, inspira, respecto á los asuntos del país vecino, verdadero desconsuelo. La opinión comienza á desconfiar; los primeros temores se dibujan en el horizonte, y si no hubiera enmienda, si continuaran ó creciesen la intranquilidad y el desasosiego que reinan en la política francesa, ántes de mucho se vería de una manera palpable demostrado que no se equivocó Thiers cuando al reasumir en una sola y célebre frase todo su programa, dijo: «La República será conservadora ó no será.» Estas palabras encierran su cánón y su pronóstico.

FRANCISCO DE ASÍS PACHECO.

12 de Mayo.



MISCELÁNEA.

CIENCIAS.—ARTES.—LITERATURA.

DXPOSICION *de dibujos de la Escuela de Bellas Artes* (Paris). —Una exposicion de dibujos es un espectáculo al que no falta novedad. Hasta ahora la pintura había seducido sólo al público. Los organizadores de exposiciones, conociendo el gusto general, han preferido el pincel al lápiz y el cuadro al esbozo. La comparacion que va á establecerse tiene indudable interes por eso mismo. El artista, el maestro, se entregan con más espontaneidad á las efusiones íntimas del lápiz; muestran entónces sus ideas primeras con más desnudez, de un modo más cándido acaso, pero seguramente con mayor sinceridad y energía. En los bocetos sorprende el rasgo primitivo del talento, y algo libre, instintivo, que el cuadro cuidadosamente concluido no nos ofrece jamás.

La idea de una exposicion de dibujos no es, sin embargo, enteramente original ni francesa ni siquiera de estos tiempos. Nosotros tenemos en una modesta villa asturiana, en Gijon, una exposicion permanente de dibujos, el Museo de Campomanes, que contiene más de setecientos, entre los cuales hay un centenar de verdaderas obras maestras del arte pictórico. En un estudio reciente del señor D. Felipe Benicio Navarro se da cuenta de la existencia de este museo, generalmente ignorada; se enumeran los más bellos ejemplares que contiene, entre los cuales hay varios de Rafael, Miguel Angel, Rubens, Murillo, Velazquez, Herrera y Ticiano, de inestimable mérito. El Sr. Navarro propone que se reproduzcan esos dibujos fotográficamente. Creemos que este medio no sería el más acertado, y por nuestra parte proponemos que se copien, graben é impriman, seguros, en primer término, de que la edicion se agotará y de que el Ministerio de Fomento pondría con esa obra digno remate á la serie de publicaciones que ha emprendido en estos últimos tiempos, y que tanto honran el celo del director general de Instruccion pública.

La exposicion de dibujos de la Escuela de Bellas Artes de Paris no tiene ese solo precedente. En la Exposicion de 1878, el periódico inglés *The Graphic* exhibía gran número de los dibujos publicados en sus columnas. En este mismo año de 1879, dos revistas inglesas han abierto en los palacios en que están instaladas, exposiciones de dibujos. Estas revistas son *The Grosvenor Gallery* y *The Royal Academy*. El éxito de estas exposiciones ha sido completo.

La de la Escuela de Bellas Artes comprende seiscientos cincuenta dibujos, y en ella puede estudiarse, con muy pequeños vacíos, la historia del dibujo desde el siglo XIII á fines del XVIII, desde Giotto á Proudhon. Las obras francesas del siglo XVIII ocupan una gran parte. Forman una brillante coleccion tan alegre, tan viva, tan animada, tan encantadora como la literatura y el espíritu de aquel siglo de que son un exacto y fiel reflejo.

Todas las escuelas están representadas en la Exposicion. Una ligera nomenclatura permitirá á nuestros lectores apreciar el valor de las riquezas allí acumuladas. La escuela florentina tiene al Giotto, Fra Angélico, Signorelli, Leonardo de Vinci, Miguel Angel y Andrea del Sarto; las escuelas de Umbría y romana, á Rafael,—de quien hay un dibujo que nos presenta la primera idea de la *Disputa del Santísimo Sacramento*,—y Caravaggio; de la escuela lombarda están el Corregio y Nicolás Abbatti; de la veneciana, Ticiano y Pablo Veronés; de la española, Murillo, Velazquez, Zurbarán y Goya; de la alemana, Alberto Durero y Holbein; de la flamenca, Van Eyck, Breughel, Rubens, Jordaens, Van Dyck y Teniers; de la holandesa, Van Ostade, Rembrandt y Pablo Potter; de la francesa, Poussin, Claudio Lorrain, Puget, Watteau, Gravelot, Vanloo, Greuze, Proudhon, Vernet y otros muchos, y de la inglesa, Reynolds y Cosway.

La próxima exposicion de Florencia.—El distinguido crítico de arte M. Carlos Blanc escribe desde San Donato al *Temps* de Paris, dándole cuenta de este proyecto, digno de ser conocido por todas las personas á quienes interesa estudiar los progresos y las manifestaciones del arte.

Algunos *amateurs* de los más inteligentes han sugerido á los florentinos la idea de organizar en la antigua capital de Italia una exposicion retrospectiva de todas las maravillas transportables que encierra la Toscana, á partir de los tiempos más remotos hasta el siglo XVII inclusive. El rey ha ofrecido el palacio Pitti y la exposicion se abrirá en Noviembre.

En esta exposicion, única en el mundo, habrá cuadros, estatuas, dibujos, medallas antiguas y modernas, vidrios pintados, objetos de platería, cristales, esmaltes, muebles, mosaicos, modelos en cera, barros, barros esmaltados de Luca della Robbia, mayólicas, telas de seda y terciopelo, brocados, tapices, encajes, instrumentos de música, libros, manuscritos, encuadernaciones, coches, cajas adornadas con pinturas, instrumentos de óptica y de precision, relojes, tabaqueras... en una palabra, allí habrá curiosidades de todo género.

Desde fines del siglo XIII hasta la mitad del XV la historia del renacimiento italiano no salva los límites de Toscana. Los primitivos maestros, los que comenzaron á separarse del bizantinismo son de Pisa, como Nicolás Pisano Giunta ó de Florencia, como Cimabue y Giotto ó de Siena, como Guido ó de Arezzo, como Margharitone. Los florentinos podrán, pues, organizar una exposicion retros-

pectiva del renacimiento italiano sin salir casi de su patria, y hacer con su propia historia la historia del arte moderno.

El comité que ha tomado la iniciativa de esa fiesta se propone admitir en el palacio Pitti todos los objetos que representen las artes de la antigüedad, la Edad Media y la época moderna hasta el siglo xvii inclusive. Los objetos expuestos serán colocados por épocas, de suerte que pueda seguirse paso á paso al atravesar las salas de la exposicion la historia del arte. En otras salas, separadas de la parte principal, se expondrán en conjunto como testimonios resucitados para ilustrarla, las obras de diversa naturaleza que hagan conocer al espectador la vida, el gusto, los sentimientos y las costumbres de los antepasados de la nacion toscana en cada siglo.

El espectáculo que van á ofrecer los florentinos será admirable. Artistas de todos los países del mundo acudirán á la exposicion, centro de fiestas sin par y lugar de estudio á la vez para cuantos profesan sinceramente el culto de lo bello y quieren en la realidad buscar inspiraciones capaces de dirigir su fantasía. Los lectores de LA REVISTA CONTEMPORÁNEA conocerán oportunamente los pormenores de esta exposicion grandiosa, que es en el mundo artístico hoy un verdadero acontecimiento. Los pintores españoles, cuyo nombre ha colocado á tanta altura el último certámen universal, no dejarán pasar inadvertida ocasion tan propicia de conocer de un modo completo las más bellas páginas de la historia del arte y la mejor época del pueblo que ha ocupado durante siglos en esa historia el lugar primero.

El reinado del Padischah Soliman el Magnífico.—Los últimos sucesos de Oriente han suscitado de nuevo entre los historiadores el afan de estudiar la vida del pueblo otomano y los anales de su imperio, hoy próximo á extinguirse. Una obra alemana dada recientemente á luz, amplía y corrige en muchos puntos los datos que Hammer acumula en su notabilísimo libro, y que en la actualidad se tienen por la última palabra de la ciencia sobre ese período interesante y ese país tan digno de fijar la atencion de todos. Pero el autor de la obra á que nos referimos es demasiado benévolo con los turcos, y singularmente con Soliman el *Magnífico*, á quien tributa todo género de elogios, no hallando en sus actos; ni como guerrero, ni como político, ni como legislador, nada que deba censurar la crítica. Estas opiniones merecen ciertamente algun correctivo, porque en el fondo falsean y desnaturalizan la verdad histórica.

No debemos negar á ese ilustre *Padischah* los títulos de gloria que la posteridad sin debate le reconoce, pero no debemos ocultar tampoco los lunares que afearon su reinado. Fatiga la memoria,—es indudable,—fatiga la memoria y la inteligencia del lector la serie no interrumpida de contiendas brillantes que hacen del reinado de Soliman uno de los más singulares de la Edad Moderna, el más grande en la historia del pueblo otomano, y con ser tan ilustres, uno de los que mejor merecen este nombre, entre todos los que ocupan la primera mitad del siglo xvi.

Soliman mereció de los historiadores árabes, y aún de los historiadores cristianos, que no han tenido por mengua exaltar la importancia de su gobierno, los nombres de Magnífico, Grande, Legislador y Conquistador. Todos los merece. Nadie llevó más allá que él las armas turcas ni extendió más léjos los dominios del imperio; ninguno realizó tan altos hechos ni rodeó la elevadísima dignidad que ejercía con más esplendores y atributos. Su fuerza y su grande-

za crearon al trono de Turquía una posición envidiable. Cuando Soliman murió, el imperio otomano era uno de los Estados más poderosos de Europa. Digno fué asimismo del nombre de Legislador; pero todos convienen en que legisló y gobernó contra los intereses de su pueblo en puntos muy esenciales, abriendo amplio camino á la decadencia en los días de la mayor prosperidad y la mayor gloria.

Así el período floreciente del imperio otomano, que es ese, se divide en realidad en dos épocas, la del mayor florecimiento, que comprende los reinados de Bayaceto II, Selim I y Soliman I, y la del descenso, que precede á la debilidad y la decadencia desde Selim II, indigno sucesor de Soliman, hasta la paz de Carlowitz.

Los errores más transcendentales de que se acusa á Soliman se refieren á la legislación y al gobierno. Pertenece á la legislación sus reformas militares y sociales; al gobierno sus complacencias con el harem, el hecho de haber introducido el favoritismo en el imperio, su tolerancia con la corrupción de los altos funcionarios, su amor al fausto y los placeres que desnaturalizó la corte y el pueblo, y los funestísimos precedentes que sentó, á favor de los cuales creyeron algunos de sus herederos que podrían sin peligro reproducir en Oriente el afrentoso espectáculo de los *reyes holgazanes*.

Para terminar, indiquemos algunos pormenores que amplíen esta indicación.

Reformas militares. Al morir Soliman, el ejército llegaba á 50.000 hombres de los cuerpos regulares, y 250.000 de los irregulares, 300 piezas de artillería y 300 barcos. Soliman profesaba singular estimación á los genízaros. Aumentó su número y su sueldo, pero desnaturalizó aquella institución admitiendo en sus filas aventureros de todas procedencias, permitiéndoles casarse y tener oficio, tolerando que se convirtieran en una milicia sedentaria de las guarniciones que ocupaban, y que allí, siendo ciudadanos, padres de familia, mercaderes é industriales, perdiesen la antigua disciplina y aquellas cualidades militares que constituían su fuerza.

Sus reformas sociales no alteraron profundamente la economía del imperio, antes la regularizaron sobre una base perjudicial á los intereses de los rajahs y que debía hacer más intolerable su situación. Las tierras del imperio estaban divididas en tres clases: 1.º Tierras ocupadas por los musulmanes después de la conquista, sujetas sólo al pago del diezmo. 2.º Tierras que continuaron en posesión de los rajahs sujetas al diezmo, á la capitación y á un impuesto territorial. 3.º Tierras dadas como en feudo para recompensa de servicios militares, conocidas con los nombres de timars y ziamets.

Soliman dictó varias disposiciones para que estos feudos no adquirieran el carácter de hereditarios. Fijó la condición de los rajahs, que debían satisfacer los siguientes impuestos: A. El *Karadj* ó tributo establecido por el Corán, que comprende la capitación, el impuesto territorial y el diezmo. B. Los impuestos arbitrarios establecidos por las leyes y reglamentos, como la tasa de los celibatarios, la de los matrimonios, las de los desposorios, las multas, las aduanas y los diversos derechos señalados para el comercio con el nombre de impuestos del Diván. Estas eran las cargas legales, agravadas constantemente por las exacciones de los gobernadores, llamados *awanis*, que eran tan variadas como frecuentes.

El nombre de la sultana Kurum (Roxelane), á quien Soliman hizo su esposa legítima, ha llegado á ser histórico por la extraordinaria influencia que esta mujer tuvo durante el reinado de aquel poderoso Padischah, y que se reveló de una manera, hasta entonces descono-

cida, en los negocios públicos. También fué Soliman el primero de los sultanes que hizo de su favorito un ministro. Del más modesto empleo de la casa del emperador, Ibrahim pasó á desempeñar el cargo de gran visir. Soliman fué tolerante hasta el exceso con las inmoralidades de todos sus ministros; consintió que acumularan grandes fortunas á expensas del Tesoro y del país; que vendieran todos los empleos públicos, ménos los militares, abuso que se propagó creciendo con espantosa rapidez á los reinados sucesivos; que imitando el fausto de su córte y el lujo de sus brillantes fiestas imperiales, la casa de cada magnate y de cada alto funcionario otomano realizara todos los ensueños de grandeza, de sensualismo y de esplendor que puede concebir la imaginacion ardiente de un hijo del Profeta. La sencillez de costumbres, la pureza y el rigorismo religioso se perdieron para siempre. Constantinopla decaía desde su maravillosa altura desde el tiempo de Mahomet II, los sultanes habían dejado de presidir constantemente el Divan; Soliman dejó por completo de asistir á él. Esta costumbre favoreció la indolencia de sus sucesores, tanto como el hecho de haber arrancado á los genízaros su privilegio de no entrar en campaña más que cuando lo hiciera el soberano. Los genízaros eran el núcleo del ejército, y de aquí resultaba que toda operacion importante en que era indispensable su concurso, debía estar dirigida por el Padischah. En lo sucesivo pudieron los sultanes abandonar los cuidados del gobierno y de la guerra.

Así, dice un historiador, en los actos de este reinado, tan próspero en el interior como brillante en el exterior, se encuentran las primeras causas de la degradacion de los príncipes, de la corrupcion de los grandes, del enervamiento del pueblo, de la debilidad del ejército, en una palabra, todos los gérmenes de una decadencia que no podía tardar en revelarse.

Aunque en el fondo era tolerante el carácter de Soliman, como su tolerancia fué sin duda hija más bien de pasajera debilidad que de la persuasion, el raciocinio y el convencimiento, la tuvo y la prodigó para todo lo que podía abatir las fuerzas vivas de su imperio, mas no para las altas cuestiones del Estado y las grandes dificultades de su situacion interior. En nada mejoró bajo su gobierno la condicion tristísima de los cristianos ni nada hizo que llevara á ambos pueblos, el vencedor y el vencido, á una fusion sincera de sus intereses. La organizacion económica que perfeccionó era intolerable para los rajahs. Los principios de respeto al catolicismo que habían prevalecido en las capitulaciones, no mejoraron mucho su suerte. A principios del reinado de Soliman hubo un recrudecimiento de odios religiosos que procuraron á muchos cristianos un fin horrible. Cierta célebre legista llamado Kabiz predicaba públicamente la superioridad de la doctrina de Jesucristo sobre la de Mahoma. Fué llevado ante el Divan, donde sostuvo su opinion con grande energía y absuelto por el visir. El sultan revocó su fallo y envió al desdichado ante el mufítí y el juez de la ciudad, que influidos por las reclamaciones de una opinion intolerante, despues de exigir al legista que se retractara, le condenaron á muerte. Entónces se publicó un edicto prohibiendo que se alabase la ley del Evangelio considerándola superior á la del Coran, ni aún en las conversaciones particulares.

Aumentaron con eso los peligros que rodeaban á los rajahs. Un turco fué asesinado sin saberse por quién. Sospechó el vulgo que los autores del crimen eran unos albaneses, y ochocientos que entónces se hallaban en Constantinopla fueron presos y condenados á muerte. El pánico que difundieron estas nuevas en la raza vencida

fué indescriptible. Al mismo tiempo los genízaros llegaban al apogeo de su poder y se esparcían por el país. Cada genízaro era un tirano cuya barbarie é intolerancia aumentaban, á medida que las guerras con los pueblos de la cristiandad se sucedían con mayor frecuencia. Léjos de mejorar, tambien empeoraba en relacion á estos hechos el estado del imperio. Se iba acumulando y transmitiendo de padres á hijos ese tenaz espíritu de odio al conquistador, que es ahora la causa más poderosa, más viva del conflicto oriental.



Madrid 15 de Mayo de 1879.

Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.

TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO
Mendizabal, 64.